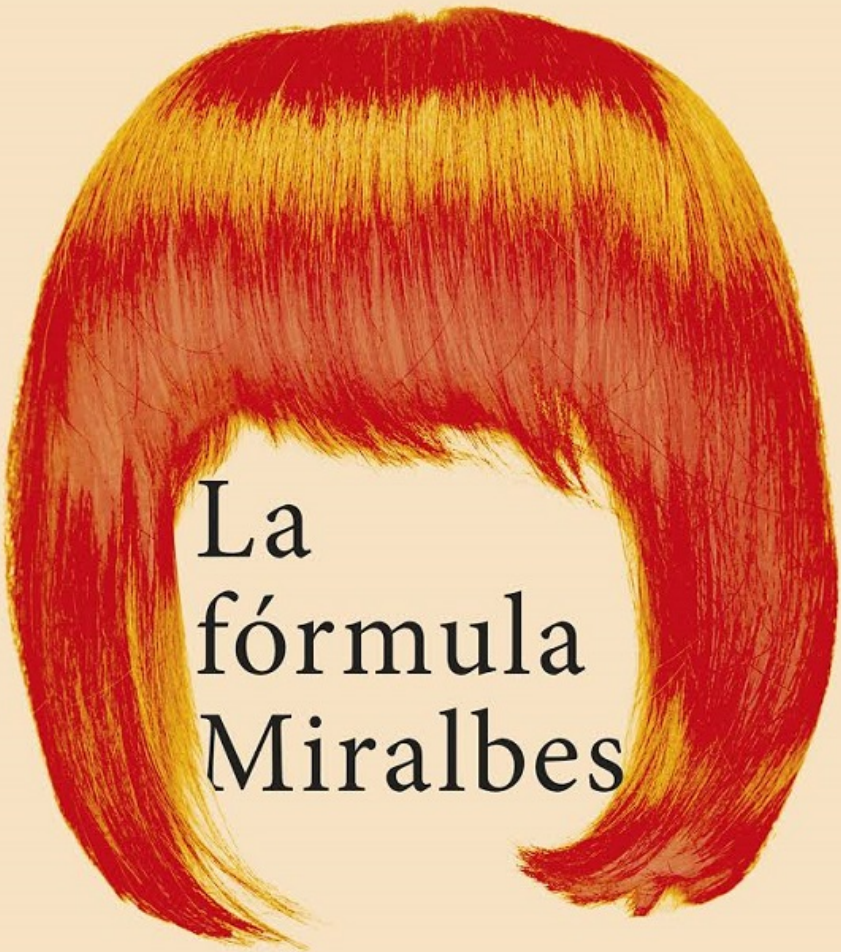
BRAULIO
ORTIZ POOLE



La fórmula Miralbes

CABALLO DE TROYA

BRAULIO ORTIZ POOLE

La fórmula Miralbes

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Braulio Ortiz Poole (Sevilla, 1974). Su primera novela, *Francis Bacon se hace un río salvaje*, recibió el Premio Andalucía Joven de Narrativa. Posteriormente ha publicado el libro de relatos *Biografías bastardas* y los poemarios *Defensa del pirómano, Hombre sin descendencia* y *Cuarentena.* Fue incluido en las antologías de relatos *Mutantes. Narrativa española de última generación* y *Pequeñas resistencias 5*. Es periodista y trabaja en la sección de cultura del *Diario de Sevilla.*

Este libro es para Vero,
por el cuarto de siglo que se cumple.

Y para las mujeres de mi entorno,
porque de ellas aprendí a mirar el mundo.

La jovencita se encontró, pues, ante la ardua tarea de aceptar dos veces el dinero, y fingir dos veces que no lo quería. Una vez es fácil y puede hacerlo todo el mundo. ¿Y la segunda vez?

ITALO SVEVO,
La historia del buen viejo y la bella muchacha

Un fantasma se asoma a la ventana

Residencia Santiago Apóstol
Plaza de Gabriel Lobo, Madrid
En estos días

Resulta difícil fotografiar a un fantasma. Los expertos en fenómenos paranormales dicen que puede adivinarse su estado de ánimo —su inquietud, su furia, su desasosiego— por el color más o menos encendido con el que se muestra en la imagen, pero por lo demás su figura suele reducirse a la forma escurridiza de una mancha: una mancha de luz e incertidumbre. No hay, por lo general, un rostro definido, una anatomía precisa, ni siquiera la certeza de una antigua naturaleza humana, sólo una presencia que no es más que un destello, un incómodo borrón que pervierte la escena.

Por eso juzgamos complicado hablar de Silvia: un día se convirtió en un espectro, desapareció. Sólo asoma ocasionalmente, pavorosa, con el desamparo y la sombra de un espíritu. Así la captó la cámara de un reportero, y por ello sabemos la residencia —Santiago Apóstol, Madrid— en la que está ingresada.

Pero las evidencias acaban en ese punto.

¿Ha perdido la razón, como se ha afirmado sobre ella?

¿Es real su enfermedad mental, o una invención para redimirla tras su comportamiento discutible?

Para que la gente diga: «No era responsable de sus actos. No sabía lo que hacía».

Y no: «Había vendido su alma al diablo, nos engañó».

En la instantánea tomada de manera furtiva desde los jardines de la residencia, Silvia se vislumbra empequeñecida, casi contrahecha, lejos de la altivez de otras épocas, más cerca de la muerte ya que de la vida: es un cadáver, un cuerpo escuálido, aunque todavía erguido.

La reina confinada en la torre tras perder la corona.

En ese retrato, la anciana retira una cortina y el sol la ciega: efectivamente, es una mancha de luz, un fantasma, una incógnita. Quizás sorprenda en ella un gesto de agotamiento, ante el que concluimos que la mujer guerrera ha claudicado. Ya no es tiempo de batallas, indica su rictus. La última derrota fue la definitiva.

Silvia Miralbes vive aún, pero es, sin embargo, como decimos, una aparición. Después de la controversia levantaron un muro en torno a ella —la gallina de los huevos de oro, apartada por ser repentinamente estéril—, y es tal el secretismo que la rodea que reconstruir su historia obliga a especular.

No parece haber otra alternativa: hay que *interpretarla, descifrarla,* como ocurre con un espectro en una fotografía.

Dos mujeres que son la misma se reencuentran

Domicilio de Silvia Miralbes
Calle de Núñez de Balboa, Madrid
En los meses previos al escándalo

Podemos imaginar a Silvia, entenderla desde la conjetura.

Preguntarnos, por ejemplo, y ésta es una de las curiosidades principales por la que nos acercamos a su persona, qué pensaba de sí misma, si albergaba remordimiento, si antes o después de ser descubierta sentía que se había traicionado. ¿Cómo sería el reencuentro de la Silvia que se situaba ya al final de sus días, pragmática, atormentada, y la que se enfrentaba a la vida desde la ilusión y la ingenuidad?

Ese cruce de tiempos sólo podría darse en un sueño, y es así como lo hemos planteado. Observamos a las dos mujeres juntas, en el piso de la mayor, e intuimos la perplejidad de la más veterana. ¿Por qué ha invitado a pasar al interior de su casa a esa desconocida —supongamos que todavía no la ha identificado—, si recela de sus intenciones? ¿A qué se deben la corrección, el interés, cuando Silvia siempre ha experimentado la incomodidad ante la visita de los extraños? ¿Qué hace que esta vez se imponga la curiosidad al miedo?

La intrusa viene vestida de blanco, igual que una novia. ¿Debemos ver en ella la representación de la inocencia?

Silvia duerme y todo lo que ocurre, lo sabe, es una fantasía, pero su conciencia se mantiene extrañamente alerta: las preguntas perseveran como el eco de un grifo mal cerrado. Desde hace un tiempo, dormir, en el caso de ella, no significa abandonarse.

Al principio, por la vergüenza, ella evita mirar a la recién llegada y la guía por el pasillo —¿está mostrándole la vivienda?, ¿se trata de una posible compradora?—, pero en el salón puede contemplarla con detenimiento. Y un detalle nimio le provoca la risa: ¡ella tenía una sortija, una piedra roja y redonda, idéntica a la que adorna el anular de la chica!

La sorpresa por la coincidencia da paso al escalofrío. Comprende con un sobresalto que esa joven —¡cómo ha podido no darse cuenta!— es ella cuarenta, cincuenta años antes. A pesar de sus ojos abultados, de su nariz ancha, rasgos que siempre detestó de su físico, que estimaba escasamente

elegantes, puede apreciarlo ahora: posee una belleza que no valoró en su momento, que quizás volvió áspera —no le interesaba ser una *chica guapa* — en su cruzada contra el mundo.

La muchacha sonríe, hay cordialidad e incluso dulzura en su semblante, pero ese gesto no mitiga la inquietud de la mujer mayor. ¿A qué demonios ha venido?

Están tomando café, aunque ella, la anfitriona, desconoce de dónde han salido las tazas, si la bandeja estaba ya preparada y por tanto la Silvia del sueño ya controlaba que ese reencuentro se produciría. Pero ¿cuáles son los pasos que debe seguir? ¿Tiene que contarle lo que ha hecho con su vida? Y la otra, ¿va a juzgarla? ¿Vuelve del pasado con algún tipo de recriminación? ¿Lo hace para ajustar cuentas?

Últimamente ha sufrido graves problemas de memoria, y sin embargo puede acordarse de sí misma dando forma a discursos con una fuerte carga moral. ¿Silvia, la Silvia anciana, va a reconocerle a la joven incorruptible que se ha vendido?

Aquí tenemos a Silvia, Silvia Miralbes, girando la cucharilla dentro de su café, perdida en el tintineo del acero inoxidable y la porcelana, perdida también en sus reflexiones.

¿Qué comparten las dos mujeres más allá del nombre? Si le contara la muchacha alguna vivencia reciente para ella, ¿no la recibiría Silvia como una historia ajena, perdida ya en la bruma del tiempo? Y Silvia, ¿va a confiarle a su recuerdo: «Te he matado, la Silvia codiciosa pudo con la contestataria, la vendedora aniquiló a la artista»?

«Vas vestida de blanco, pero te mancharás de sangre, de alquitrán, de mierda.»

En el delirio Silvia calcula cuáles son sus fuerzas, se arma de valor, agarra un cojín y tantea la posibilidad del crimen.

Es fácil, se anima. Consiste en abalanzarse sobre ella cuando esté desprevenida, colocar el almohadón sobre su cara, apretar con nervio, mantenerse firme.

Debe librarse de un testigo tan molesto.

Todavía se pregunta, mientras ejecuta todos esos pasos: «¿Con qué propósito volviste, Silvia querida? ¿No podías haberme dejado en paz?».

La noticia que unos y otros comparten

En cualquier lugar del país
12 de marzo de 2014

Lo recordarán, pero haremos memoria igualmente: el miércoles 12 de marzo de 2014, al final de la mañana —la rueda de prensa estaba anunciada a las once y media, será poco después cuando estallará el escándalo—, Silvia Miralbes acapara la atención de la sociedad de una manera súbita, ridícula. Se vuelve la diana de todos los dardos, el sujeto al que censurar: han encendido una hoguera y van a quemarla, por hereje o por adúltera o por bruja. Es una violinista a la que se le han roto las cuerdas de su instrumento y ese incidente nos descubre que estaba haciendo playback.

Lo recordarán, pero haremos memoria: en las redacciones de los informativos radiofónicos y televisivos, en los periódicos, en las redes sociales, también en la calle, en los ascensores, en las paradas de autobuses y estaciones de metro, en los comercios o en las salas de espera de los hospitales —ah, internet, los teléfonos móviles, qué rápido lo propagan todo—, Silvia es la noticia que unos y otros comparten atónitos y embelesados, como si divulgando los hechos de los que se la acusa se comprendiera mejor una conducta a la que nadie encuentra sentido.

¿A estas alturas? ¿A estas alturas Silvia Miralbes va a manchar su nombre de este modo? ¿Por qué ha cometido, ahora, una estupidez semejante?

Es desde hace décadas una escritora envidiada por sus compañeros, respaldada siempre por los lectores. ¿Cómo puede perder así esa posición privilegiada, arrastrar por el fango una trayectoria impecable?

El lanzamiento de *Lo que vino después del tornado* coincidía con la celebración de los cuarenta años de carrera de su autora, con las cuatro décadas de su Premio Nadal por *Ejecución del ángel,* y la revelación de que había plagiado textos ajenos en su último libro propagaba una incómoda desconfianza.

¿Y si toda su historia había sido una farsa? ¿Y si Miralbes, que para algunos detractores daba aburridas lecciones de ética en su obra, siempre había sido deshonesta? ¿Y si toda su vida nos había estado engañando?

En el revuelo nadie se preguntó una cuestión básica: si ella era

inocente.

La polvareda demostró la nada despreciable cantidad de enemigos que se había ganado Silvia. Todos estaban esperando que cayera, y nadie iba a ayudarla a levantarse. ¡Alguno incluso quería aprovechar que estaba en el suelo, indefensa, para propinarle una patada!

¡La arrogante Silvia Miralbes, al fin pillada *in fraganti*! ¡De la lista de los más vendidos a la cola del paro! ¡O a la jubilación, que ya tenía edad para ello! Aquella que dijo esa frase tan recordada, a saber: «Y pensar que a esta hora podría estar en mi cama», ¡ya no tendría por qué salir de su dormitorio!

Silvia Miralbes, *la roja, la comprometida*... ¡una fachada, una estafa!

No fue ella quien intercaló esos textos, se defendía: ella no, ella no, fue un negro.

Pero nadie quería escucharla. Su hundimiento era una idea demasiado apetecible para no deslumbrarse con ella.

Podría decirse que la reacción que los medios de comunicación y los ciudadanos tuvieron ante la actitud de Silvia no fue necesariamente proporcional a la falta cometida. Era una jugadora astuta a la que habían pillado en una trampa, sí, una campeona olímpica de la que se descubre su dopaje, pero sólo un ejemplo más de escasa integridad en un país de fulleros, otro plagio que se añadía a una larga lista de episodios similares.

¿Por qué se ensañaron con ella, entonces, de ese modo?

La particularidad aquí consiste en que su protagonista llevaba una eternidad personificando el éxito, sumando triunfos sin que nadie pudiera hacer nada contra su petulancia. No sólo pagó el precio de haber participado en un fraude: sospechamos que también la notoriedad, las muestras de mal genio, la impertinencia del personaje público, le pasaron factura. Demasiado tiempo sobre un pedestal, y ya era hora de que esa estatua fuera destruida.

¿Y acaso no resultaba divertido que fuera ella misma —junto a su editor y otros colaboradores— la que se hubiese puesto la zancadilla con la que acabaría tropezando?

Con esa torpeza dejaba atrás su, para muchos, detestable aire de diosa esquiva y se presentaba, en la derrota y el castigo, dolorosamente humana. Lo sucedido con Silvia Miralbes tal vez encarne uno de los pecados nacionales: la envidia, el resentimiento soterrado hacia aquel, aquella en este caso, a quien acompaña en sus pasos la fortuna.

No olvidemos otro dato: Silvia siempre ha sabido valerse por sí misma sin necesidad de ningún hombre, y eso, esa actitud que algunos ven desafiante, la convierte en una mujer incómoda.

Una rueda de prensa convertida en intriga judicial

Hotel Santo Mauro
Calle de Zurbano, Madrid
12 de marzo de 2014

Cuando a Silvia le cuestionaban si había leído tal o cual libro, siempre se resistía a reconocer que no lo había hecho. Habría obras, por fuerza, en las que no se habría adentrado, pero ella odiaba admitir una falta, una mácula en su expediente. La cultura la había alejado de sus raíces, le había facilitado la independencia; la había salvado también de la mediocridad, la había vuelto *especial*: se negaba a admitir una flaqueza en este sentido. Ella había estado toda su vida sacando pecho, jactándose de conocer hasta el detalle al autor X, e incluso de haber traducido a un escritor inédito que luego se pondría de moda. Qué ironía del destino que todo su derrumbe se iniciara así, con un periodista que se interesaba por si había leído a un novelista desconocido.

—Sí, señora Miralbes —dijo Víctor, con una modulación temblorosa en sus labios—. ¿Ha leído al escritor australiano John Lipshawn?

Los asistentes a aquella rueda de prensa —la mañana del miércoles 12 de marzo de 2014— se acuerdan aún del desconcierto que generó esa pregunta, a la que siguieron algunas risas de asombro. Víctor nos confesó que se sintió paralizado al comprobar la reacción de sus compañeros y que estuvo a punto de pedir disculpas y volver a su silla.

Becario idiota, ¡aprende unas nociones básicas de periodismo! ¿Vas a cuestionarle eso a una vaca sagrada en su esperado retorno: si ha leído *a otro*?

Había sido un error levantarse para formular su cuestión: estaba a la vista de todos y le pesaban las miradas ajenas. El soplo procedía de un correo electrónico, no existía la certeza de que el contenido fuera fiable. ¿Y si aquello respondía a una trampa, o a una burda broma, y hacía el mayor de los ridículos? Pero Víctor se envalentonó.

—Sí, la pregunta que le estaba haciendo es si ha leído al escritor australiano John Lipshawn —reiteró—. Usted debería saber mejor que nadie por qué lo digo.

Su insolencia fue acogida con carcajadas; se extendió de inmediato por la sala un repentino entusiasmo, un calor imprevisto. ¡Aquel

encuentro no iba a ser tan tedioso como prometía, ese becario loco iba a aportarle algo de emoción!

Y entonces se produjo un fenómeno extraordinario: mientras Víctor se reafirmaba, Silvia, la Silvia que todos conocían, comenzó a desaparecer. Perdió su carnalidad y se hizo hueso; empezaba a convertirse en un fantasma, se le desdibujaban los contornos. ¿Era posible que esa anciana apocada, ida, balbuciente, fuera la mujer segura de sí misma de sus mejores tiempos?

Víctor desdobló unos folios.

—Le voy a leer unos fragmentos, si le parece —adelantó.

Silvia buscó apoyo en Aycart, su editor, exploró de un vistazo la estancia para dar también con Cecilia, la jefa de prensa de la editorial. Aquello escapaba a la lógica.

—Esto es de John Lipshawn, señora Miralbes —informó Víctor, y carraspeó antes de abandonarse a su lectura—: «Continuaron paseando por la niñez de su hijo con una creciente tristeza que el padre logró calmar, bromeando sobre cada detalle del álbum para aliviar el dolor de su mujer. Recorrieron pausadamente un largo camino de cumpleaños, festejos, excursiones, anécdotas y sentimientos, incluso se acordaron de aquella balada que la madre cantaba para despertar a sus hijos, y la entonaron sin apenas entusiasmo».

Tendrían que haber visto la estupefacción de los espectadores ante la lectura de aquel veinteañero. Achacaban al delirio, o a la impericia, la chocante osadía de declamar pasajes ajenos en un acto concebido para presentar la nueva obra de una autora. Para esquivar esta impresión, Víctor se valió pronto de sus pruebas.

—Y ahora voy a leer un trozo de su novela —anunció—: «Continuaron paseando por la niñez de su vástago con una templada aflicción que el padre consiguió aplacar, comentando con humor cada detalle en un intento de amparar a su mujer. Recorrieron pausadamente, escépticos y dolidos, un largo sendero de cumpleaños, festejos, excursiones, anécdotas y sentimientos, incluso rememoraron una canción con la que la madre solía despertar a sus hijos por la mañana, e intentaron cantarla sin demasiado empeño». ¿No le resultan extremadamente parecidos los dos fragmentos? En ambos los personajes están mirando un álbum, señora Miralbes. En los dos están recordando a un hijo muerto.

Había vociferado las últimas frases igual que en las películas de juicios, cuando los abogados incriminan a los malhechores y gritan como si la verdad a solas no tuviera suficiente entidad. De improviso, Víctor tenía el prestigio de un jurista, había logrado el golpe de efecto que anhelaba: igual que en un largometraje, en el clímax de una intriga

criminal, los testigos se movían en sus asientos y murmuraban en un rumor creciente; exigían, con sus miradas fijas en Silvia, sus objeciones a aquella denuncia.

Pero ¿cómo se lucha cuando la batalla se sabe perdida de antemano? Silvia encadenó una serie de acciones inútiles: movió una mano, ahuyentando moscas inexistentes, y se atusó el cabello. No habló entonces: era una escritora muda y sin ideas, a la que habían robado repentinamente las palabras, precisamente porque ella, antes, había perpetrado la imprudencia de usurparlas a otro.

En los vídeos que recogen la escena, esa mujer cuya expresión en los ojos se ha vuelto opaca, desorientada, claramente abrumada por las circunstancias, despierta inevitablemente la compasión. Nadie duda entonces sobre el veredicto de culpabilidad. Es una marquesa en el palco de la ópera, abucheada por sus conciudadanos, que la han desenmascarado y han tenido noticias de su vileza. Y sin embargo, cuando contemplamos la grabación, sólo reparamos en su orfandad.

Queda aún una extraña coda: Silvia padece una alucinación y asegura que ha irrumpido una pantera y que ésta pasea entre los periodistas. ¿Fue una ilusión producida por los nervios ante un momento tan agónico, o un mezquino y surreal teatrillo, una artimaña para no responder a las preguntas? ¿Y si Silvia, acorralada, se inventó en ese instante el efectivo recurso de la demencia?

Miralbes se levantó de un respingo y se replegó hasta la pared más cercana.

—Tengan cuidado con ella —musitó, antes de afianzar la voz para que la oyeran—. Se ha colado... se ha colado una pantera.

El equipo de la editorial Lázaro decidió finalizar precipitadamente la rueda de prensa, pese a las protestas de los periodistas. ¡Pero si el circo, con pantera incluida, estaba siendo deliciosamente divertido! ¡Querían más!

—Si nos disculpan... —dijo Cecilia mientras Aycart agarraba a Silvia del brazo—. La señora Miralbes no se encuentra bien. Este acto tendrá que suspenderse.

Fue la última aparición pública de Miralbes. Sólo volveremos a encontrarnos con ella en una fotografía, la que se realizó desde el exterior de la residencia, y entonces ya no será Silvia: se nos antojará un ánima atormentada de otra época.

La otra reina de España

Embajada de España en Copenhague
Kristianiagade, Copenhague
Junio de 2002

Cuando Silvia hablaba de los premios y reconocimientos que había obtenido a lo largo de su trayectoria, prefería centrarse en una anécdota y presumía de que en una ocasión habían dicho de ella que era, nada menos, «la otra reina de España». Nunca podría conquistar una distinción mayor, bromeaba. Con motivo de la traducción al danés de un libro suyo, un periódico de Copenhague había titulado un reportaje sobre ella así, «La otra reina de España».

El artículo hacía hincapié en el éxito que la escritora tenía entre sus paisanos, y la definía, recurriendo a un puñado de estereotipos, como una especie de encarnación del *alma española*, bravucona, enardecida: «Miralbes presta su voz a los oprimidos en una literatura rebelde y apasionada. Combina la compasión por sus personajes con una prosa airada que da la espalda al sentimentalismo. Coraje y fuego».

«Coraje y fuego»: algo así como la cigarrera que cautivó a Mérimée.

Y Silvia encontró hilarante aquella tesis cuando se la expuso la traductora que hacía la promoción con ella. ¡La otra reina de España, rebelde y apasionada! ¡Cualquiera que la conociera un poco podía asegurar que ella estaba en las antípodas de aquello! Que era antes un iceberg que una hoguera. Carece del temperamento expansivo que se le atribuye; es reservada, rígida; puestos a colocar etiquetas, ella se ajusta mejor a la severidad de una institutriz británica.

—¡Recuérdame que me coloque una flor sobre el pelo, y que entre en la embajada pavoneándome! —se mofaba Silvia.

Volvió a coincidir esa noche con el periodista y se recreó en el placer de ser despiadada.

—¡Su texto es la cosa más disparatada que he leído en años! —le comentó—. ¡Usted tendría un gran talento para el humor! Dígame, no ha estado en España, ¿verdad? ¡No podría tener una mirada tan tópica de haber ido!

Silvia advirtió que la traductora se sonrojaba, que incluso enmudecía unos segundos, sopesando quizás cuál era la expresión más benévola

mientras hacía llegar su mensaje, y que aquel redactor encajaba con embarazo e incredulidad sus palabras.

Años después, podría haberle dado la razón a ese reportero del que se había burlado.

Ella es España, corrupta y desmemoriada.

Porque ese otro periodista que la acusa de plagio, ahora, ¿no la eleva, en cierto modo, a la categoría de símbolo? De todos los que han robado, de los que han mentido, de los que han conducido al país a la ruina. De los que se creen inocentes, limpios, y un día comprueban con remordimiento y asombro que son responsables, cómplices de la estafa.

Una dieta centrada en los lácteos

Supermercados Sabeco
Núñez de Balboa, Madrid
Enero de 2014

Intentemos comprender lo sucedido, indaguemos en la pregunta que se avivó en todos aquella mañana de marzo: por qué lo hizo Silvia. Apoyemos la versión de la enfermedad: ¿y si sintió que ya no había vuelta atrás, que no había esperanza? ¿Hubo señales que anunciaban que sus días estaban contados, que estaba perdiendo la lucidez?

El comunicado que divulgó la editorial Lázaro al respecto emplea expresiones vagas que no ayudan demasiado a esclarecer los hechos: «en manos de los mejores especialistas», «desvarío momentáneo», «estado de salud delicado». (Y habría que añadir un matiz: esa nota se preparó para disculpar a Silvia, a la que se tomaba por la única responsable del plagio; aún no era de dominio público la existencia de Sergio, el negro, quien realmente copió los fragmentos del australiano John Lipshawn. La incorporación de otro actor en el drama, digamos, altera profundamente la escena. Días después de que se dieran, esas explicaciones sobre la actuación de Miralbes ya no hacían falta: quien atraía la curiosidad era otro).

Una cajera de un supermercado próximo a la vivienda de Silvia aseguró haberla visto comprando —el único contenido de la cesta— montones de queso, como si hubiese decidido iniciar una singular dieta centrada en los productos lácteos.

—¡Debería controlar su colesterol, señora Miralbes! —le sugirió.

Silvia respondió con una risa que interrumpió de golpe, como si se hubiese quedado atrapada entre sus dientes, pero pese a todo la dependienta no otorgó en su momento importancia a aquella excentricidad. Semanas después, cuando supo de la escritora por la televisión, dedujo que Silvia ya desvariaba en aquella visita al comercio.

No podemos obviar tampoco un episodio que ocurrió en la Feria del Libro: Silvia acudió a firmar ejemplares de sus obras anteriores —aún no había salido a la venta *Lo que vino después del tornado*— vestida con un atuendo imposible, un abultado abrigo que había comprado años antes en Toronto, a pesar de que el termómetro marcaba los treinta y cinco

grados.

Asimismo, un periódico de Vigo revelaba otro disparate vinculado con Silvia: que, en su participación en una mesa redonda, ella manifestó su simpatía por un escritor marsellés que tenía como seudónimo el de Jesucristo Superstar, y al que al parecer mencionó entre sus favoritos. «Las figuras de Thomas Bernhard, Friedrich Dürrenmatt y el marsellés Jesucristo Superstar compondrían el santuario particular al que Miralbes profesa devoción», afirmaba el artículo. Aunque es sin duda un nombre pintoresco —al que sacó partido el redactor de la noticia: brillante que jugara con los conceptos de ese Jesucristo *fake* y la devoción—, no hemos podido encontrar ninguna referencia a algún autor contemporáneo con ese apodo. Si esa predilección por un narrador inexistente no se debe a un exceso de inventiva del periodista —una probabilidad que no es, a fin de cuentas, descartable—, aquí tendríamos otro indicio del declive de Silvia.

También supimos que Miralbes sufrió un accidente. Un testigo describió en su versión cómo el coche de Silvia, en la calle Claudio Coello, se dirigió hacia una farola sin que un ciclista se cruzara delante de él de forma inesperada o una paloma chocara contra su parabrisas. Ella no recordaba nada excepto el humo denso en el que despertó. «No puedo explicarle lo que ha pasado, agente. No he bebido, puedo jurárselo.»

Tras esta relación de supuestas pruebas no cuesta figurarse que a Silvia la invadiría el miedo, un miedo irracional, desmedido. Sus pensamientos, su capacidad para la reflexión, para reinterpretar la sociedad que la rodeaba, habían sido las virtudes que la habían ayudado como autora. Ella había vivido en la meditación, no en el movimiento.

Una mujer huraña, introvertida, que se acobardaba ante las muestras de afecto, sólo existía plenamente en el interior de sí misma, en sus ideas.

Sencillamente, podemos razonar, si perdía la lucidez no era nada.

El adiós de la diva

Domicilio de Silvia Miralbes
Calle de Núñez de Balboa, Madrid
En los meses previos al escándalo

Procuremos no condenar de antemano a nuestra protagonista. Seamos benévolos: pensemos que fue el afán por ser querida lo que marcó el camino elegido finalmente. Necesitaba llegar, y se le ofreció un atajo. Anhelaba ser consciente, por última vez, del reconocimiento, del respaldo.

Aceptó aquel fraude, pero, podría decir, lo hizo únicamente para que la quisieran.

¡Ah, qué paradoja! ¡Incluso los monstruos tienen en el amor, en su necesidad, el motor de sus actos!

Como una diva de la ópera en su actuación antes de retirarse, cuando ya aprecia que sus fuerzas y su voz antes portentosa se han debilitado, Silvia deseaba recibir el aplauso, ser arropada por la calidez del público, aun cuando sabía que sus facultades habían mermado tanto.

Quizás sí, las cuerdas vocales de esa mujer, esa soprano hipotética, ya no poseían la potencia de sus inicios, pero esa cantante tenía ahora una baza para lograr una interpretación memorable: podía transmitir a su heroína —seguramente una mujer de porvenir adverso, tocada por la tisis o abocada a la soledad de un amor reprimido por las convenciones— una vulnerabilidad conmovedora. Ella, que por el desgaste de los años se sabía patética, que era consciente de la cercanía de su fin, ¿acaso no iba a mostrarse, en ese último papel, dolorosamente desnuda ante el auditorio?

Silvia sentiría como una amputación, o como la peor negación de lo que ella consideraba su identidad, la amenaza cada vez más firme de abandonar la literatura. Las palabras habían encarnado su terapia, el modo de suplir las anomalías de su carácter y comulgar con el prójimo. Escribir era para ella como extender hacia alguien los brazos, la única manera en que sabía entregarse.

Concebiría *Lo que vino después del tornado* como su última novela, la afinación definitiva antes del mutis. Pero a su último grito le siguió un eco desfigurado: extendió los brazos, y en vez de agradecimiento sólo encontró aversión, malevolencia. Las acusaciones de plagio, la campaña

de desprestigio.

¡Qué grotesca la silueta de alguien con los brazos abiertos, que aguarda el cariño, y que sólo obtiene la indiferencia o, aún peor, el desprecio!

En condiciones de organizarlo todo

Hospital Carlos III
Calle Sinesio Delgado, Madrid
Octubre de 2013

¿Hubo un diagnóstico que pusiera nombre a ese «estado de salud delicado»? Hemos sabido que Silvia Miralbes estuvo siendo examinada por un neurólogo del Hospital Carlos III de Madrid, pero no hemos podido acceder al dictamen del especialista. Desde la Consejería de Sanidad de la comunidad autónoma se negaron, mediante una carta que nos remitieron, a facilitar la información:

> Con respecto a su petición de consultar el historial clínico de la señora doña Silvia Miralbes Cortés, debemos advertirle que la privacidad del paciente es sagrada y no podemos compartir esos datos...

Fantaseemos, pues, con un médico que consulta a nuestra protagonista si no tiene algún familiar cercano, por ejemplo. A ella, pese a su estado de aturdimiento, le llamaría la atención cómo la vejez y la infancia se asemejan: el contacto con la decrepitud, las primeras señales de envejecimiento, hacen que se sienta como una niña huérfana. Su hermano no vive por aquí, explicaría. En la ciudad tiene una hijastra, pero nunca coinciden.

Estaría tentada de añadir, la madrastra: «Y cuando la veo siento náuseas». Silvia observa a veces a Mabel, en aquel estúpido programa, con su falta de discreción, su frivolidad desconcertante. Se niega a pasarle el teléfono de ella al neurólogo, porque a los tres días estaría aireando sus miserias en la pequeña pantalla.

—Sí, he podido hablar con ella, Ricardo. —Mabel lo contaría dirigiéndose a la cámara—. En unos minutos te lo cuento todo. Después de la publicidad.

La incertidumbre genera tensión: lo normal sería que en esa visita al hospital Silvia no consiguiera tranquilizarse. Que arrugara con la mano unos papeles —su propio historial clínico— en señal de impaciencia.

—Rodeos y más rodeos, cuando no el silencio. ¡Todos los médicos pecan de lo mismo! —explotaría ante el especialista.

También, por la fiereza que la caracterizaba, imaginamos a Miralbes decidida: «Dígame lo que sea. Ya soy mayorcita para asumirlo, ¿no cree?». Setenta y dos años. Pero ¿acaso la enfermedad no cae siempre como un rayo, no importa la edad?

—Creo que es su derecho saberlo antes de que sea demasiado tarde —opinaría el doctor Valls—. Los episodios que usted ha vivido no son accidentales. Por las pruebas creemos tener el diagnóstico. Pero también le digo que podemos estar equivocados. La única manera de observar el tejido cerebral es... la autopsia.

Silvia entendería la prudencia. La noticia iba a herirla: ese dolor había que suministrarlo despacio.

Querrá saber:

—Es progresivo, ¿no? Todo va a ir a peor a partir de ahora.

Luego se rebelará:

—¡Pero...! Pero yo estoy bien, ¿es que no se da cuenta?

Jesucristo Superstar, el queso Chaumes, aquel cuaderno perdido con las anotaciones de un libro.

Quizás por eso ella arrastraba desde hacía años la redacción de *Lo que vino después del tornado,* por ello esa parsimonia frente al ordenador. De ahí que la composición de ese texto fuera tan tortuosa: Silvia alteraba el orden de las letras al escribir una palabra, repetía vocablos en una línea, confundía alguna expresión y anotaba una que sonaba similar pero que no significaba lo mismo. Había evitado darle importancia al asunto, no quería inquietarse. Afirmaba, únicamente: «Estoy perdiendo facultades». Siempre le habían irritado los que adoptaban el papel de víctima. ¡Le horrorizaría ser una!

Por ello —perdura aún un rescoldo de quien fue: su fuego no se ha apagado— no se resignará y pondrá en entredicho la opinión del médico.

—¿Y cómo puede ser que ahora, por ejemplo, yo sea consciente de todo? —interroga—. ¿Que la mayor parte del tiempo lo sea?

Silvia percibe, y agradece, el esfuerzo inútil del neurólogo por levantarle el ánimo.

—Usted ha venido pronto —observa—. Le queda mucho, seguro. Está... está todavía en condiciones de organizarlo todo. Y haremos ejercicios, y la tendremos activa... Lucharemos, señora Miralbes. Ya verá. Y le buscaré a alguien que le haga compañía, ¿de acuerdo?

Con los nervios, Silvia improvisa un chiste.

—¿Una chica de compañía? ¿Una puta? Se ocupan de todo, en este hospital, por lo que veo.

Pero aquella referencia al sexo podría incomodar al especialista, que diría entonces, con una tosecilla repelente:

—Una enfermera, señora Miralbes —corrige—. Una enfermera

diplomada, que sepa atenderle como se merece.

Y Silvia hablaría entonces con franqueza: se aproxima el final, y eso la libera.

—Vamos, no se ofenda. Se han pasado toda la vida señalándome por ser lesbiana. Sólo bromeaba con eso.

En realidad, lo que escama al doctor Valls no es el modo en que la paciente alude a su vida privada. Le confunde que la señora Miralbes cambie de asunto ante revelaciones tan graves. Esa aparente indiferencia despierta en el médico un resquemor: ¿y si no ha entendido en toda su magnitud lo que le ha explicado? ¿Y si el tacto con el que él ha transmitido sus impresiones ha sido excesivo?

La mujer quebradiza

Radio Televisión Española
Calle Alcalde Sáinz de Baranda, Madrid
12 de septiembre de 1993

Si a usted le preguntan por Silvia Miralbes, es probable que le venga a la cabeza aquella comentadísima aparición televisiva, en el año 1993, en un programa que presentaba la periodista Julia Otero.

Si usted tiene edad para recordar esa entrevista —o incluso si es más joven: los momentos más destacados se han repetido en multitud de ocasiones—, es probable asimismo que recupere con una sonrisa algunas de las coléricas sentencias que soltó la escritora entonces, como aquella mítica «¡Y pensar que a esta hora podría estar en mi cama!» o ésa de «¡Qué desastre la educación actual, están criando imbéciles!».

Miralbes andaba de gira con su libro *Despeñadero* y habían invitado al espacio a algunos lectores de la obra, que, de vez en cuando, interrumpían la charla entre las dos mujeres para aportar su visión de la novela. Silvia juzgó demasiado pobres esas interpretaciones y no dudó en mostrar su desagrado, y, como en una exhibición de kárate, repartió golpes —dialécticos— a diestro y siniestro.

El vídeo de aquel encuentro revela cómo Miralbes empieza la humillación casi con indiferencia, pero se va creciendo con las risas de los espectadores; en un instante determinado se percata de que es su show y a partir de ahí no aminora la intensidad de sus intervenciones. Se presenta ante el mundo lenguaraz y provocadora, magnética en su maldad y su inteligencia, como si supiese que todos hablarán de ella al día siguiente y paladeara cada comentario afilado que hace. Esa noche Silvia se forja un personaje que lleva años insinuando, el de una mujer culta, áspera, libre, un personaje que le granjeará antipatías pero reforzará sin duda su autoridad.

Y, si a usted le preguntan por Silvia Miralbes, es probable que la vea de ese modo. Sí, en el retrato que conforman los distintos testimonios que hemos reunido en torno a ella no faltan esa sequedad y esa soberbia, pero en el conjunto sobresale un apunte que tal vez le sorprenda: que esa mujer es, más allá de su frialdad, fruto quizás de la timidez, un alma sensible, una romántica. Hemos sabido que antes de su caída en

desgracia ella pensaba en la vejez y en su cabeza tomaba forma el paisaje de un lago, una extensión de colores pastel donde todo se encontraba en sosiego. En un taller literario en el que analizaba el poder de las imágenes, Silvia desveló a sus alumnos que había tomado esa estampa como símbolo desde una visita a Londres, cuando la conmovió —¿fue en la National Gallery?— el cuadro de un finlandés cuyo nombre siempre debía consultar, pese a lo que le gustaba su obra: Akseli Gallen-Kallela.

«Lago Keitele», le decía a sus estudiantes: su sonoridad ya se le antojaba una promesa.

Al parecer le provocaban emoción esos sencillos y rotundos contrastes entre blancos, grises y azules, la majestuosa espesura de la isla que sobresalía de la superficie y las discretas, rezagadas montañas que se divisaban en el horizonte. Las dimensiones del lienzo eran mínimas, detalló a los asistentes a su curso, pero posiblemente la tela contenía la mejor imagen de la serenidad que había visto nunca.

¡Quería formar parte de esa pintura!, les dijo inesperadamente expresiva, casi con lágrimas en los ojos, como rememora una de las alumnas, Sara Nieto, a quien le chocó que en las distancias cortas Miralbes se mostrara como una mujer quebradiza. «Cuando salió todo lo del plagio —prosigue la estudiante—, me apenó, la verdad: nada más lejos de esa vejez idílica que semejante agitación.»

Quizás ese anhelo del lago se volvió más fuerte en Silvia cuando empezó a advertir en su cuerpo los indicios de que algo fallaba. Quizás se animaba, decía: «No tiene por qué ser difícil». Y si el médico llegó a informarle de su enfermedad caería en la cuenta de que nunca había viajado a Finlandia ni había visto el paisaje real que reproducía aquel cuadro.

La vejez no iba a parecerse a esa pintura; se destapaba finalmente con una mueca desalmada: parecía indicar que, pese a lo que ella había barruntado, aquel lago arrastraba aguas revueltas, aguas turbias, quizás incluso el cadáver de un ahogado.

¿Ella, que siempre había sido tan beligerante, tan peleona, podría conformarse ante lo inevitable?

También, en el último viaje que realizó con el Instituto Cervantes, según el testimonio del poeta A. S. P., invitado por el mismo organismo en esas fechas, Silvia se sintió deslumbrada por una visión de la que hablaría en el avión de regreso a Madrid. En el cementerio judío de Praga observó cómo las raíces de un árbol abrazaban una lápida: algún día el avance de la naturaleza rompería aquella piedra funeraria. La estremeció el modo en que la vida y la muerte se entrelazaban, se hacían inseparables. «¿No sería bonito despedirse así de todo —preguntó en aquel vuelo—, como si tras la marcha aún pudiese brotar algo?»

Tomemos, para completar su retrato, otra imagen vinculada al agua: Silvia nadaba en una piscina cubierta próxima a su casa, y allí siempre se sorprendía a sí misma, hasta ahora, con su fortaleza. Casi todos los días sentía que desfallecía en uno de los últimos largos, creía durante unos segundos de zozobra que no podría continuar con las brazadas, se descubría como un fardo que iba a hundirse. Era un intervalo que a ella se le antojaba infinito pero no duraba apenas, en el que se detenía, respiraba con ímpetu como si el aire le fuera a devolver la voluntad perdida, contemplaba a los nadadores de las otras calles y las mínimas olas que generaban sus movimientos o detalles del exterior como una chancla desparejada —¿dónde estaría la otra?— que algún bañista había dejado sobre una toalla.

Al monitor le divertía cómo el gesto contrariado de Silvia —camuflada bajo las gafitas y el gorro, como el lobo cuando suplanta a la abuela en el cuento de Caperucita— anunciaba una claudicación que nunca tenía lugar. Resultaba evidente que en ella la arrogancia podía ser mayor que el cansancio: la mujer hacía un movimiento de cabeza, se negaba la posibilidad de abandonar, y al final resoplaba y continuaba con su ejercicio. Salía de la piscina maldiciendo algún factor ajeno a ella, tal vez el excesivo olor del cloro, la temperatura del agua. Nunca aceptaba que cada vez le costara más mantener el nivel de antes.

Pero esta vez no se trata de una simple pausa para recobrar el aliento, la gravedad es mayor. Su cuerpo no responde, sus pulmones la traicionan. ¿Estamos asistiendo al momento en que Silvia va a ahogarse? ¿Ha llegado quizás la fecha del hundimiento?

Se halla tan agotada que sería capaz de pronunciar dos palabras prohibidas en su vocabulario: «Me rindo».

Políticos que se quitaron la vida por el remordimiento o el descrédito

Domicilio de Jaime Gredos
Plaza de los Leones, Illescas, Toledo
Febrero de 2014

¿Quién es ese chico insolente, podríamos llamarlo incluso *jovenzuelo*, que se atreve a cuestionar a *la reina* el día que celebra una audiencia con motivo de sus cuarenta años en el trono? ¿Quién el osado que insinúa con sus acusaciones que aquella mujer no es digna de la corona?

No tanto un periodista de raza que destapa aquello que no quieren que cuente. No estamos ante un chaval especialmente avispado, con sagacidad para detectar las corruptelas del poder, sino ante un hombre al que acompaña la suerte, según se sabrá más tarde. Víctor Gredos, veintiún años, simplemente, está en el sitio correcto en el momento oportuno.

Los hechos son los siguientes: Víctor Gredos empieza sus prácticas unas semanas antes en el periódico. En la reunión previa con uno de los redactores jefe del diario expresa su predilección por temas de libros y de cine, por lo que es incorporado a la sección de Cultura. Nada en él resulta antipático, es un chaval afable, bien parecido, pero un dato genera animadversión: es hijo del ex ministro de Justicia Jaime Gredos y consigue ese puesto como becario gracias a una llamada telefónica del padre.

Los amigos —ninguno de ellos trabaja en el diario— saben que Víctor se avergüenza de la gestión de su familiar en el Gobierno y que censura el cargo como asesor que ha encontrado, tras su paso por la política, en una multinacional. Él, comprometido con diversas causas —¿no lo hace, en el fondo, para acallar su remordimiento por ser un privilegiado?—, se burla de su progenitor con la vehemencia de la juventud. Unos días antes de aceptar su beca, tras almorzar con el padre, le deja esta carta maliciosa en el escritorio de su despacho:

> El 28 de mayo de 2007, los participantes en el comité que debatía los presupuestos del Senado japonés echaron en falta al ministro de Agricultura, Bosques y Pesca, Toshikatsu Matsuoka, que no había asistido pese a que se le

esperaba. Según informó ese día la agencia de noticias Kyodo, los colaboradores del político acudieron a su residencia y allí encontraron que el hombre se había ahorcado. Semanas antes de su muerte su honor había quedado en entredicho: se le acusaba de malversación de fondos públicos, de aceptar sobornos de empresarios que aspiraban a contratos millonarios dependientes de su ministerio, de irregularidades en las cuentas de su departamento.

El 10 de diciembre de 2012, Yuan Songfang, líder del Partido Comunista en la aldea de Haizhou, en China, se lanzó desde una ventana de su vivienda. Respondía así a las iras de sus conciudadanos, que creían que Songfang se había apropiado de las indemnizaciones que debían cobrar los campesinos por las expropiaciones de unas tierras en las que se iba a construir una carretera.

Pero el suicidio más célebre de un político acusado de corrupción es el del estadounidense R. Budd Dwyer, que el 22 de enero de 1987 ofreció una rueda de prensa y se disparó en la boca con un revólver en presencia de los asistentes. Dwyer estaba involucrado en el escándalo de la empresa Computer Technology Associates y se rumoreaba que había recibido 300.000 dólares, pero él negó los hechos en aquella última intervención y señaló ser «víctima de una persecución política». En muchas cadenas de televisión no tuvieron reparos y emitieron en toda su crudeza la inmolación del hombre.

Hasta el momento, no podemos precisar los motivos, no se conoce el caso de un gobernante español que se haya quitado la vida por el remordimiento o el descrédito.

Hasta hace poco, Víctor podía permitirse esos gestos de autoridad moral. Pero cuando renuncia a los planes que albergaba junto a su novia, Emma, los de participar en el proyecto de una escuela en Larache, y acepta la beca en el periódico, entra en el círculo de las influencias de su padre. Cuando éste dice: «Está terminando Periodismo, a ver si le podéis hacer un hueco», a Víctor se le cae la máscara de chico solidario, comprensivo. A él también lo han colocado, en uno de los diarios más importantes del país. ¡Ha ganado la ambición a su interés por la cooperación internacional! ¿No es irónico, se preguntará una vez destapado el escándalo, que sea él precisamente quien señale a alguien por su falta de ética, que él arroje la primera piedra?

Es un enchufado, y, aunque no hay un acuerdo al respecto, los compañeros y superiores lo marginan de una manera sutil; no manifiestan curiosidad por si posee o no talento, no le dan cancha. En los primeros días, sólo le encargan editar teletipos o redactar temas sin enjundia, a los que además conceden un breve espacio en el periódico. Víctor comprende las distancias que guardan con él: en un pasillo oye que lo han rebautizado como «el protegido», y averigua con pesar que su parentesco, que él pretendía llevar con discreción, es un asunto público.

Piensa que si las circunstancias no cambian se desmotivará pronto. Hasta que un día descubre sobre su teclado una convocatoria.

Queridos amigos:

Este miércoles es un día importante para la literatura española. Silvia Miralbes regresa con una novela tras siete años de silencio.

Lo que vino después del tornado.

Una ficción sobre la violencia, pero también sobre la solidaridad y la compasión, sobre hombres que actúan como bestias y otros que hacen más digna la vida. Un relato esperanzado y sentido.

Con el atentado en una comisaría como premisa, Miralbes perfila una serie de personajes memorables que dejarán una profunda huella en los lectores.

Un libro con el que la voz más personal e insobornable de las letras hispanas culmina una trayectoria asombrosa.

El encuentro con la autora se celebrará este miércoles, 12 de marzo, a las 11.30, en el Hotel AC Santo Mauro, calle Zurbano, 36.

Te esperamos allí para compartir contigo este acontecimiento.

Para más información puedes ponerte en contacto con el departamento de prensa de la editorial Lázaro:

Cecilia Aguirre
cecilia.aguirre@editoriallazaro.com >
loquevinodespuesdeltornado.com

—Quiero que cubras esto —le comunica Paz, la jefa de Cultura—. La Miralbes presenta mañana su novela, y por aquí todos estamos un poco hartos de que nos trate a patadas. Si vas tú serás más objetivo.

Suscita interés el regreso de Silvia —¡no publica nada desde hace siete años!—, por ello Víctor deduce que, formulando ese encargo, Paz está planteando algo más: un desafío, una prueba de fuego. ¿Quiere enseñarle al director, que es el que mantiene esa discutida amistad con su padre, la inexperiencia del recién llegado, lo inadecuado de su fichaje?

Pero, ya lo hemos anticipado, Víctor es un hombre con suerte. Cuando va, la mañana en que se destapa el escándalo, a la redacción con el propósito de ampliar la documentación sobre Silvia de la que dispone, la sala está deshabitada y en penumbra, una imagen espectral para un espacio tan vivo en otras horas del día. Enciende su ordenador, echa un vistazo a los periódicos —noticias sobre la corrupción por las que antes o después, puede augurarlo, asomará su padre—, pero la sorpresa está en otro punto.

El teléfono.

La voz de Sergio.

—Buenos días. Quiero enviarles una noticia. ¿Pueden facilitarme una dirección de la sección de Cultura?

—Sí, claro. Puedo darle la mía.

Un minuto después, Víctor se revuelve en su asiento, excitado e incrédulo. ¿Es posible?

> Me dirijo a ustedes para denunciar una estafa que está ocurriendo en estos días y que espero combatan desde su periódico. Como sabrán, esta semana ha salido a la venta *Lo que vino después del tornado*, la última novela de Silvia Miralbes, una autora aplaudida por las muchas cualidades que posee, aunque entre estas virtudes no se encuentre, según parece, la de la honestidad...

Cuando lo entrevistamos, el vigilante de seguridad del diario recordó algo de aquella mañana que le llamó entonces particularmente la atención: el alborozo de aquel chico al que oyó reírse a carcajadas.

El payaso triste

Domicilio de Sergio Massey
Calle Argumosa, Madrid
Marzo de 2014

Hablaremos más tarde de Sergio —¿podríamos llamarlo «nuestro antagonista»?— pero aquí van unos apuntes previos: si Silvia es ya un fantasma, Sergio encajaría en el perfil del payaso, del payaso triste.

No se ha colocado una nariz roja ni ha interpretado un monólogo, no ha querido ser cómico de una manera profesional. En su trato no encadena un chiste tras otro, precisamente: le agota incluso que por ser andaluz se espere de él la guasa. Es cierto que en su intimidad, con alguna de las novias que ha tenido o con su hija, Emilia, utiliza el ingenio como mecanismo de defensa —una broma efectiva le ayuda a sortear los momentos delicados de conversaciones de cierta hondura, ante las que él siempre se siente incómodo—, pero no lo catalogaríamos tampoco como un tipo divertido. En las fotografías de una visita al zoo, tomadas en una excursión cuando él tenía seis años, sus compañeros expresan júbilo, pero su rostro desprende una rara tristeza, tal vez porque le asustan los excitados chimpancés o porque aquel es el primer desplazamiento que le aparta demasiados kilómetros de su casa. Esa seriedad, ese poso de inexplicable melancolía, ha perdurado.

El componente jocoso, aunque implacable, sí se aprecia en su literatura. En sus obras de teatro, en sus novelas —mal publicadas y distribuidas: el mínimo prestigio que ha alcanzado ha sido como dramaturgo—, la existencia se revela como una amarga sátira, el sarcasmo siempre impregna su observación de las relaciones humanas. En las entrevistas que hacía cuando lo describían como «una joven promesa» —ahora se define, socarrón, como viejo fracasado— discernía, y paradójicamente se ponía muy grave al hacerlo, que ni la literatura ni el arte de las últimas décadas del siglo XX podían tomarse en serio. Y Sergio creyó que el humor era un arma, aunque no supo calcular el alcance de su disparo. Brighton, Sevilla, Madrid: en todos sitios le advirtieron que el atrevimiento tenía unos límites. Le amenazaron: habría una condena.

Pero entre sus rasgos sobresale uno: la temeridad. Sólo entiende, afirma, a las personas que arden. Él vivía, bebía, de manera irreflexiva.

No se resistía a la embestida de la marea, al influjo de la luna, a cualquier fuerza de la naturaleza. ¿No estamos aquí, acaso, para ser embrujados? Necesita escapar para dejar atrás su angustia, ese abatimiento que distinguimos ya en el zoo, a los seis años. Es por tanto un hombre en fuga. No lo veremos haciendo puenting —le aterran los deportes de riesgo—, podemos considerarlo temerario por su falta de anclaje a la realidad, porque no calibra el efecto que tendrán sus movimientos.

Si él, recién entrado en la cincuentena, se reencontrara con el Sergio de los veinte años, tendría una sorpresa distinta a la de Silvia: ambos hombres siguen siendo idénticos. La misma inconsciencia, la misma necesidad de provocar, aunque ahora podríamos añadir, sí, la fatiga. El Sergio *maduro* intenta corregir su naturaleza, pero ésta insiste en su carácter ingobernable. Y, tras tantos pasos en falso, ha perdido la paciencia consigo mismo.

Cuando hacía nuevos amigos, Sergio les comentaba el prodigio de que había nacido dos veces. La primera, en una clínica sevillana en 1964; la segunda, nueve años más tarde, en una playa de Cádiz, cuando una tía suya evitó que se ahogara después de que se golpeara la cabeza con una roca —el mar andaba revuelto, una ola lo había empujado— y perdiera la conciencia. En los últimos años sumaba a ese relato un tercer nacimiento, que fecharemos en 2013, cuando Sergio dejó el alcohol. Un día cualquiera se despertó cercado por la vergüenza y el hastío, y ése fue el arranque de su reconversión. El proceso no fue sencillo —Sergio sospecha, de hecho, que de no haberse topado con un psicólogo tan preparado y brillante como el que tuvo, que supo tocar los resortes adecuados, habría desistido del empeño—, por eso le enorgullecía haberlo completado con éxito: es un hombre que sale a una mañana soleada tras un tiempo en las oscuridad, un cuerpo ligero después de soltar un pesado lastre.

Pero ante ese nacimiento le incordiaba la misma impresión que con los otros: a ese Sergio *limpio* que bebía desde entonces cerveza sin alcohol —se había hecho un experto en las marcas y variedades que existían de ella—, zumo y agua con gas, se le había regalado una vida y no sabía cómo lidiar con ella. Ni siquiera podía afirmar que mereciera esa oportunidad.

Sergio nos confió que, cuando se destapó el escándalo Miralbes, le escocieron todas esas heridas abiertas, que había «vivido en una nube durante unos meses», nos dijo. Quería darle un escarmiento a Aycart porque él era el alumno favorito de su padre en la universidad, el buen hijo que no había sido él, «pero ahí estaba —nos señaló—, otro vendido, sacando publicaciones como churros, codeándose no con verdaderos

escritores sino con estrellas de la tele que publicaban sus memorias, o novelas históricas. ¿Qué diría mi padre si lo viera, con todas las esperanzas que volcó en él?».

Sergio expresa que no era consciente de la estupidez que estaba haciendo, que en su cabeza todo poseía una lógica, que era sencillamente brillante. Aycart elaboraba miel para sus lectores, ¡ahí tenía arena, toneladas de arena, para que acabara sepultado! (Massey toma esa oposición miel/arena de García Lorca, que contrapuso esos conceptos en *El público*; Sergio investigaba en ese texto con sus alumnos.)

Miel y arena, pero se enterraba a sí mismo. Fue enviar ese correo y comprender el tremendo error que cometía.

Apenas unos minutos después de mandarlo salió de su casa y la realidad lo sacudió con todo su voltaje.

En un bloque de su misma calle hay un coche fúnebre aparcado; dos empleados sacan un ataúd, todavía vacío, con el que van a recoger a alguien que había muerto en ese edificio. Esa imagen tan dramática le impresiona, la recibe como un presagio. Y de repente no puede controlar el pavor. ¿Qué demonios ha hecho?

El miedo se propaga rápidamente por su cuerpo, lo siente como una descarga eléctrica, porque antes de mandar ese mensaje, ciego todavía por la venganza o el delirio, grita sin demasiada conciencia de lo que dice una frase de *Macbeth*: «Sopla, viento; ven, destrucción. Al menos, moriremos con la armadura encima».

Llámame Ismael

Turmares Tarifa
Alcalde Juan Núñez, Tarifa (Cádiz)
1 de noviembre 2013

A principios de noviembre de 2013, en el puente de Todos los Santos, Sergio se reencuentra con su hija, Emilia. Hablan de *Moby Dick*, pero pronto la atención se desvía hacia otro libro: *Adam's Curse*, del australiano John Lipshwan. Ella ha llamado a Sergio siempre por su nombre, nunca ha utilizado la palabra «papá» o «padre», pero, cuando esta vez lo hace, él la corrige.

—Sergio no. Llámame Ismael. Hoy deberías llamarme Ismael —espeta.

Y lo dice, se refiere al arranque del libro de Melville, por un motivo: han emprendido una expedición para avistar ballenas. Él ha bajado al sur, pero en vez de citarse en Sevilla —la ciudad natal de Sergio y donde ella trabaja: toca el fagot en la Sinfónica— le propone que coincidan unos días en Tarifa, en Cádiz. Sergio piensa en ese barco como un plan con el que podrá sorprender a su descendencia: Lara, la ex mujer, ha puesto en marcha una inconcebible competición que consiste en ofrecer a Emilia el obsequio más exquisito, el viaje más impredecible, la aventura más excitante. Él se halla confundido: le ha pasado a Aycart el borrador de una novela... y éste ha guardado silencio sobre ese texto, pero le ha pedido que *arregle* un manuscrito de Silvia Miralbes, una autora a la que él, según nos contará, siempre ha tenido manía. Cree que con esa excursión logrará distraerse, olvidarse de esa decepción.

La luz del atardecer reafirma con un barniz anaranjado las facciones de Emilia: al contemplarla, Sergio comprende por qué se había enamorado de su madre, aquella primavera de principios de los noventa. La chica tiene la misma genética privilegiada, la presencia imponente, huesuda y al mismo tiempo voluptuosa, de su madre. Un esplendor que bien valía un escándalo como el que Lara y él protagonizaron, cuando profesor y alumna hicieron pública su relación.

De improviso, Sergio comprueba con terror que el juego al que se han entregado Lara y él para ganarse el cariño de Emilia siempre lo ha colocado en la posición de perdedor. Sólo hay que repasar las jugadas

maestras de la ex mujer, pintorescas todas: safaris, cruceros, expediciones de interés arqueológico. Por eso, él encaja cada descripción que hace Emilia de Australia —donde ha estado una semana de vacaciones con su madre— como un golpe destinado a demoler un pedestal, el suyo, que quizás no ha existido nunca. Sergio sospecha que, en este sentido, la negativa de ella a llamarlo «padre», o «papá», refleja con contundencia el escaso respeto que inspira. Siempre ha contemplado con orgullo los méritos y los avances de su hija, pero ahora interpreta que los logros de ésta han abierto una distancia inabarcable entre ellos. La hija-perfecta y el padre-lastre. Sergio se la imagina con signos de cansancio, suspirando resignada, mientras comunica a sus amigas que debe quedar con él.

Emilia se acerca al bar a comprar agua, y Sergio se queda solo, preguntándose si va a aceptar el encargo de Aycart.

> Sería fantástico si pudieses ayudarme con esto, compañero. Sé que es una petición extraña, pero creo sinceramente que tú eres el hombre para esto.

Le desconcierta que Miralbes, la autosuficiente, atildada y engreída Miralbes, le necesite. La semidiosa intocable debe abandonar el Parnaso por los achaques de la edad, y a él lo invitan a que la acompañe en su destierro.

—¡Eh! Vuelve al mundo de los vivos, ¿vale? —le dice Emilia cuando regresa.

La hija le coloca una botella en una mejilla, como si intentara sacarlo así de su abstracción. Aunque tiene una revelación que va a despertarlo definitivamente.

—Te lo iba a contar en la cena, pero no puedo esperar —confiesa—. Me caso, *Serge.* Y tú eres, serás, el padrino, claro.

Sergio la abraza, asombrado.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Ella ríe y se separa de él.

—El 15 de marzo. En Sevilla. No hemos cerrado nada todavía, sólo tenemos fecha en el Ayuntamiento. ¿Me ayudarás a organizarlo?

Sergio se encoge de hombros. En él conviven en ese momento la alegría que le transmite su hija con la intranquilidad de pensar que sólo tiene veintidós años.

—¡Estás loca! —exclama—. ¿Qué necesidad tienes de casarte tan joven?

La perplejidad le dura unos minutos. Cuando ella rebusca en el interior de su mochila y saca un volumen, un libro de un tal John Lipshawn, él pregunta por el autor más por inercia que por interés.

—En el hotel de Sydney leí una entrevista con él en un periódico y me interesó, y luego vi ejemplares en una librería. Cuando lo termine te lo

paso.

Sergio le responde sin ser consciente de la relevancia que tendrá esa novela en su futuro.

—Sí, déjamelo. Estoy buscando a alguien que me sirva de inspiración.

Después de decir eso se arma un revuelo en la cubierta del barco: a la izquierda se aproxima una familia de orcas.

Nada les noqueó nunca como entonces

Hotel Santo Mauro
Calle de Zurbano, Madrid
12 de marzo de 2014

Así es como nos contó Cecilia la célebre rueda de prensa del 12 de marzo:

Dice que para ellos ha sido la mayor tragedia en la historia de Lázaro. Se ríe de la ironía: al final los golpes vienen de quien menos los esperas, ella temía a esos plumillas resabiados que habían malgastado su vida en una redacción, a los que el único placer que les provocaba el oficio ya era descubrir cómo podían joderles, reventarles un tema que no querían que se desvelara o hundirles a un autor, y luego aparece de la nada un niñato, un niñato al que toman por tonto, y va el cabrón y es un puto terrorista que hace saltar todo por los aires. *(En la grabación se percibe cómo Cecilia simula una detonación con un silbido y un grito* —bum— *que suenan demasiado infantiles.)* Para el chaval sería su maldito momento de gloria, como el ritual de ingreso en la madurez de una tribu, pero, para ellos... fue el fin.

Cecilia reconstruye la escena: aquel muchacho entró en la sala siendo un becario tímido; buscó con la mirada algún rostro familiar pero acabó sentándose en una esquina, aislado. En el tiempo de espera, hasta que empezó la rueda, hizo un montón de cosas —ella no interpretó entonces que esa energía se debía al nerviosismo, que tenía algo muy gordo entre manos—: consultó su móvil, se colocó en las orejas unos auriculares, miró por encima el ejemplar de *Lo que vino después del tornado*, se percató de que tenía los cordones desatados de un zapato y se los amarró.

Ella, qué ingenua, curioseó casi por educación de dónde venía.

—Soy Cecilia, de prensa de la editorial, ¿tú de dónde eres?

Le extrañó que Paz mandara a alguien de prácticas a la presentación del libro de Silvia Miralbes, nada menos, pero ya saben, nos comentó, cómo han mermado las plantillas de los periódicos. Se dijo, otra vez en la parra: Espero que eso no signifique poco espacio *(se refiere a la extensión que el diario dará a la información)*.

Era la apuesta de Lázaro para esa primavera, decía Cecilia.

Miralbes volvía.

No podían resolverlo con un maldito becario.

Cecilia añade: Que estábamos ante una cita relevante se apreció en Aycart, estuvo correcto en su intervención, como siempre, muy sagaz y muy en su sitio, pero ella le advirtió un deje de emoción. Sabían que Miralbes se despedía con este libro, que un largo viaje terminaba aquí. Aycart, Cecilia y Silvia habían compartido demasiadas experiencias, y, de acuerdo, ella les había dado muchos quebraderos de cabeza, pero sentían un indudable afecto. De repente, mientras recordaba algo, Aycart, por lo general un tipo inexpresivo, se conmovió. Y a Cecilia la sacudió una especie de presentimiento: que se encontraban en el funeral de Silvia y su editor estaba llorándola, despidiéndose de ella. La homenajeada permanecía ahí, delante de sus ojos, pero ya había muerto.

¡Qué insignificante parecía en ese momento aquella mujer!

Silvia había muerto y aquel chaval, Víctor, había venido a enterrarla. Leyó aquellos textos. Un tal John Lipshawn, australiano. ¿Se trataba de una broma? ¿En realidad procedía de la televisión, y quería que el público se riera a costa de ellos? No lo entendían. Habían bajado la guardia tras las calurosas palabras de Aycart. ¿Qué estaba diciendo Víctor? Primero con voz temblorosa, empequeñecido por las carcajadas; después, comprobado el efecto de sus frases, cuando se cercioró del terror en la expresión de Aycart, ya firme.

Y Silvia cada vez menos Silvia.

Cecilia se dispuso a interrumpir a Víctor, no recuerda si llegó a hacerlo:

—Eso no tiene ningún sentido, ¿me estás oyendo? ¿Alguien tiene otra pregunta?

Pero Aycart la agarró. Su mirada: en su mirada era un hombre asomado a un abismo, atemorizado por el vértigo. Sí, el viaje finalizaba aquí: tenían que bajarse. Musitó un nombre. Muy bajito. No cree que los micrófonos lo captaran.

—Sergio. Hijo de perra.

Habían afrontado crisis muy complicadas: autores borrachos que querían llegar a los puños con algún reportero, otro que fue operado de apendicitis horas antes de un premio que no pudo recoger... Nada les noqueó nunca como esto. Esas acusaciones, lo de la pantera... Les cogió desprevenidos.

Después de aquello, mientras ellos se retiraban, los veteranos que no habían quitado su chaqueta del asiento para dejarle un sitio a Víctor, los que no habían intentado darle conversación, se acercaron a preguntarle, ávidos, perplejos, entusiastas. Como los jefes de una tribu que celebran la entrada en ella de un último miembro. Le cubren la cara con pinturas de guerra, lo acarician, le dicen: «Ya eres de los nuestros, compañero».

El joven aprendiz, que ha lanzado una flecha cubierta de fuego, y ha

conseguido que ardan. El advenedizo, que ha sacrificado a la reina.

La noticia

SILVIA MIRALBES, ACUSADA DE PLAGIAR
A UN NOVELISTA AUSTRALIANO

La editorial Lázaro retira de las librerías
«Lo que vino después del tornado»

Marta Muñoz. Madrid.
Era uno de los regresos más anunciados de la temporada, pero la cita que preparaban desde la editorial Lázaro no fue precisamente una celebración. En la rueda de prensa de ayer, en la que, se supone, se iba a hablar de las virtudes de su último libro, el primero en siete años, la escritora Silvia Miralbes fue acusada de plagio por un periodista, que leyó fragmentos de la obra australiana *Adam's Curse (La maldición de Adán)*, de John Lipshwan, muy similares a algunos de los que contiene la ficción de la narradora extremeña*, Lo que vino después del tornado.* Miralbes, visiblemente sobrepasada, no hizo declaraciones, y la rueda de prensa se canceló repentinamente, sin que ni la propia autora ni el personal del sello ofrecieran alguna explicación de los hechos.

Horas más tarde, la editorial Lázaro emitió un comunicado en el que informaba que Miralbes llevaba tiempo sometiéndose a pruebas médicas y sugerían que la creadora podía estar sufriendo alguna enfermedad mental. «En las últimas semanas, incluso meses, Miralbes ha tenido un comportamiento extraño y errático», informaron desde la editorial. «Hemos tardado en asumir una realidad tremendamente dolorosa: que una de nuestras novelistas fundamentales ya no poseía la fortaleza de siempre y hoy tiene un estado de salud delicado. No dudamos de que los pasajes de la obra *Adam's Curse* en su libro *Lo que vino después del tornado* se deban a un desvarío momentáneo de Miralbes, de cuya integridad podemos dar fe en todos estos años que ha formado parte de la casa», proseguían.

En la nota se añade que «Silvia Miralbes está ahora en manos de los mejores especialistas» y piden «respeto y prudencia» para la escritora. Por último, «hasta que resolvamos este malentendido», avisan, «los ejemplares distribuidos de *Lo que vino después del tornado* serán retirados de las librerías», aunque desde Lázaro muestran su convicción de que «pronto podremos disfrutar de nuevo de esta novela como lo que es: el

legado de una inmensa escritora, Silvia Miralbes».

Una novela moral

Editorial Lázaro
Calle de Alcalá, Madrid
Octubre de 2013

Hemos escrito que el doctor Valls se esforzaría por animar a Silvia, señalándole que aún estaba «en condiciones de organizarlo todo». ¿Organizar qué exactamente? ¿Redactar su testamento? ¿Buscar el perdón de las personas a las que había hecho daño? ¿Suicidarse para evitar el declive? Toda su carrera, Miralbes había estado cerrando círculos en sus libros, tramando finales para que las narraciones tuviesen un desenlace perfecto. Y ahora debía rematar su historia.

Son precisamente la consulta del médico y el despacho del editor, Javier Aycart, los espacios sobre los que menos datos poseemos, que más nos obligan a elucubrar, pero pensamos que las visitas al hospital, lo que se hablaría en ellas, condicionarían inevitablemente el transcurso de los acontecimientos en la editorial Lázaro.

En nuestra recreación, unos días después del diagnóstico del doctor Valls, en noviembre de 2013, a Silvia le proponen que alguien termine su novela, aunque en la portada constara ella como única autora. Y ella consiente el engaño porque, como aquella soprano en la decadencia que vuelve a la ópera, necesita despedirse de su público, recrearse en su aplauso, el sucedáneo del amor que conocía.

Es su editor, Aycart, quien la dirige al patíbulo, a la enemistad con sus lectores.

—A veces me pregunto si hiciste bien aceptando —le reconoce—. Porque es como si no terminaras de creer en la historia, como si no te implicaras del todo.

Unos años antes le ofrecen hacer una novela sobre un atentado terrorista, poca gente ha escrito en España sobre eso, y Silvia acepta. Como el Albert Camus de *La peste*, ella pone ese ejemplo en alguna conversación, quiere entonar un canto de esperanza sobre el género humano, hablar de cómo, ante el desorden, afloran la solidaridad, la compasión, los sentimientos más nobles de las personas... A Silvia le parecía oportuno recuperar la confianza: vivían en el desencanto.

Albert Camus: Miralbes manejaba siempre referentes muy elevados

para sus creaciones, nos apunta un colega suyo que prefiere no desvelar su identidad. «Algo estupendo para tu obra, porque mirando alto siempre llegarás más lejos, pero el problema en Silvia es que ella mencionaba a aquellos grandes sin rubor alguno, sin sombra de modestia, como si jugara en la misma liga que ellos. No se conformaba con ser la autora más vendida, quería grabar su nombre en la historia de la literatura, estar en alguno de sus capítulos. Nosotros nos reíamos de ella a sus espaldas, nos burlábamos de esa pretenciosidad.»

Volvamos, en todo caso, a los conceptos que preocupaban a Silvia: solidaridad, compasión, los sentimientos más nobles. Observen la paradoja de esta obra: una novela *moral* cuya artífice carece de escrúpulos en su redacción.

—Silvia, coño, que creo que ETA ponía aún bombas cuando empezaste el libro —dice Aycart, malhumorado—. ¡Has tardado tanto que el momento histórico es diferente! ¿Se puede saber qué te ha pasado?

Así es como imaginamos a Aycart y a Miralbes en esta negociación: como un maestro inflexible y una alumna que no ha estudiado la lección que corresponde ese día.

—Lo de ese maldito cuaderno me derrumbó —farfulla Silvia: ella misma sabe que la justificación es débil—. Tenía un montón de anotaciones, esbozos de personajes, esquemas del argumento... Después de eso perdí la concentración completamente.

Hace unos años, Aycart nos recibió para tantear la publicación de una biografía de un actor que finalmente sacamos con otro sello. De aquel breve e improductivo encuentro recordamos dos cosas: que el editor te escuchaba con los ojos muy abiertos, por lo que nos parecía que estaba alerta, y que nuestro proyecto le inquietaba por algún motivo, y que una fotografía de Julio Cortázar adornaba esa estancia. ¿Seguiría vigilándoles el argentino cuando tramaban aquella operación? ¿Aycart también se engañaba pensando que *hacía literatura*, y no concedía importancia al peso que los estudios de mercado tenían en sus lanzamientos?

—Esa puerta debe de ser una máquina del tiempo —responde un enojado Aycart a Silvia—. Cada vez que entras vuelves a ser una niña. ¡Oh, la pobre Miralbes, que ha perdido su *cuadernito*! Vamos, joder. Hemos puesto demasiado dinero. ¿Qué hacemos? ¿Te denunciamos por incumplimiento de contrato, o te prestamos ayuda?

Le habla de Sergio, entonces.

No dice la palabra «negro».

Silvia no puede negar que esté incumpliendo los plazos fijados por la editorial, que su tardanza esté generando un malestar creciente en los despachos, pero entonces, nos figuramos, toma como un agravio aquel ofrecimiento. ¿No supone un ultraje a su consideración como autora?

¿No es una invasión ilegítima, una especie de allanamiento de morada, en un ámbito tan privado como el de su libro?

—Sigamos caminando —le dice Aycart a Silvia.

La anacoreta en el escaparate

Domicilio de la familia Miralbes
Calle de la Aurora, Llerena (Badajoz)
En los años cincuenta

Desde siempre a Silvia le había agradado el silencio, el recogimiento, lo había buscado cuando se exasperaba con los otros, pero también consigo misma: el aislamiento como una especie de contención, parapeto frente a los ataques ajenos pero también dique que apaciguaba su carácter en momentos de enfado.

Es curioso cómo en la infancia nos define ya el mismo temperamento que en la edad adulta: esa niña atribulada, solitaria, que fue Silvia necesitaba ya una parcela de privacidad para refugiarse del desconcierto del trato con los demás. De pequeña tomó por costumbre encerrarse en la despensa, y no precisamente movida por el apetito; nunca probó bocado, nunca sintió el deseo imperioso de comer algo, aunque se entregara a veces a los olores de la chacina o el queso. Su familia imaginaba que en el trámite caería algún dulce, pero no: su carencia siempre había tenido una perspectiva muy *elevada*, era de índole *espiritual.*

Lo que la vida nos depara no siempre responde a la lógica: esa mujer asocial, con alma de anacoreta, escogería un oficio por el que se expondría a su comunidad. Y ese colocarse en el escaparate, esa atención de la gente que era tanto un sueño —esa curiosidad de los demás hacia ella implicaba el reconocimiento a su trabajo— como una pesadilla —no sabía desenvolverse en esa coyuntura— le haría contemplar con añoranza ese espacio propio.

Reprodujo aquel hábito en uno de sus artículos —«Del misterio», *El País Semanal,* domingo 8 de diciembre de 2002—: se sentaba en el suelo de aquel habitáculo y se tapaba los oídos, y en la desconexión hallaba la paz del mismo modo que una feligresa encontraba a Dios en la quietud de una parroquia.

En aquella columna de opinión aseguraba que cada vez que encendía la televisión le volvía esa urgencia por incomunicarse, alarmada por los contenidos explícitos de los programas, por la chabacanería, la superficialidad o la sordidez, por los problemas en el tono escogido. Miralbes trazaba en su texto un recorrido por la telebasura y enumeraba

algunas muestras: el controvertido programa sobre el crimen de Alcàsser, *La máquina de la verdad, Crónicas marcianas, Confianza ciega, Esta noche cruzamos el Mississippi, Tómbola, Gran hermano.* Y reivindicaba: sí, es posible la opción de apagar la tele, apartarse de esa jauría, desertar de ese ejército. Recobrar la nobleza, proclamaba. «Háganme un favor: hoy no sacien sus instintos más primarios. Defiendan el misterio, el silencio. Si tienen un parque cerca, lean un libro debajo de un árbol. Si viven en la playa, observen la aparente infinidad del mar. Llamen a un amigo con el que hace tiempo que no hablan y tómense un café con él. Escuchen el *Concierto número 2* de Rachmaninov. Actúen como seres civilizados. No sean, al menos por hoy, *hooligans* enfurecidos. Recuerden que tienen un espíritu, mantengan ese fuego.»

¡Qué raro suena, después del escándalo, ese sermón que Silvia casi pronuncia desde el púlpito! Miralbes, que en su burbuja —¿escribir no era otro modo de encerrarse en esa despensa?— siempre había estado por encima del ruido y la vulgaridad, de improviso se descubriría dentro de ese polvorín que tanto había detestado. Estrella en una franja de máxima audiencia, se sumió en una confusión de risas y de gritos, vilipendiada como una criatura deforme en un circo grotesco, sólo que en su caso su deformidad, de haberla, podría catalogarse como moral; el circo era mediático.

La vieja historia de Fausto

Editorial Lázaro
Calle de Alcalá, Madrid
Octubre de 2013

El editor suele repetir esa frase: «Sigamos caminando». Es una consigna privada con la que procura ahuyentar el desaliento, pero con ella desconcierta a quien no conoce esa costumbre en Aycart, porque a menudo hace esa afirmación en un despacho, en el interior de un tren, en algún sitio cerrado en el que no puede reanudar ningún camino. En esa propuesta, sigamos caminando, hay un detalle que incomoda al interlocutor a quien coge de nuevas esa indicación: Aycart anda con una no muy marcada pero sí apreciable cojera. ¿Se está burlando de sus limitaciones? ¿O, por el contrario, lo que hace es darse ánimos? Seguramente en su familia, en la infancia, le insistieron en que estaba tan capacitado como sus amigos, le transmitieron una confianza y una firmeza de carácter que lo convertirían en una persona sin complejos. De ahí su tesón: si se interpone un obstáculo, no importa, no debemos pararnos. Silvia y él congeniaban en su fortaleza: ¡ambos detestaban la debilidad! ¡Ambos sabían que, simplemente, había que seguir adelante! Hasta ahora: el escenario ha cambiado.

—Vamos a pasarle lo que tienes de borrador a alguien de confianza —le explica Aycart a Silvia—. Alguien que va a estudiarlo a fondo y que propondrá soluciones. Él va a ponerse con esas escenas que se te resisten, va a redefinir los personajes que tú no acabas de ver. Tú luego lo retocas con tu estilo, pero te resultará más fácil pulir un texto ya escrito que empezar de cero. ¡Y atrévete a quejarte!

Aycart asesta un duro golpe contra la vanidad de su autora: insinúa que *Lo que vino después del tornado* parte de una idea originaria de un directivo de la editorial. ¿Quién se cree ella, una simple asalariada que accede al encargo?

Podríamos describir aquí la impotencia, la conmoción que supone en Miralbes el hecho de que duden de sus aptitudes. ¿Va al cuarto de baño a rumiar su cólera? ¿Golpea la pared, se muerde el puño? ¿Presiente que la larga amistad con Aycart se ha roto? ¿Resuena en su oído esa amenaza, te denunciamos por incumplimiento de contrato?

¡Ojalá pudiera telefonear a Iciar, que siempre le facilitaba una perspectiva sensata, mesurada, y conseguía aliviar su irritación!

¿Le recomendaría ella que aceptara el trato de Aycart? Alguien que propondrá soluciones. ¿No salva a Silvia acaso esa medida del desafío de concluir un trabajo para el que, según los médicos, ya no está capacitada? ¿No es, en el fondo, una liberación?

—Sólo accederé si me prometes algo.

—Qué.

—Que nadie se entere, nunca. Que todo se lleve en el mayor de los secretos.

Quizás la culpa sólo se dé cuando uno no puede ser descubierto, reprendido por sus acciones. Si ese secreto se guarda a salvo, y uno no va a ser juzgado por la comunidad, ¿qué importa si uno se enreda en determinadas intrigas?

Miralbes y Aycart se dan la mano.

—Hecho.

¿Se vislumbraría en Silvia algún gesto de contrición? Un azoramiento por el que Aycart tuviera que decirle:

—Todo irá bien.

Pero no ocurrió así. Aquí están hoy, Silvia y Aycart, con las manos sucias. En la trastienda de *Lo que vino después del tornado* se escuchan ecos de la vieja historia de Fausto: alguien vende su alma al diablo. Y después no queda escapatoria, siempre hay que pagar un precio.

El reflejo en el televisor

Domicilio de Silvia Miralbes
Calle de Núñez de Balboa, Madrid
En los meses previos al escándalo

Hay algo que nos intriga particularmente de la peripecia de Silvia Miralbes: ese instante en el que averigua —¿lo haría?, ¿le duraría la lucidez?— que es una mujer diferente a quien pensaba. Hasta ahora, Silvia siempre había hecho *lo que tenía que hacer,* había trabajado honradamente, respetado las normas, juzgado que en su cumplimiento estricto radicaba una de las claves para la convivencia: si veía a alguien, en la calle, arrojar conscientemente un papel al suelo, no podía contenerse y avisaba a esa persona: «Perdone, se le ha caído». Hasta hace poco, podíamos consentirle esa arrogancia. No había infracciones en su expediente. Podíamos considerarla *una ciudadana ejemplar.*

Éste es, en concreto, el momento que nos interesa: ¿qué sintió cuando comprendió que había sucumbido a una proposición deshonesta, que había perdido esa integridad? ¿Qué pasó por su cabeza cuando reparó en que ella, que siempre se había creído infalible, no era más digna que los otros?

Seguramente, Silvia observaría las noticias sobre la corrupción con una mezcla de curiosidad y de asco en el estómago. Esos políticos o banqueros que eran grabados tras haber prestado testimonio ante el juez, acusados de malversación de fondos o de delitos similares, ¿cómo gestionaban el descrédito, la vergüenza? En el caso de que fueran culpables, ¿cómo habían acabado así? ¿Se arrepentían de haber traicionado la confianza de sus votantes o sus clientes? ¿O seguían disculpándose: Los demás lo hacían, no iba a saberse, ahora el escenario ha cambiado? En un principio, Silvia los contemplaría como monstruos desalmados y codiciosos, los condenaría opinando que su proceder aborrecible era algo lejano, que no la concernía en absoluto, una historia en la que no se podrían hallar similitudes con la suya.

Pero ¿y si un día, mientras la presentadora de un informativo se refería a esos ladrones, Silvia se topó con su reflejo en el televisor y se percató de que también estaban hablando de ella? ¿No había cometido el mayor pecado del que se puede culpar a un escritor, engañar a sus

lectores? Nos interesan ese hallazgo, ese escalofrío. ¿Asumió Silvia que, de alguna forma, era cómplice de la estafa?

Lo que nos subyuga de esa revelación, si se produjo, no es tanto el material que nos va a posibilitar arrojar piedras contra Miralbes, hacer leña de ese árbol caído. Queremos utilizar ese momento para reflexionar sobre otro asunto: la parte de culpa, de responsabilidad, de cada uno de nosotros en este tiempo. Silvia como símbolo, sí: de esas pequeñas traiciones que nos han traído hasta aquí.

Imaginemos, por ejemplo, a un arquitecto que pasa unos días en la playa junto a unos amigos. En una heladería, se detiene ante dos imágenes en blanco y negro de la localidad en la que se alojan y que decoran el negocio: una está fechada a principios de los años sesenta y divulga un paraje casi virgen, con apenas algunas casitas bajas; la otra, el retrato del presente, muestra un enclave saturado de edificios, una aglomeración en la que resulta imposible encontrar un espacio verde, un simple descampado. En tan sólo medio siglo el municipio ha sufrido una transformación pasmosa, y el paraíso, un solitario edén, ha derivado, especialmente en los meses de vacaciones, en un infierno superpoblado. Ese arquitecto, empleado en una inmobiliaria, ha colaborado con su trabajo en ese *crimen*, y es consciente de su legado gracias a unas fotografías. ¿Es posible calcular cuántos bloques, cuantas urbanizaciones de ese pueblo, han salido de su empresa? Ellos han vendido la felicidad, la fortuna de una segunda vivienda, presumen de cómo ha mejorado la vida en aquel pueblo, pero ¿no es un discurso demasiado débil si lo comparamos con la pujanza de su ambición, la verdadera causa de ese cambio?

Los amigos perdidos

Universidad Internacional Menéndez Pelayo
Palacio de la Magdalena, Santander
1977

A Sergio no le agradaba contar chistes, pero Silvia carecía totalmente —un dato en el que coinciden varios testimonios— de sentido del humor, y le fastidiaba incluso su incapacidad para reírse de sí misma.

—Entiéndelo —se justificó en una ocasión delante de Cecilia—. He sido una escritora en un panorama dirigido por los hombres, lesbiana en una sociedad donde mi estilo de vida era considerado sórdido, una mujer negada para las relaciones sociales y no obstante expuesta al público. Me preocupaba tanto de que me tomaran en serio que nunca me relajé. ¡Qué distinto habría sido todo si lo hubiese hecho! —concluyó con un suspiro.

En la investigación que llevamos a cabo para este libro, contados compañeros de profesión nos reconocieron su estima por Silvia. A casi todos, de hecho, les caía, les sigue cayendo, antipática. ¿Se debe esa manía a algún encontronazo con ella o simplemente a que les ha influido en su percepción el personaje público?

La escritora gallega L. C., que durante años formó parte de su círculo más íntimo, no piensa que Silvia Miralbes «fuera, sea, una mala persona. Pero era susceptible y soberbia —expone—, se tomaba fatal cualquier nimiedad, como que tú hubieses comentado algo de ella a sus espaldas, y tenía demasiado orgullo para comprender que aquello carecía de importancia, que se había equivocado enfadándose. Lo vi con otros y ocurrió luego conmigo: una y otra vez se sentía herida sin razón. Cuando te apreciaba lo hacía sin límites, podía ser muy generosa, se entregaba, pero luego consideraba finiquitada una amistad por una gilipollez. Y todas esas veces afloraba en ella una arrogancia que lo fastidiaba todo. Esa actitud, ya saben, algo que ella nunca diría pero que opinaría, de *no me merecéis, hijos de puta, yo soy demasiado buena para vosotros.* Pero sí nos necesitaba. Quien me conoce sabe que soy una amiga leal, que estoy ahí si hace falta, y ella despreció eso. Estos meses me lo he planteado: no sé si necesitó volver a llamar a todas esas puertas que ella se cerró. Pero si albergó la intención de hacerlo, seguro que se convenció a sí misma de desistir».

Durante un curso de verano en la Menéndez Pelayo de Santander, en los principios de la carrera de Silvia, ocurrió algo que creemos pertinente reconstruir aquí. «Ya empezaba a gestarse la leyenda Miralbes —evoca uno de los participantes en aquel seminario, J. J. M—. Ella había ganado el Nadal no hacía mucho y venía muy sobrada. En un coloquio debatíamos el estado de la literatura española de entonces y ella esgrimió sus argumentos de una manera demasiado vehemente. Estaba claro que le gustaba escucharse, menospreciaba nuestro criterio, igual se debía a la timidez, al nerviosismo, pero estuvo todo el tiempo a la defensiva. No hubo un solo componente de la mesa que no la odiara», narra el escritor entre risas.

J. J. M. no es consciente de que organizaran un boicot contra ella, pero Cecilia sostiene que Silvia recordaba con angustia el rechazo que experimentó de sus colegas la primera vez que fue invitada a la UIMP.

Según parece, después de aquel debate Miralbes se retiró a su habitación a descansar y, cuando regresó ya a la hora de la cena, se encontró con los participantes y algunos amigos sentados a una mesa en la que no había sitios vacíos. Conversaban animadamente, y ninguno de ellos se tomó la molestia de hacerle un hueco. Alguno interrumpió su charla para dedicarle un saludo cortés, eso fue todo.

Estuvo un par de minutos por los alrededores, esperando ser rescatada por alguien, pero esa situación no se produjo. Otra persona habría reivindicado su hueco, se habría tomado a burla aquel error de cálculo, pero ella asumió desde el espanto que la excluían con premeditación.

Tras aquella escena, Silvia anduvo por el casco antiguo de Santander planteándose dudas propias de los adolescentes pero que en ella se prolongarían toda su existencia: por qué no la aceptaban, por qué ella no sabía ganarse el afecto de los otros.

Aquella fecha se prometió que llegaría más lejos que todos los invitados al congreso, para poder sentirse por encima de ellos, para hallar en los elementos externos, en el triunfo, la seguridad de la que carecía.

Esa frase que dijo Sinatra o que le atribuyen: «La mayor venganza es un éxito masivo».

Silvia se vengó, pero ¿no había añorado la calidez de un fracaso compartido con un puñado de amigos del alma, esos a los que ella había arrinconado o a los que no había dado la opción de que entraran en su vida?

Los hombres que vendieron a sus hijos

Grabaciones del contestador del teléfono de Sergio Massey
12 de marzo de 2014

Mensaje dejado por Javier Aycart en el contestador del teléfono de Sergio Massey el miércoles 12 de marzo de 2014 a las 11.58 horas.

Nos la has metido doblada, hijo de puta. ¿Cómo se me escapó que querrías tu trozo del pastel? ¿Cómo no se me ocurrió que tú desearías sólo noticias de tu libro, que te dijera qué bueno eras y lo mucho que me había gustado tu novela? ¡Joder!

Mensaje dejado por Javier Aycart en el contestador del teléfono de Sergio Massey el miércoles 12 de marzo de 2014 a las 12.02 horas.

¿Por qué no coges el teléfono, por qué no te pones al menos para reírte en mi cara? ¿Qué pasa, estás ahora mismo concediendo entrevistas?

Mensaje dejado por Javier Aycart en el contestador del teléfono de Sergio Massey el miércoles 12 de marzo de 2014 a las 12.03 horas.

Muy bien, veo que no vas a responder. ¡Además de cabrón, cobarde! Lo más estúpido es que yo... no lo esperaba de ti, Sergio, pero lo preveía. ¡Joder, yo te conozco de toda la vida! Esto no, esta putada no... ¿Éramos amigos? ¿Al menos, al menos, dime: te caía bien? La jugada no, pero sí imaginaba que todo estallaría en algún momento, Sergio Massey.

Mensaje dejado por Javier Aycart en el contestador del teléfono de Sergio Massey el miércoles 12 de marzo de 2014 a las 12.06 horas.

¿Quieres que te lo cuente, hijo de puta? Ya que tú no vas a hablar, ¿quieres saber lo que pienso? Que no me sorprende esto. Ya me olía que pasaría algo, antes o después. Que habíamos ido demasiado lejos, en la editorial, no puedo negarlo. Sí, nos justificábamos: Si queremos sobrevivir, tenemos que adaptarnos, las cosas son así, hay que hacer atractivos los libros, esto es una empresa y hay que vender... Y coño que vendimos, que nos vendimos a nosotros mismos. Ahora el nombre de Silvia está manchado. Y el mío. Los dos hicimos este viaje juntos. Comenzamos en un taxi, tras coincidir en un programa, la encargada de

producción nos había pedido que compartiésemos el coche debido a que íbamos a sitios cercanos, y en ese viaje yo la seduje. No como piensas, Sergio, la seduje hablándole de literatura, ¿qué te crees?, muchos de mis autores favoritos eran también los suyos, Silvia estaba pensándose cambiar de editorial, por lo que sea estaba molesta o cansada con la suya, y conseguirla para la casa era todo un trofeo. Ella ya vendía miles y miles de ejemplares... De modo que la conquisté con mi criterio, sí, con mi criterio, hijo de puta... aunque también la ayudara un apetecible cheque. La literatura y el dinero, ya unidos, como lo estarían desde entonces...

Mensaje dejado por Javier Aycart en el contestador del teléfono de Sergio Massey el miércoles 12 de marzo de 2014 a las 12.13 horas.

Eh, hijo de puta. A mí me gustaba de Silvia su ambición, que no quisiera ser una escritora minoritaria, los dos íbamos a incrementar las ventas, no había nada deshonroso en ello. Nos vendimos, Sergio, yo no sé por qué... ¿Tú puedes entenderlo, desde tu [*lo imaginamos diciéndolo con tono irónico, con asco*] sensibilidad underground? ¿Desde lo que ahora parece tu amargura de resentido? Yo era el encargado de venderla. Ella la vieja puta, yo su proxeneta. Y esto... lo que has hecho, Sergio, ¿o debería decir lo que hemos hecho?, esto es el final. Ah, Sergio, crees que me has engañado, pero yo lo soñé. Habíamos vendido nuestra alma, habíamos vendido algo sagrado de nosotros, era un pecado enorme como si hubiésemos vendido a nuestros hijos.

Mensaje dejado por Javier Aycart en el contestador del teléfono de Sergio Massey el miércoles 12 de marzo de 2014 a las 12.16 horas.

Imagino, Sergio, que tú envidiabas que me fueran bien las cosas. Es eso, ¿no? Con el rollo de autor de culto, de intelectual en los márgenes [*aquí lo vemos haciendo un corte de mangas*], ¡anda ya, tú buscabas lo mismo que nosotros, el reconocimiento, el éxito, el dinero! Me envidiabas, ¿no? ¡Pero, por Dios, idiota, sólo tenías que mirarme un poco, ser sólo un poco avispado, para darte cuenta de que me sentía como un impostor, como un fraude!

Mensaje dejado por Javier Aycart en el contestador del teléfono de Sergio Massey el miércoles 12 de marzo de 2014 a las 12.20 horas.

Yo te voy a seguir llamando, Sergio, hasta que lo cojas. Te voy a contar mi puta vida en tu puto contestador, rata cobarde.

Mensaje dejado por Javier Aycart en el contestador del teléfono de Sergio Massey el miércoles 12 de marzo de 2014 a las 12.24 horas.

Sí, tuvimos unas cuantas apuestas de éxito, sabíamos lo que podía

interesar a la gente, pero el maldito *olfato*, ¿era un don o fue un castigo, Sergio, tú qué opinas? El amante de los libros que yo era, me coloqué en una editorial por el respeto que le tenía a esto, ¿se diferenciaba algo, el amante de los libros, en sus resoluciones, de un empresario al que sólo activaba la ambición, de un vendedor de aspiradoras que deseaba únicamente colocar el producto a sus clientes? ¿Qué pensaría de mí tu padre, Sergio, de mí, del comerciante en el que me convertí? Pero hasta entonces, cuando estaba en la universidad, cuando tu padre me dirigía la tesis, era un farsante, querido. Mis argumentaciones procedían de otros, de artículos de investigación publicados en revistas o de monografías escritas por estudiantes... ¿Llegó a sospechar alguna vez tu padre que mi habilidad consistía en la disciplinada ejecución de un discurso ajeno, como un loro roba los sonidos oídos para recitarlos?

Mensaje dejado por Javier Aycart en el contestador del teléfono de Sergio Massey el miércoles 12 de marzo de 2014 a las 12.28 horas.

Así que, ya ves, Sergio, no me sorprende lo que ha pasado. Sí que me quisieras putear de este modo, la verdad, pero es justo que nos quites la careta ante la gente. Si era un pulso, lo has ganado, amigo. [*Le sale un inesperado sollozo; aquí creemos que se mete el puño en la boca, y al momento se lo saca*]. Daremos órdenes para que retiren de las librerías *Lo que vino después del tornado*. Sí, Sergio. Unos años de trabajo a la papelera. Tendremos que hacerlo, me cago en la puta. ¿Estás contento?

El entusiasmo de los que empiezan

Centro Cultural de la Villa
Plaza de Colón, Madrid
Septiembre de 2012

En 2012 se estrenó un espectáculo de danza que se basaba en una antigua novela de Silvia, *No me esperes despierto.* Ella aceptó la propuesta de la adaptación principalmente por la vanidad —nunca cumpliría el sueño de ver un libro suyo en el cine, al menos que fuera en el escenario—, también por la insistencia del coreógrafo, pero accedió sin confianza en las capacidades de aquel creador. En los últimos montajes que había visto apreciaba una sensibilidad alejada de la suya, en esas obras predominaban la crudeza y el ruido, se perseguía impactar al espectador. Sí, ha sido interesante, valoraba en la copa de después del estreno, pero ¡ella ya no tenía edad para emociones fuertes!, bromeaba. Por esas experiencias precedentes auguraba que esa versión no la complacería en absoluto. Una historia sobre prostitución: seguramente, barruntaba, el director escogería la senda más sórdida. Una sucesión de cuerpos desnudos en los que recrearse, incluso algún detalle escabroso como una escena de sexo oral o una penetración. No sería la primera vez que contemplaría algo así en vivo en un teatro.

No lo esperaba en absoluto, pero Silvia se estremeció al reencontrarse con los personajes con los que ella había convivido décadas antes. El argumento había quedado reducido a unas cuantas estampas, sin embargo, aquel coreógrafo había sabido atrapar el alma de sus protagonistas. Si alargaba la mano, Silvia podía palpar el dolor, la orfandad en los movimientos y en los rostros de aquellas bailarinas. Cuánta verdad, cuánta hermosura desprendían aquellas mujeres en su abandono.

Aquella noche, en la cena, impresionada por el trabajo de la compañía, Silvia lamentó no haberse comprometido con las generaciones posteriores a ella. Se acordó de una fundación que iba a instituirse con su nombre en su ciudad natal, Llerena, un centro a través del que ella iba a apoyar algunos proyectos de jóvenes artistas; Iciar y ella negociaron con el Ayuntamiento la compra de un antiguo corral de vecinos, pero el afán de notoriedad de un político, que apareció en la prensa atribuyéndose la

idea durante la campaña electoral, enfadó de tal modo a Silvia que abortó aquello. ¡Quizás, si se hubiese involucrado en aquella iniciativa, no estaría ahora tan monstruosamente sola!

Aquel espectáculo hizo que se preguntara en qué momento había perdido el entusiasmo de los que empiezan, esa contagiosa energía que se advertía en aquella formación de danza. Había algo poderoso y fresco, casi electrizante, en la ilusión que desprendían aquellos muchachos. ¿La creación no era acaso eso, una celebración? ¿Cómo había permitido que la desgana y la rutina profanaran esa liturgia?

Una vez fue joven, ella también; bailaba frente al espejo, como una niña inquieta o una mujer borracha, decidida a embriagarse con lo que le proporcionara la vida.

«¿Puede esa mujer mirarse al espejo sin sentir vergüenza?»

Facultad de Filología, Traducción y Comunicación,
Universidad de Valencia
Av. de Blasco Ibáñez, 32, Valencia
Septiembre de 2014

Carmen Montero Mora, autora de la tesis *La verdad y su reflejo. La transformación de la sociedad española en la obra de Silvia Miralbes*, nos resume en un correo electrónico la trayectoria de nuestra novelista:

> Al principio, digamos que busca en sus libros algo que más tarde, por lo que sé, se le antojará ridículo: la personalidad. El jurado del Premio Nadal dice de ella que es una prosista juguetona e infatigable cuando gana el galardón por *Ejecución del ángel*. Ella no sabe que los integrantes del tribunal prefieren distinguir, en una época tan tensa como el final de la dictadura de Franco, un ejercicio de estilo que, de acuerdo, tiene una voz llamativa, pero, sobre todo, permanece ajeno a lo que ocurre en las calles. *Ejecución del ángel*, una obra experimental, supuestamente audaz, es honrada precisamente por lo contrario: por su naturaleza de pólvora mojada, de fábula, por ser inofensiva y apolítica.
>
> Esto me lo comentó ella: que con el Nadal no interpretó los factores que la habían convertido en ganadora. Su vanidad le hizo pensar que había sido su talento lo único que había influido durante las votaciones. «Me gusta buscar nuevos caminos, alejarme de lo establecido, la responsabilidad de cada escritor es encontrarse a sí mismo», declara a la prensa en las primeras entrevistas que concede. «Encontrarse a sí mismo», asegura, y no sospecha lo que ocurrirá más tarde: que se encuentre y no se agrade. No imagina que esa clave experimental por la que se decanta la acabará cansando.
>
> Como narradora, Silvia va desprendiéndose de las pretensiones. Es una conversión progresiva, un giro que los demás catalogan como drástico pero que en su proceso de trabajo viene de manera natural. Cuando publica, es ya 1985, *No me esperes despierto*, los periodistas señalan el «salto sin red» que emprende al apostar por un inesperado realismo y presentar «una narrativa para todos los públicos». Alaban los personajes, valoran la emoción del relato... y el libro se convierte en el más vendido de ese año. Y como la novela va sobre la prostitución, en los debates televisivos empiezan a abordar el tema.
>
> De improviso, Silvia tiene algo que decir: ella, que siempre ha sido una invisible, una desclasada, inicia un diálogo con su comunidad. Creo que ese momento es determinante —me hizo hincapié en él cuando yo preparaba la tesis

sobre ella—, que marcará los pasos que siguen.

Por accidente, da con un método de extrema sencillez, que consiste en elegir una problemática social y desarrollar unos personajes dentro del marco escogido. Sigue esa estela en los años posteriores, fascinada con el filón que depara la realidad, con el material humano, convencida de que plantea en voz alta preguntas que se formula la gente.

A mí me surge una duda sobre la obra de Miralbes: ¿hacia dónde se habría dirigido si *No me esperes despierto* no hubiese funcionado? Seguramente hacia unos terrenos más radicales, más estimulantes. En mi opinión, su literatura sigue conteniendo elementos muy potentes, ella sigue atreviéndose a ir más allá que muchos contemporáneos suyos que se mueven en esa línea más o menos comercial, dentro de esa concepción del mundo del libro como industria. Pero los hallazgos se vislumbran tras un estilo más dócil. Su prosa ya no incomoda, no hiere.

Tras ese éxito Silvia encara una etapa de creación febril, se nota que está feliz con la patraña de ser la cronista de su tiempo, el aguijón de tanta conciencia adormecida; combina su amor por la literatura con un *mensaje*. En cierto modo, sí, se *comprometió* con la sociedad: a través de sus libros se puede entender el tiempo que vivió, la generación de mis padres, la suya.

No se culpa por alimentarse de la desgracia, por transformarse en un vampiro que bebe de la sangre del prójimo. Y así habla en diferentes libros del narcotráfico, la inmigración o el desencanto político de principios de los noventa... Ella presenta una obra y la gente muestra expectación por ella. Es una maquinaria perfecta, no falla nada. Hasta un día en que un crítico la acusa de elaborar pornografía sentimental, le reprocha haber renegado de la voz subversiva de los comienzos y haberse vendido a la *tiranía del mercado*. En un texto durísimo aquel especialista se pregunta: «¿Puede esa mujer mirarse al espejo sin sentir vergüenza?» (Esa frase, abreviada, se destacaba en un sumario; la cita al completo es: «¿Puede la autora de joyas con tantas aristas como *Ejecución del ángel* y *La garganta de la soprano* mirarse al espejo sin sentir vergüenza, tras haber mandado a su editor un manuscrito tan demagógico y anodino como *El ombligo de Midas*? ¿Se reconoce la señora Miralbes en las fotografías del pasado, cuando su mirada se prometía un halagüeño horizonte sin similitud alguna al paraje, tan yermo de talento, que ahora habita?».)

Es esa imagen tan elemental, la de alguien frente a su reflejo, lo que le trae con violencia la sensación de haberse traicionado. ¿No es algo que sospecha desde hace tiempo? No tienen nada que ver la joven ganadora del Nadal, la amante de las piruetas narrativas, con la aburrida, conservadora redactora de dramas sociales. Silvia puede aún alterar su rumbo, entonces, pero se ha habituado a tener el viento a su favor, y resulta difícil descender del púlpito desde el que dirige sus exitosos discursos.

(Sé también que en algún momento Miralbes empezó un manuscrito más personal, una narración existencialista y onírica en la que volvía a tomar riesgos, pero su editor, Javier Aycart, la persuadió de que un relato de esas características no tendría interés para sus lectores, y Silvia tuvo miedo de perder a su público.)

Hemos pedido un ejemplar a Australia

Redacción del diario «La Mañana»
Calle Hermanos Machado, Madrid
13 de marzo de 2014

Los jefes del periódico no acertaban a explicarse qué había ocurrido ese 12 de marzo, hasta el punto de que la intervención de Víctor en aquella rueda de prensa les trastornó. Se suponía que aquel muchacho iba a pasar por aquella redacción sin pena ni gloria, no estaba destinado —así lo entendía el director, que había accedido a la petición de su padre de tenerlo un tiempo por ahí, entretenido— a destapar uno de los mayores escándalos de la literatura española. Paz no daba crédito: había tenido que ver en las noticias las imágenes de Víctor, de pie entre los periodistas, para cerciorarse de que los mensajes alarmados y las amenazas veladas —esto no se nos hace, lo vais a pagar— de Cecilia poseían alguna lógica.

—En primer lugar quería felicitarte por la historia de Miralbes —apuntó el director—. Es un pelotazo. Sí, señor, un pelotazo. Has hecho que esa mujer fuera *trending topic*, algo con lo que fantasea mucha gente por aquí. Pero lo has hecho mal, muchacho.

Víctor no pudo controlar una mueca de pánico.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Cuando tengas una información así, no la lances en una rueda de prensa sin consultarnos. Lo hablas con nosotros antes, ¿de acuerdo? La historia es que si lo hubiese sacado sólo el periódico, al día siguiente todas las tertulias, toda la opinión pública hablarían de nosotros. Pero al compartir tus conocimientos... nuestro nombre pasó a un segundo plano.

—Tienes que valorar los intereses de tu medio, Víctor —añadió Paz.

Los dos, Samuel, el director, y Paz, la jefa de Cultura, se habían reunido con él al día siguiente de que explotara todo para aclarar lo ocurrido. Víctor manoseaba las anillas de su cuaderno mientras ideaba una respuesta.

—Me precipité, soy consciente.

El director empujó hacia atrás su silla, provista de ruedas, y se levantó. Fue hacia el perchero y cogió una chaqueta.

—Es un buen comienzo, chico. Haber dado con algo así... no está

nada mal. Ahora, cuando saques más temas, seguirás las pautas marcadas, estoy seguro.

Víctor suspiró, relajado. Las palabras de aliento, el hecho de que Samuel se estuviera colocando su americana, parecían señalar que el encuentro llegaba a su fin.

—Sin embargo, hay algo que nos despierta mucha curiosidad —confesó el jefe—. Estamos muy intrigados.

—El libro ese, *Adam's curse*, no está editado en España —señaló Paz—. Nos dijiste que lo estabas leyendo, ¿no es mucha casualidad? Estar con un libro australiano inédito aquí, justo cuando cae en tus manos la novela de Miralbes... Vamos, Víctor, ¿pretendes que nos lo creamos? Está bien que te guardes tus fuentes, pero no nos mientas. ¿Fue alguien de la editorial?

Víctor parpadeó. Ahora fue él quien movió su silla.

—¿De la editorial? ¿Para qué iban a querer hundir una publicación suya? —cuestionó.

—Alguien a quien han despedido, y quiere vengarse. Algo así.

El chico sonrió, entre aturdido y desesperado, al reflexionar sobre sus fuentes: en realidad, él también desconocía la procedencia de aquella información. Sólo poseía un nombre, Sergio Massey, y un número de teléfono donde nunca le habían respondido.

—Te voy a hablar con franqueza —expuso Paz—. No te conocemos, acabas de llegar y nos sueltas esta bomba... ¿Y si te lo has inventado todo? No es la primera vez que un reportero con debilidad por la ficción mete en un lío a un periódico.

—Si fuera mentira, los de Lázaro lo habrían negado, ¿no? —se defendió él.

—Ésa es la historia. Nos han llamado, Víctor —aseguró Samuel—. Quieren vernos. Por eso estamos aquí, para saber a qué atenernos.

—No estoy mintiendo.

A él le pareció una entonación artificial. Supo que no le creerían.

—¿Puedes jurarnos que es verdad, Víctor? —consultó Paz—. ¿Por qué no te he visto en ningún momento ese libro que decías estar leyendo? Ni siquiera cuando escribiste la noticia lo recuerdo por aquí...

—Hemos pedido un ejemplar a Australia, Víctor —contó el director—. Pero tardará en llegar, y nos quedaremos más tranquilos si esta tarde, mañana, apareces con la novela.

Mientras el corazón se le embravecía, cerró los ojos y se interrogó cómo escapaba uno de aquella emboscada.

—No la tengo.

Mantenía los ojos cerrados: se perdió la reacción, el espanto o la incredulidad, expresada en los rostros de Paz y Samuel.

—¿Qué coño estás diciendo, Víctor? Esto no es un juego.

Víctor observó que Paz no se andaba ya con sutilezas. Le manifestaba lo que hasta entonces había insinuado: Enchufado, niñato. Los insultos que el mismo Víctor se profería.

—Confiad en mí —dijo, con un afectado hilo de voz—. Es verdad lo que he publicado, pero dadme tiempo. Uno o dos días... hasta esa reunión que tenéis.

Periodistas

Domicilio de Javier Aycart
Avenida de Concha Espina, Madrid
1998

Silvia vivía en un desencuentro permanente con la prensa. Entendía que para que la gente comprara su libro ella tenía que *venderlo*, y se prestaba a hacer cuantas entrevistas le pedían: en este sentido, su profesionalidad era intachable. Pero mientras hablabas con ella —nosotros lo hicimos varias veces a lo largo de su trayectoria— reparabas en cómo su recelo se abría paso. Sospechabas que esa cordialidad en la que se desenvolvía el diálogo podía romperse en cualquier instante: a menudo padecías su impertinencia por una pregunta que malinterpretaba, por una opinión con la que estaba en desacuerdo. Se comportaba como una gacela altiva, delicada, que pasea por el bosque pero mantiene los sentidos alerta, que intuye la proximidad del cazador y teme ser herida.

Sí, la prensa y ella mantuvimos una convivencia forzada. ¡Cuántas veces habían tergiversado sus declaraciones o le habían atribuido frases que directamente no había dicho! Y ella —las complicaciones no venían sólo del bando de los reporteros—, ¡con qué ligereza había hablado de más, y luego, al encontrar aquellas sentencias sobre el papel, se retractaba! Silvia Miralbes, se diría, siempre lanzando flechas contra los otros, ¿así cómo vas a conservar a los amigos?

Miralbes nunca comprendió las motivaciones de algunos periodistas al realizar su trabajo, o quizás no quiso asumir lo primario de sus impulsos, su querencia por la carnaza. A algunos reporteros —pocos, pero siempre había alguno que le amargaba la promoción— les estimulaba más fisgonear en los recodos de su vida íntima que en los de su obra. La ambigüedad o el hermetismo con los que encubría su relación con la galerista Iciar Nogueras —antes del libro *El amor en la falta:* ahí trataba abiertamente el asunto— les haría ver esta unión como un tentador material, como una jugosa exclusiva.

Mabel sabía por su madre —más tarde conoció al autor de aquellas fotografías robadas— que una revista estuvo a punto de sacar a la pareja besándose en la penumbra de una noche.

—Esto es lo que pretenden publicar —les anunció Aycart a Silvia y a

Iciar mientras les pasaba unas copias de aquellas imágenes.

Un par de mujeres de mediana edad enredadas en un beso con lengua. La prueba que remataba años de rumores ante los que Silvia se había blindado. La ira le hizo volcar una copa de vino.

—Eh, es un Vega Sicilia. Por menos que eso hemos echado a gente de esta casa —se burló Aycart, que esa noche ejercía de anfitrión.

Miralbes despreciaba aquella revista, que alternaba el análisis político y los artículos en profundidad con reportajes gráficos de cuerpos femeninos desnudos. Había rechazado tiempo antes una colaboración con ellos alegando que sus contenidos denigraban a la mujer.

—Tiene que haber una manera de pararlo —se resistiría Silvia—. No tienen derecho, maldita sea. Desde luego que no.

Iciar le arrebataría los duplicados y sonreiría.

Según Mabel, Silvia e Iciar tenían perspectivas diferentes sobre su noviazgo: la segunda defendía que debían hacerlo público —¡si todo el mundo lo sabe ya!, exclamaba al respecto—, la primera se oponía a dar ese paso, porque juzgaba que sería una concesión a ese fisgoneo lamentable.

—Nos pasamos con el dry martini. En el bar del Ritz —explicaría Iciar, relajada—. Y luego salimos borrachas y vino todo ese cariño.

Cuando murió Iciar, Silvia se daría cuenta —lo escribiría en *El amor en la falta*—del sinsentido: había dedicado su vida a ocultar lo único que realmente valía la pena de ella.

—Estabais en la calle, en un espacio público —indicó Aycart sobre las fotografías que les habían congregado, mientras rellenaba la copa que Silvia habría vaciado accidentalmente—. Me temo que tienen todo el derecho del mundo.

Miralbes agarró su Ribera del Duero y observó expectante a su editor: presentía que habría negociado algo.

—¿Adónde nos llevaría todo esto? —preguntó.

Entonces Aycart propuso un enigmático brindis.

—Por los cretinos.

Hizo una pausa para beber un trago, y luego desveló sus planes.

—Es la hora de que te comas tu orgullo y te comprometas a escribirles esa columna semanal que te pidieron, querida Silvia —aclaró—. Si lo haces, ellos te regalan tus fotos.

La madrastra

Consulta del psicólogo Manuel Temprano
Calle del Maestro Ripoll, Madrid
2012

En los últimos años, Mabel se había visto afectada por un trastorno al que en un principio no había querido otorgar importancia, pero que, igual que la carcoma, había ido ganando terreno y revelando más fuerza y capacidad de destrucción de lo que parecía. Cuando se hallaba lejos de casa —y la redacción de su programa, que se grababa en las afueras de Madrid, estaba a más de una hora de distancia— le invadía alguna inseguridad hasta el punto de la obsesión: temía que no hubiese apagado la plancha, que después de lavarse los dientes no hubiese cerrado el grifo, que en una distracción fatal se hubiese servido el café y se hubiese marchado dejando el fuego encendido, o que tras regar las plantas hubiese olvidado las ventanas abiertas, lo que consideraba toda una invitación para los ladrones. En las primeras manifestaciones no intuyó que esa alteración incómoda pero aún modesta irrumpía con la intención de perdurar, y se reía de sus vacilaciones y su debilidad de carácter; más tarde, la situación se complicó. En las reuniones de trabajo fingía prestar atención a las explicaciones de sus compañeros, pero en realidad su cabeza daba vueltas a ese descuido que tendría consecuencias fatales: un día era un incendio, otro una inundación, otro un robo. Más de una vez telefoneaba a Gerardo, su marido, y le pedía que, si encontraba un hueco en su jornada, se acercara a comprobar que todo andaba en orden. Ella se dio cuenta de la gravedad del asunto cuando, en una ocasión, el hombre cambió la risa cordial de las veces anteriores por un silencio tenso y exasperado.

—Tendrás que volver al psicólogo, Bel —le aconsejó.

Ella lo hizo, y en la primera sesión el especialista le interrogó de dónde podía venir ese desarreglo.

—¡De Silvia Miralbes y su estúpida manía por el orden! —respondió de manera irreflexiva.

Lo había dicho en un impulso, pero ¡era una contestación tan reveladora! Mabel la culpaba de todo, la utilizaba como una especie de comodín para justificar las cosas que no funcionaban. Sí, ella, pequeña,

nerviosa y gritona, rebautizada por sus colegas como «la ardilla», ¿no había empezado a preguntarse sobre su aspecto físico desde que su madre decidió que se fueran a vivir con la esbelta, sofisticada, Silvia? ¿Y no había renunciado a mayores ambiciones profesionales, algo de lo que se arrepentiría, porque había creído que no podría competir con su madrastra, también porque sus elecciones le supondrían un escándalo? ¡Efectivamente, podía decirse que Silvia era responsable de sus males!

Habían dejado de verse después de que muriese Iciar. En los meses que siguieron a aquel funesto accidente tuvieron la cortesía de llamarse alguna vez; más tarde, el tiempo dejó claro que no compartían intereses comunes más allá de la añoranza hacia la fallecida. Fueron consecuentes y no se obligaron a almorzar juntas los domingos ni a coincidir al menos una vez al mes, y Miralbes lo agradecía. Nunca había albergado instintos maternales, nunca había sabido cómo comportarse ante Mabel, gestionar el vínculo que las unía.

¿Cuántas conversaciones civilizadas que no desembocaran en una discusión habían tenido? Poseían criterios irreconciliables: a Silvia le partía el corazón saber que una mujer inteligente, con destreza para la escritura y un notable expediente académico —varias matrículas de honor en la carrera—, hubiese optado por la vía menos cultivada del periodismo, la prensa rosa; Mabel no aguantaba esas recriminaciones por haber desperdiciado su talento, los alardes de superioridad con que se lo reprochaba. ¿Quería dejarle, si no era mucha molestia, que decidiera por sí misma?

Silvia podría alegar como parte de su defensa que desde el principio experimentó un pronunciado terror. Sí, terror: la madrastra —la bruja— irrumpió en escena en el intervalo menos oportuno, cuando Mabel era adolescente. Se sentía como un colonizador condenado a vérselas con la indignación del pueblo sometido, y nunca supo cómo neutralizar esas rebeliones. La joven tiraba *accidentalmente* un café sobre el manuscrito de su nueva novela o esnifaba cocaína delante de Silvia, y no de su madre, para que ella se escandalizara. Silvia respondía entonces, no hacía más que ejecutar el papel que le correspondía, como una figura autoritaria, aunque secretamente se percibiera como un perro asustado que ladraba y procuraba imponerse, pero que delataba su miedo con su nerviosismo.

—No me extraña que la hayan acusado de plagio —afirmó Mabel a Víctor cuando éste la entrevistó en su investigación del escándalo—. Silvia nunca ha tenido demasiada imaginación. Toda su obra ha estado copiando lo que pasaba a su alrededor, sin que le preocuparan los sentimientos de la gente. Ella censura todo lo relacionado con la prensa del corazón, pero ha hecho lo mismo que critica: exponer las intimidades de los demás.

«Exponer las intimidades de los demás.» Mabel se refería al libro que agrandó la brecha que distanciaba a las dos mujeres, *El amor en la falta*. Nunca entendió que Silvia pudiese escribirlo, lo tomó como una ofensa, una sucia estrategia con la que ella la culpaba del fallecimiento de Iciar. Silvia rechazaba esta interpretación: que Mabel condujera el coche no significaba nada. Nunca telefoneó a la interesada para decírselo —debía reunir fuerzas para enfrentarse a ella: en esa discusión aflorarían sentimientos muy dolorosos—, pero le mandó el mensaje transmitiéndoles sus impresiones a conocidos comunes. Quería recordar con gratitud a la mujer a la que había querido. ¡Le importaba un carajo quién la acompañara en sus últimos minutos! ¡Escribía desde el amor, no desde el odio! Pero Mabel nunca disculpó a Silvia por haberse desnudado ante los lectores con tan escaso pudor. Comentó en algún medio que el libro era una falta de respeto cuando había «otras personas implicadas».

—Silvia nunca tuvo en cuenta la vergüenza pública que suponía para mí —recordó ante Víctor—. Yo estaba bastante destrozada ya para que ella acentuara mi remordimiento. Todos se enteraron de que yo conducía, porque evidentemente, ella no se calló ese detalle. Se lo podía haber ahorrado, eso y el libro, pero no. Hizo lo peor que puede hacer alguien: aprovechar la muerte de un ser querido para sacar tajada, para que el personal volviese a aplaudirla. ¡Oh, cuánto sentimiento! ¡Oh, qué gran escritora! Pero ¿de qué sirve tener talento si como persona eres lo peor?

Después de las críticas devastadoras, después de aquello de «¿Puede esa mujer mirarse al espejo sin sentir vergüenza?», la crítica se reconcilió con Miralbes gracias a *El amor en la falta*. No fue una estrategia premeditada —era un libro a corazón abierto— aunque Mabel acogiera esa novela como un giro marcado por la ambición, con el que Silvia se proponía vender miles y miles de ejemplares y lavar su cara a través de la lástima.

«¡Perra codiciosa! —estalló cuando se enteró del contenido de aquella obra—. Esta mujer no respeta ni lo más sagrado.»

Víctor encuentra a Sergio

Real Escuela Superior de Arte Dramático
Avenida de Nazaret, Madrid
13 de marzo de 2014

Los alumnos de Sergio lo encontraron aquella tarde ausente, irritable, con la mirada turbia y el rostro desencajado. Luego supieron del origen de su trastorno, pero en un principio atribuyeron a la fiebre o a la enfermedad su comportamiento, nos dijo una de sus alumnas en la clase de Literatura Dramática. «Por lo general era un buen profesor, carismático y ameno, nos gustaba. Pero ese día... Recuerdo que le sudaban mucho las manos, que estaba todo el tiempo secándoselas, y que por eso dejó de escribir en la pizarra. Nos hacía preguntas pero al momento se descentraba y no mostraba interés en nuestras respuestas», añadió. A ella y a sus compañeros les extrañó una consulta que hizo cuando ya finalizaba la hora:

—¿Alguien conoce al chaval que está ahí fuera? ¿Es el novio de alguna, de alguno de vosotros? ¿Le podéis decir que se vaya? —interrogó.

Víctor esperaba en la puerta del aula.

¿Cómo no lo había previsto, Sergio? El chaval había hundido la reputación de Silvia, ahora le tocaba a él, era el siguiente.

Nadie le dio al profesor una contestación clara, más allá de unas risas.

«Creía, de manera absurda, que en la escuela estaría a salvo —nos contó Sergio—. Había dejado mi piso, apagado el móvil... Pero quien pusiera un poco de empeño en dar conmigo me tenía ahí.»

Y Sergio, terminada la clase, no pudo zafarse del periodista. Sus estudiantes lo vieron andar con paso acelerado —quiso correr, pero se contuvo: tenía que guardar las formas— hasta su despacho, con el otro siguiendo sus pasos.

—En el diario me han echado una bronca por haber destripado la exclusiva en la rueda de prensa. Decían que teníamos que haberlo sacado nosotros sólo, y habríamos vendido muchos más periódicos —le relataba un Víctor expansivo, ajeno a la desazón de Sergio—. De todos modos, era un notición: que alguien como Silvia Miralbes haya plagiado... Gracias, gracias. La historia es que ahora necesito algo más, para ganarme el aprecio de los jefes —continuó, charlatán—. Estuve pensando qué podía

ser, y de repente caí en la cuenta. Sí, hay lectores muy sagaces, pero no para descubrir fragmentos de otro libro que aún no se ha publicado en España, ¿no?, de un australiano al que no conoce nadie. Tú mandaste el correo porque eras el negro, ¿verdad? Fuiste tú quien intercaló esos textos, quien...

«Tú mandaste el correo porque eras el negro.» ¡Así que había dejado un rastro de evidencias! ¡Como un niño que se esconde tras una cortina, aunque se vislumbre su relieve o asomen sus zapatos por debajo de la tela, y cree que ha desaparecido! Sergio procuró que su pánico no se manifestara.

—Lo siento, pero hoy no puedo. Estoy liadísimo. Liadísimo —repitió, con el afán de que el énfasis le otorgara algo de credibilidad.

—¡Es sólo un momento! —se sublevó Víctor—. Tendrás que explicarte, ¿no?

Sergio se detuvo y pidió compasión a su interlocutor.

—Mi hija se casa este sábado. ¿No podemos hablar después, cuando haya pasado la boda?

Tendrá que explicarse, dice Víctor. ¿Comprende Sergio, realmente, sus motivos? Supone que quería vengarse, que esa Silvia *no era literatura*, que se había vendido con sus libritos sobre temas de actualidad. «Eso es lo que pensaba —nos expondrá—. Sólo quería poner de manifiesto la farsa. O no, tal vez había algo de... me lo dijo Aycart, lo que quería era mi trozo del pastel, ¿sabéis? Lo que ocurre es que la vida tiene matices. Vi en la tele a Silvia asustada con lo de la pantera. Era una vieja loca, maldita sea. Un trofeo demasiado fácil.»

—¡Eso es mucho tiempo! —protestó Víctor—. ¡Entiéndelo, esto no puedo callármelo! ¿Por qué firmaste el correo si no quieres hablar? ¿Por qué no lo enviaste desde una dirección falsa si querías el anonimato?

Sergio alcanzó al fin su despacho. Le costó trabajo hallar la llave que lo abría.

—Venga, adiós.

—Eh, pero una cosa, sólo una cosa —reclamó Víctor.

El profesor se volvió por curiosidad.

—Dime.

Víctor sonreía satisfecho.

—Te das cuenta de que no lo has negado, ¿verdad?

Artista de la ceja

Círculo de Bellas Artes
Calle de Alcalá, Madrid
9 de febrero de 2008

Existía un terreno donde la libertad con la que Silvia opinaba sobre algunos temas generaba verdadera animadversión en la prensa: la política. ¡Con qué rabia contraatacaban algunos periódicos cuando ella arremetía contra la derecha! Ridiculizaban su defensa de los desfavorecidos, denunciaban la inconsistencia de su discurso. ¡Una mujer con un ático como el suyo, con nosecuantos metros cuadrados de terraza, en pleno centro de Madrid!

Cuando se acercaban las elecciones generales de 2008, Miralbes formó parte de una plataforma de apoyo al candidato socialista José Luis Rodríguez Zapatero, un movimiento que perseguía la reelección del entonces presidente del Gobierno. Ella asistió a algunos actos, firmó un manifiesto con otros creadores, intérpretes y representantes del mundo de la cultura e incluso se dejó grabar en un vídeo poniendo su índice curvado sobre la ceja, un gesto que reproducía uno de los rasgos más característicos de la fisonomía del político.

Hasta entonces, Miralbes no se había comprometido públicamente con ningún partido, pero esa vez consideraba oportuno hacerlo, como respaldo a determinadas políticas sociales que promovía el PSOE, entre ellas la famosa ley que permitía el matrimonio de personas del mismo sexo. Silvia, en realidad, se implicaba no tanto por convicciones sino por nostalgia: se lo debía a aquella jovencita pretendidamente revolucionaria que había sido. ¡Quería decirle que conservaba aún algo de ese espíritu! Aycart le desaconsejaba dar ese paso —«¿Por qué te empeñas en perder lectores?»—, pero ella juzgaba que había algo bello, puro, en el hecho de involucrarse en el diálogo con su comunidad.

¡Ah, qué ilusa! Participar en aquella plataforma fue como si ella misma hubiese dispuesto una diana con su fotografía para que le arrojaran dardos. Cecilia recuerda que Silvia recibió anónimos en la editorial —«¿Cuántos viajes con dinero público te han prometido, *artista de la ceja*?, ¿una gira por los institutos Cervantes?», le cuestionaba una «antigua admiradora»—, que por la calle le habían gritado *roja de mierda*

—a lo que ella respondió un sutil «Estamos en el siglo veintiuno, ¡renueve su vocabulario!»— y que la prensa la incluyó, sin fundamento, en la categoría de *subvencionados.* En esas semanas, Silvia llegó a pedirle a Cecilia que no le pasara más artículos sobre ella. El hartazgo no vino tanto por la hostilidad que despertaba su persona, sino por la desinformación con la que pretendían desprestigiarla: la acusaban de «hipócrita» y de «cerrar los ojos» ante la realidad cubana, ¡a ella, que había escrito más de una columna en contra de Fidel Castro!

La afectó tanto esa persecución que incluso soñó que Cecilia concedía una entrevista y ratificaba en ella su naturaleza hipócrita.

—¡Va de comprometida y es una tirana! —gritaba en aquella fantasía—. ¿Dónde está su solidaridad en el día a día? Ha sido tan injusta conmigo, me ha tratado tan mal... Aquella vez que le perdieron las maletas, cuando llegamos a Fráncfort, por ejemplo. ¡La que me montó, Dios santo! No podía perdonar un error. Odiaba cualquier signo de debilidad. ¡Es una nazi impertinente! La de veces que se ha reído de mí, que me ha humillado en público, porque sostenía que mi opinión no era digna de su inteligencia. Se creía una diosa por saber unos cuantos nombres raros, y por sacarlos a colación en cualquier charla. Oh, sí, ella me quería tener calladita, porque su afán era que todos la escucharan, a ella, únicamente a ella. ¡Y luego se preocupa por el destino del mundo!

Cecilia y Silvia se divirtieron con aquella pesadilla, pero esa alucinación revelaba cuánto había perturbado a la escritora el hostigamiento. «¡Ojalá inventaran una pastilla para ser impermeables al criterio de los demás!», exclamó Miralbes. Su responsable de prensa comprobó entonces como aquella mujer aparentemente imbatible se derrumbaba de nuevo.

—¿Y si tienen algo de razón, Cecilia? —le consultó—. ¿Y si esa inconsistencia que achacan a mi discurso es cierta? Yo he sido una maldita egoísta, lo que he buscado es lucrarme, tú lo sabes. No dejé sitio a los que venían después, por ejemplo, he estado ahí, agarrada a mi cetro... Tienen razón, ¿no? Es fácil decir que eres de izquierdas, de cara a la galería, pero hay que serlo de veras, ¿entiendes? Pero, por otro lado, yo sólo quería, quiero, un mundo más justo. ¿No es lícito pedir algo así? —preguntó con angustia.

Atormentada, Silvia no pudo vaticinar un hecho que ocurriría seis años más tarde: que Cecilia, como una reencarnación de Judas, la vendería a cambio de un poco de protagonismo en la televisión y, sí, finalmente sería entrevistada.

Las vidas ajenas

Redacción del programa «La vida misma»
Carretera de Fuencarral a Alcobendas, Madrid
12 de marzo de 2014

A menudo, aquello que creemos que nos libera no hace sino atarnos. A los veintitrés años, cuando terminaba la carrera, Mabel aceptó un empleo en una revista del corazón. Aquella jovencita rebelde que esnifaba cocaína como travesura gastaba ahora una broma malvada: nada menos que pasarse a las filas del enemigo. Con todo lo que había protegido Silvia su privacidad, la hijastra se dedicaría a airear las vidas ajenas.

—Entiéndelo, mamá. Es el único ámbito en el que puedo destacar sin que Silvia o tú me hagáis sombra. No puedo intentarlo en el arte o en la literatura —razonaba ante Iciar.

También opinaba que eran unos dinosaurios.

—No voy a hablar sólo de quién sale con quién —comentó—. Cubriré informaciones de espectáculos, conciertos... Vosotras sois de la vieja escuela, casi unos dinosaurios, y no lo entendéis. Pero hoy la gente demanda contenidos más frívolos, divertidos, no necesita meterse en mucha hondura. ¡Son otros tiempos!

Mabel se justificaba con diferentes argumentos —«Es sólo una etapa, si no me convence probaré otra cosa»—, pero el verdadero impulso, nos lo reconocería un par de décadas después, era incordiar a Silvia. Ella, tan exquisita, que escuchaba a Purcell y a Haydn, ¿cómo iba a encajar las alabanzas de su hijastra a un cantante de medio pelo? ¡Cuánto iba a indignarle que ella se desmarcara de la educación recibida y eligiera la vulgaridad!

Aunque había algo más aparte de ese desquite: la necesidad de aire fresco, de huir, y ese trabajo provisional era una suerte de escapada.

—Provisional —nos subrayó Mabel con sarcasmo—. Entre las revistas y la tele llevo ya veinte años en esto.

Su liberación había acabado siendo su cautiverio. Mabel había querido negar a su madrastra, pero articular su carrera desde ese punto de partida no era un rechazo, sino una reafirmación: confirmaba la influencia de esa figura en su historia.

—Y al final esto también tiene una terrible relevancia —nos desveló

—. O quizás un estúpido tono de farsa. ¿Recordáis a esa actriz que me abofeteó en una fiesta? Fue uno de los vídeos más vistos en internet durante un tiempo.

El mes anterior, Gerardo y Mabel habían decidido romper. En principio no había sido una separación especialmente conflictiva: a él, ingeniero, le habían ofrecido un puesto en Bergen, en una empresa llamada Palfinger que ellos habían rebautizado como Goldfinger, y los dos resolvieron, sin dramatismos, que aquella propuesta era la oportunidad para que cada uno rehiciera su vida por separado. ¿Qué se le había perdido a ella en Noruega, con lo mal que sobrellevaba el frío en Madrid? Ambos se reían —«Sería difícil encontrarte bajo la montaña de ropa que llevarías puesta», le decía Gerardo—, pero Mabel intentaba disimular su tristeza y sus nervios.

Ella había augurado, después de quince años con él, que morirían juntos.

No, no hubo gritos ni recriminaciones en su despedida: desde que se conocieron en un viaje organizado por Colombia se habían apoyado, habían sido leales el uno con el otro. Ella, que había participado en tantos montajes en los que dos famosos mercadeaban con sus sentimientos e incluso simulaban turbulencias en la relación para cobrar exclusivas —ahora una crisis, ahora una reconciliación, después los rumores de infidelidad y el desmentido—, ¡cuánto había agradecido la calma y la honestidad de su historia! ¿Por qué estropear esa armonía ahora?

La soledad, sin embargo, le había dejado unas cuantas preguntas amargas. ¿No era hora de que ella, como Gerardo, evolucionara y se planteara otro desafío? Pero nadie iba a quererla fuera de la prensa rosa, su rostro —que la televisión había vuelto popular— se asociaba a ese registro; Mabel no iba a poder reconvertirse.

Llevaba meses renegando de su programa, pero no en el sentido en el que habrían imaginado Iciar o Silvia, en una clave moral. No sentía reparos por hurgar en las alcobas ni traficar con habladurías: no, sus problemas eran de otra índole. ¡No soportaba esa estética hortera, ese punto chabacano! ¿No podían hacer lo mismo, simplemente, con un poco más de gusto?

Ese 12 de marzo, cuando Víctor la telefoneó, ella acababa de llegar a la cadena de televisión. Se había pedido la mañana libre para resolver asuntos personales —estaba buscando un piso para mudarse—, se le había agotado la batería en el móvil y desconocía aún el escándalo que se había desatado.

—No me conoces, aunque en enero viniste a nuestra facultad a dar una charla, y luego coincidimos un rato en la cafetería —le detalló

Víctor, antes de presentarse y añadir el medio en el que estaba—. Me gustaría hablar contigo sobre Silvia Miralbes. ¿Te tomarías un café?

Mabel sabía que se presentaba *Lo que vino después del tornado* y supuso que aquel joven querría trazar uno de esos retratos humanos, casi una hagiografía, que a menudo sacaban con motivo de la publicación de un nuevo libro. «El escritor —la escritora— en su intimidad: se levanta antes del alba, destina tanto tiempo al ordenador, hace esto y lo otro.» Ella se rió razonando lo desencaminado que andaba aquel tipo.

—Si quieres unos cuantos elogios, te has equivocado de persona.

Está bien, de acuerdo. ¡Vamos a abrir la caja de los truenos, si es lo que pides! Fue mientras agarraba su bolso, dispuesta a marcharse a aquella todavía enigmática reunión, cuando oyó el nombre de Silvia pronunciado en una emisión de radio. Iban a entrevistarla. Atraída por la curiosidad, dejó sus pertenencias sobre la mesa y se sentó a atender la noticia.

En 1992, el Festival de San Sebastián invitó a Silvia Miralbes a ser jurado del certamen. Mabel, que estudiaba entonces en la universidad, la acompañó. Estaban remodelando el piso e Iciar se quedó supervisando la obra, aunque tras esa excusa se escondía otro propósito: intentaba que Mabel y Silvia se vieran al fin como amigas. La relación volvería a torcerse, pero esa semana Miralbes estuvo orgullosa de su hijastra, de cómo se desenvolvía ante los directores e intérpretes que conocían, del criterio con que valoraba cada película, del encantador acento con el que se lanzaba a hablar otros idiomas.

Mabel se acordó de esa experiencia mientras oía a Silvia en la radio. Nos dijo que le impresionó encontrarla en tal deterioro.

—Desvariaba, sus declaraciones no tenían sentido. Y no sólo eso: la voz le temblaba. Por primera vez la vi como una vieja. Y no entiendo cómo, porque yo... me había distanciado mucho de ella, pero sentí unas terribles ganas de llorar. Hace nada, las dos estábamos sentadas en aquella playa de San Sebastián... y yo pensaba que podría hacerlo todo, todo lo que me propusiera, ¿entendéis?

Los campos magnéticos

Restaurante Nuria
Calle de la Virgen del Carmen, El Rompido, Cartaya, Huelva
Septiembre de 2009

Cuando preparaba *Lo que vino después del tornado,* Silvia visitó a Nuria Cano, cuyo hijo, Juan Vivas, había muerto a los veinte años en un atentado en una comisaría de Madrid. Cecilia, que acompañó a Miralbes, recuerda haber estado en un restaurante, propiedad de la mujer con la que se reunían; también habla de las espléndidas vistas que poseía el local, desde el que se divisaban la playa y una isleta que sobresalía en medio de la marea. Acudieron el día que habría sido el cumpleaños del chico fallecido; Nuria las había convocado en esa fecha.

—Vendrán unas amigas de él, con las que he mantenido el contacto —les advirtió, antes de la cita—. Ya es una costumbre. En septiembre todavía hace buen tiempo y la playa está tranquila. Preparamos un arroz, y nos emborrachamos, y hablamos de la vida... o de Juan, claro.

Así supieron Silvia y Cecilia que aquel muchacho se fue a Madrid para ser ingeniero, aunque la madre temía que no hubiese terminado la carrera.

—Juan... era muy inteligente, pero también muy disperso. Siempre había tenido fantasías sobre hacer música, y creo que los últimos meses estuvo más pendiente de un grupo que había formado que del curso. Ya ves. Ahora es bonito saber que dedicó su tiempo a lo que le gustaba, y que no lo pasó enclaustrado en una biblioteca.

Durante el almuerzo, Nuria revivió a Juan sin dramatismos, como si el terrible sufrimiento de la pérdida ya hubiese cauterizado. Una de las jóvenes venía con un niño de unos cinco años.

—Es mi nieto —informó la anfitriona—. Si Juan no hubiese muerto, y me hubiese dicho que había dejado embarazada a una chica, le habría dado una buena paliza, desde luego... Una buena paliza —recalcó Nuria, con una carcajada—. A mí me dejó preñada un idiota y no habría permitido que esto se repitiera. Un crío te destroza la vida: yo me tuve que poner a trabajar en el Polo Químico...

—Pero lo supe después —añadió Lola, la madre del pequeño—. Me di cuenta de mi retraso cuando ya había ocurrido el atentado. Y ese error de

cálculo se convirtió en... en algo distinto. El mayor recuerdo que nos dejaba Juan.

La escena, según Cecilia, sorprendió a Silvia por una circunstancia: aquel grupo de mujeres recordaba a ese chaval sin edulcorar su retrato. No resaltaban de él sus habilidades —como era lo propio tras la muerte de alguien—, sino su torpeza, «una falta de ritmo asombrosa», para bailar, o su «tremenda» desmaña en la cocina —en una estancia en una casa rural, al parecer, preparó un pollo con guindillas que tuvieron que lavar para que perdiera el picante y fuera comestible—, y sin embargo a Miralbes le conmovió todo el amor que expresaban aquellas miradas mientras se burlaban de sus limitaciones.

Hubo un momento en el que Silvia, impresionada, salió con Cecilia a tomar el aire.

—Yo escribía por eso —le dijo a su colaboradora mientras paseaban por la playa—. Para captar la energía que se crea entre la gente. Algo tan simple y tan bello como el calor.

Cecilia se encorvó hacia ella con extrañeza. Creyó que no había oído bien.

—¿El calor? —preguntó.

Miralbes se agarró el pelo que le tapaba el rostro —se había levantado un viento repentino— y asintió con un movimiento de cabeza.

—Me refiero a que somos campos magnéticos, que... que estamos llenos de electricidad —aclaró—. Me fascinaba observar a una pareja que tomaba café a mi lado en otra mesa, o imaginarme la historia del tipo que tenía sentado frente a mí en el metro. ¿Hacia donde se dirigía? ¿Qué escondía en esas bolsas del supermercado, o por qué miraba con tanta preocupación su reloj? ¡Quería saberlo todo sobre esas personas que me parecían tan inaccesibles! Quería contar sus secretos, sus miserias, pero también algo grande que se engendra en el trato humano.

Silvia cogió un puñado de arena, que fue perdiendo consistencia mientras se dispersaba entre sus dedos.

—Tuve un coche con cristales ahumados. Tú no estabas aún en Lázaro, creo —añadió—. A veces le pedía al chófer que aparcara en una calle, y me dedicaba a contemplar a la gente pasar. Me encantaba hacerme preguntas sobre ellos.

Silvia le confió entonces una preocupación: ¿y si no estaba a la altura de esos testimonios que acababan de contarle? ¿Y si fracasaba al trasladar esas vivencias, esos sentimientos, al papel? Esos detalles en los que se había detenido Nuria: el impacto de descubrir el diario de Juan y saber que a partir de determinado día ya no habría más anotaciones; la aflicción de identificar el olor del muerto en su ropa semanas después de su marcha.

—Yo empecé a escribir para hablar de esa vida que no entendía, Cecilia, esa vida a la que quién sabe por qué no podía entregarme del todo —apuntó—. Pero, a veces, ¡me siento tan lejos!

Mabel no fallaba en las descalificaciones que lanzaría contra Silvia años después: toda su obra había estado copiando lo que pasaba a su alrededor, actuaba como un vampiro, o una vampiresa, que se nutría de la sangre de los otros, pero no había maldad —Miralbes puede jurarlo— en su procedimiento. Esa entrevista que Víctor realiza a la hijastra, y que sale publicada como un apoyo a la información principal sobre el plagio el 13 de marzo de 2014, define a Miralbes como una ladrona de almas, una autora desprovista de imaginario propio que roba el aliento a sus seres queridos para insuflar ese hálito a sus personajes, una villana que astutamente se agencia hazañas protagonizadas por los demás. Pero ¿todo escritor no es acaso un saqueador de biografías ajenas, y la creación un empeño desesperado por captar la vida?

Silvia podría alegar en su defensa: su literatura no debe entenderse como un ejercicio despiadado, más bien lo opuesto. ¿Qué había de censurable en prestar un altavoz o una plataforma a quienes habían protagonizado historias memorables, inspiradoras? ¡Si ella encontró la humanidad a través de su obra, de los contactos que estableció para sus libros! La madre de un drogadicto que luchó contra la impunidad de los narcotraficantes y la pasividad de los políticos, que la asesoró en *Despeñadero;* la inmigrante cubana que le había contado tantas anécdotas de su llegada a Europa para *El verano de Maica*; la prostituta culta, mordaz y alejada de los clichés asociados a su profesión, con la que trabó amistad mientras daba forma a *No me esperes despierto*... Sus ficciones ayudaron a que se pusiera en el lugar del otro, le abrieron la mente, gracias a ellas había sido más indulgente y comprensiva con los demás; de hecho, había amado con más intensidad el mundo. ¿No late, en sus novelas, una obstinada esperanza, un fiero deseo de conectar con el prójimo, de dirigir el foco hacia virtudes como la bondad y el coraje? Ella no cree en un discurso apocalíptico, e incluso cuando sus compañeros desconfían del futuro, plantean un porvenir de alienación y desencanto, defiende que mientras dos personas se sigan entendiendo con una simple mirada —lo que ocurría entre ella e Iciar, por ejemplo—, mientras se dé esa energía, mientras funcionen los campos magnéticos, sostiene, habrá razones para afirmar que no todo está perdido.

La gallina de los huevos de oro

Alrededores del Hotel Santo Mauro, Madrid
12 de marzo de 2014

En febrero de 2014, *no sé exactamente el día, pero era febrero seguro, ya había pasado tiempo desde las vacaciones de Navidad,* Cecilia acudió a la consulta del doctor Valls. El médico había pedido a Silvia que le visitara una persona de su confianza.

—No es para darle la versión verdadera, como usted cree —dijo el especialista a la escritora—. Pero quiero contar con un familiar, con alguien de su entorno, que supervise su comportamiento, que se encargue de que se tome las pastillas. Alguien que esté encima, ¿sabe lo que le digo?

Pero Cecilia volvió del hospital formulándole a Silvia las ventajas de que se instalara en una residencia.

—¡Maldito cabrón! —estalló Silvia—. ¡Así que para eso era!

Cecilia respondió con la misma agresividad.

—¡Nos preocupamos por ti, maldita sea! ¿Has pensado que las cosas pueden ir a peor, no? ¡No queremos que un día te cortes las venas pensando que una cuchilla es un juguete! ¡Una residencia es el único sitio donde pueden vigilarte en condiciones!

Cuando ya se encontraban más calmadas, Silvia le explicó a su colaboradora por qué le crispaba la idea de la residencia: era cruzar un umbral que la aproximaría más al fin, una capitulación importante en esa batalla.

—Durante una época padecí insomnio, Cecilia —le contó—. Y era porque dormir me recordaba a la muerte, porque no controlar lo que ocurría en el sueño me aterraba. ¿Y si no regresaba de ese territorio desconocido? Ahora ese vacío que tanto temía me viene incluso cuando estoy despierta. Tienes que entender que me cueste. Es estremecedor.

Todavía quedaban vínculos que la unían a la vida, enumeró Silvia ante Cecilia: la presentación del libro, algunas actividades que se habían programado para celebrar su *rentrée*, su último contacto con el público. Acordó con su responsable de prensa que *Lo que vino después del tornado* sería su despedida. El adiós de la soprano. Su *Tosca,* su *Turandot.*

—Cuando pase todo esto ingresaré en la residencia, lo prometo —

accedió Silvia.

Cecilia se acordó de ese pacto, con arrepentimiento, en el taxi en el que Aycart y ella buscaban a Silvia, la tarde del miércoles 12 de marzo, después de que la escritora hubiese desaparecido del hotel donde habían celebrado esa fatídica rueda de prensa.

—Tenía que haber imaginado que algo así pasaría —reconoció ella.

El editor frunció el ceño, desconcertado.

—Tú no conocías a Sergio, Cecilia. Yo tengo la culpa —admitió él.

Ella le cogió el brazo, pero dirigió sus ojos hacia la ventanilla y no hacia él. Hasta entonces no había sopesado el peligro de haberle guardado el secreto a Silvia.

—El médico afirmaba que respondía bien al tratamiento, y ella pidió esperar. No quería perderse esto, ¿sabes? Y a mí me daba pena que se lo perdiera.

Aycart se despegó de ella, inquieto.

—¿De qué estás hablando?

Cecilia se atrevió a mirarle a los ojos.

—Está enferma, Javi —le comunicó—. Empieza a perder la memoria, ya lo habrás notado. Lo siento. Yo no tenía ni idea de que estallaría tan rápido.

Aycart no tuvo la reacción airada que Cecilia preveía. Se le instaló en el rostro una sonrisa amarga, esa mueca fúnebre con la que elogió a Silvia en la rueda de prensa.

—Yo tampoco quise verlo. Cada vez estaba más torpe, más ida. Pero era como mi madre... y era difícil asumir su declive.

Observó su teléfono móvil, e hizo el amago de llamar a Sergio. Desistió.

—¿Cómo podía saber el chico ese...? ¿Víctor, se llamaba? —preguntó—. Joder, para una vez que un periodista se documenta antes de hablar de un libro...

Los dos se rieron con una carcajada nerviosa, y después callaron. Siguieron examinando a los viandantes, por si encontraban a Silvia. En la radio sonaba la voz de un cantante de éxito, y Aycart se burló de la letra.

—Poesía barata —juzgó, antes de entregarse a una reflexión mientras frotaba el cristal empañado a su derecha—. Tenemos lo que nos merecemos, querida.

Señaló con hastío el aparato del que provenía la música. No completó la frase, pero pensaría: «Las radios apostaron por música facilona, las editoriales por productos accesibles, los museos por hacer imanes para la nevera. Todo degradado al rango de la mercadotecnia. Dinero rápido».

—Y Silvia... —añadió— no es que la queramos, no sólo eso. Es que era nuestra gallina de los huevos de oro, ¿no? ¿Cómo íbamos a

sacrificarla?

Mercadotecnia: una palabra certera como un golpe seco y algo que se quiebra en el trance, contundente como una patada propinada en las espinillas. Dolorosa porque revelaba verdades: a ese asunto habían consagrado ellos su vida.

Pero Aycart decidió no hundirse: expresó un inesperado arrojo. Sigamos caminando.

—Hay que sacar un comunicado, hoy mismo —ordenó a Cecilia—. Tiene que llegar a todos sitios, hasta la última radio local del país. Y en esa nota de prensa tienes que poner, muy clarito, como la razón de todo esto, la enfermedad de Silvia... Contaremos que está incapacitada, que por eso lo del plagio. Ahora entiendo lo de la pantera, por ejemplo... ¡No entendía qué coño estaba haciendo! ¡Una pantera, como si estuviéramos en *El libro de la selva*!

La noticia sobre Sergio que publicó Víctor

UN «NEGRO», RESPONSABLE DE LOS TEXTOS PLAGIADOS
EN LA NOVELA DE MIRALBES

La editorial encargó «completar» el libro al profesor y dramaturgo Sergio Massey

Víctor Gredos. Madrid.
Sergio Massey. Tras el plagio al narrador australiano John Lipshawn, por el que se retiraron de las librerías los ejemplares de *Lo que vino después del tornado,* la última novela de la veterana Silvia Miralbes, se oculta este nombre, el del escritor andaluz (Sevilla, 1964), al que el personal de la editorial Lázaro había pedido ayuda para finalizar el manuscrito de la autora de *Despeñadero* o *La mano en el fuego.*

Cuando el mundillo literario aún no se ha repuesto del impacto de descubrir que la creación más reciente de Miralbes incorpora fragmentos ajenos, este periódico ha sabido que la inclusión de esos textos se debe a la participación de Massey en el proyecto de *Lo que vino después del tornado.* Al parecer, los retrasos en la redacción del libro por parte de la autora extremeña habían exasperado a los directivos del sello y recurrieron a un colaborador para que completara la obra aunque no constara su autoría, una práctica frecuente en el sector editorial. Desde Lázaro no quisieron ayer pronunciarse sobre este punto, y anunciaron que darían «próximamente», a través de un nuevo comunicado, su versión de los hechos. Tampoco Massey quiso hacer declaraciones a este diario, aunque no negó que se hubiese contado con él para esta ficción.

El sevillano, licenciado en Filología Inglesa, reside en Madrid y es profesor de Literatura Dramática en la RESAD. Como se detalla en su página web, amplió sus estudios en el Reino Unido, donde formó parte de la compañía Tiny Furniture, con sede en Brighton. Es autor, entre otros títulos, de las obras *El interior del alma* (1993), sátira que denunciaba «la omnipresencia de la religión» con la que ganó el Premio Marqués de Bradomín y que fue traducida al italiano, inglés y portugués; *El desarraigo* (1995), recreación de corte existencialista de los viajes del conquistador Álvar Núñez Cabeza de Vaca, galardonada con el Premio a la Creación Joven de la Comunidad de Madrid, o *El porvenir* (1998), sombrío retrato

psicológico de un asesino que «se representó en México durante dos temporadas seguidas y fue celebrada como una de las propuestas más estimulantes de su momento». Massey compagina su labor como dramaturgo con la de novelista, una faceta en la que ha publicado *Saturno* (2000) o *Una mujer y un hombre* (2004). Entre los temas que interesan a este creador se encontrarían «las contradicciones de la naturaleza humana en su expresión más descarnada y las débiles fronteras entre la realidad y la ficción, inquietudes que pasa siempre por el tamiz de la ironía», de acuerdo con lo recogido en su currículum.

El autor, hijo del desaparecido catedrático de Literatura Española de la Universidad Hispalense Pablo Massey, ya protagonizó un escándalo a principios de los noventa, cuando su montaje *El interior del alma,* que también dirigía y que se representaba en el sevillano Teatro Central, canceló sus últimas funciones debido a las protestas de quienes veían en ella «una burla a la Semana Santa» de la ciudad. Su propio padre fue crítico con el espectáculo en declaraciones a los periodistas, mientras que Massey hijo afirmó sentirse «un mártir de la libertad de expresión».

La salvadora de las letras hispanas

Hospital Universitario de la Princesa
Calle de Diego León, Madrid
12 de marzo de 2014

Después de aquella rueda de prensa que se vieron forzados a finalizar de forma abrupta en el Santo Mauro, Aycart y Cecilia dejaron a Silvia descansando en una habitación del hotel, pero se distrajeron con la vigilancia. Estaban trastornados y perplejos para mantener la concentración, sabían de un modo abstracto que habían sido traicionados, pero buscaban aún una lógica a lo sucedido, respondían con evasivas a las llamadas mientras intentaban que Sergio les cogiera el teléfono, y en ese desbarajuste aquella mujer a la que debían cuidar pasó a un segundo plano pese al estado lamentable en el que la habían visto por última vez: cetrina y desmejorada, respirando con dificultad, súbitamente envejecida, como si hubiese ingerido un veneno. En algún momento Miralbes escapó sin que advirtieran sus movimientos, porque mientras creían que dormía oyeron con estupor su voz en una emisora de radio, la entrevista que conmovió a Mabel, en la que Silvia eludía las preguntas directas de una periodista —«Pero, vamos a ver, ¿reconoce usted el plagio?, ¿copió a este hombre, sí o no?»— con un derroche de surrealismo que algunos interpretaron como una tomadura de pelo por su parte, un acto de cinismo con el que parecía no querer admitir que había obrado sin ética, un comportamiento excéntrico que motivó sin embargo que quienes la conocían íntimamente, como su hijastra, se asustaran al advertir el matiz de desesperación que subyacía en el absurdo de sus contestaciones.

Aycart y Cecilia corrieron sin fortuna a su encuentro, exploraron antes el hotel y dieron vueltas luego por las proximidades en un taxi, pero fue Mabel quien hallaría a Silvia, que había llegado sin que nadie supiera cómo hasta su piso. La encontró tan fuera de sí que, impresionada, decidió llevarla al hospital para que le hicieran unas pruebas.

Mientras esperaban que las atendiese un especialista, «un médico de confianza, un amigo», le dijo Mabel a Silvia para tranquilizarla, la primera se esforzaba por entender los motivos de la segunda, que ya había recobrado la entereza.

—¿Cómo has podido hacer algo así, Silvia? ¿Cómo ha ocurrido? ¿Los de la editorial te pusieron un plazo y no te daba tiempo a terminarlo? ¿O eran tus ganas de que te hicieran caso de nuevo? Demasiado tiempo sin sacar nada... Era eso, ¿no? Eso, ¿eh?

Mabel reparó en que elevaba el tono al hablar y se controló. No tenía la intención de discutir. Deseaba comprender, simplemente.

—El maldito ego. Claro —continuó—. Te imagino viendo las novedades expuestas en las librerías, seguro que las mirabas con ese gesto de desprecio que haces con el labio. ¡Joder, cómo odiaba esa cara cuando me la ponías a mí! La pondrías también frente a esos libros. Y pensarías con esa estúpida soberbia: «Ah, aquí hago falta yo»... La salvadora de las letras hispanas, que espera que la hagan ya candidata al Nobel. Pues ahora sí que lo llevas claro. La has jodido, ¿lo sabes? Tu prestigio al carajo, a la basura. Me da rabia hasta a mí... Yo, que tanto he deseado que te hundieras. Es decir, me da pena por mamá. Ojalá ella hubiese mostrado conmigo, alguna vez, la mitad de entusiasmo, la mitad, por algo de lo que yo hacía.

Mabel caviló entonces que, salvo algún instante aislado —sí, aquel Festival de San Sebastián—, ella y Silvia nunca habían tenido una conversación de hondura. Ni siquiera compartieron el duelo por Iciar.

—O era por el miedo a morir. Querías recordar que estabas viva todavía. Ha sido por eso, ¿no? Porque sé que estás... Eso no puedes negarlo. Aterrada. Aquel ataque de pánico que te entró en la sierra, ¿te acuerdas? La casa tenía unas contraventanas y, al cerrarlas, de noche, se hacía una oscuridad total. Tú te despertaste gritando. Que te faltaba el aire, oí que dijiste. Algo así. A la mañana siguiente le pregunté a mamá por lo sucedido. Me contó que te pasaba a veces. Que te asustaban los espacios oscuros, que sentías claustrofobia. No sé si mamá me lo dijo, o yo lo intuí: todo lo que te recordara a un ataúd. Y no te niego que me gustó saberlo. No tanto porque sufrieras, no era eso, sino porque por fin te veía como alguien humano.

Sacó una cajetilla de tabaco y un mechero, y fue a encenderse un pitillo que se colocó entre los labios. Al momento, se dio cuenta de lo imposible de su pretensión en ese espacio y rompió en dos el cigarro. Conservó en la palma de su mano las hebras de tabaco, y se dedicó a acariciarlas con los dedos.

—Joder, Silvia, yo podía haberte salvado. Para ti eran más importantes otras cosas. Tu carrera, claro. Pero si me hubieras hecho caso... Dicen que quienes mueren rodeados de sus familiares, de su gente, sienten que no se van del todo, que siguen vivos en los otros... Tú podías haber seguido viviendo en mí, pero nunca te interesó saber que existía alguien más allá de tu ombligo. Si me hubieses querido, si te hubieses

dado cuenta de que venía una generación detrás... te habrías librado de ese maldito ego que te ha llevado hasta aquí. ¡Plagiar a otro, Dios santo! ¿En qué estabas pensando? ¿O es que ya no piensas, Silvia? ¿Qué demonios te pasa?

Mabel recuerda que Silvia permaneció callada, pero que en una mirada expresó un inesperado reconocimiento, como si esa reportera a la que la madrastra había juzgado tan superficial y a la que había menospreciado le demostrara una asombrosa intuición para adivinar sus temores. Miralbes no se justificó. Sólo le dijo:

—Llévame a una residencia, por favor. Entérate de una que esté bien, Mabel, e ingrésame allí. Me tenía que haber dado cuenta antes de que era necesario...

La respuesta de Silvia descolocó a Mabel. Esparció las hebras de tabaco sobre el suelo y le acarició la mejilla.

—Mierda. Esto va en serio, ¿no? ¿Una residencia?

—El médico te va a contar lo que ya sé —contestó—. Dile que me está tratando el doctor Valls, puede consultar sus informes. Todo lo que está pasando es porque a veces deliro. Ya no controlo mi cabeza, Mabel. Ahora sí que puedes verme como una mujer fallida.

Mabel puso un gesto de pesar mientras asumía las palabras de Miralbes, después estrechó su mano.

—Lo siento, Silvia. Yo qué iba a saber —se disculpó—. Yo... imagino que hoy he dicho demasiadas tonterías.

Silvia rió, atolondrada.

—No quiero pensar las que habré dicho yo, Mabel. Yo sí que me he lucido, me parece. Habrá sido una presentación curiosa...

El padre en fuga

Vuelo Madrid Barajas-Londres Gatwick
Norwegian Airlines
13 de marzo de 2014

Cuando Sergio comprobó que Víctor había atado cabos y lo identificaba como «el negro», improvisó una huida: se sacó un billete para viajar a Londres esa misma noche, y planeó que en esa ciudad cogería un tren para Brighton. Esa acción tan simbólica de irse del país, esa fuga, tenía también ánimo de retroceso: había elegido un destino del que ya escapó en una ocasión.

Una idea le obsesionó durante el vuelo: habían transcurrido veinticinco años desde que él no pisaba ese lugar. ¡Un cuarto de siglo, nada menos! Sergio podía jactarse de un físico agraciado al que ese tiempo había tratado con respeto, pero sabía que el desgaste interior había sido demasiado para creerse incólume.

Brighton, nos explicó Sergio, simbolizaba la emancipación de los códigos en que se formó, la rebeldía, la antítesis de la glacial corrección de Pablo, su padre. Un viaje ciertamente contradictorio: dejó las altas temperaturas de Sevilla para encontrar el calor en Inglaterra. El fuego de un intervalo libertario, casi salvaje, un episodio de extravagancia en una vida que, debería asumirlo, ha sido más convencional de lo que ha fantaseado. Entonces, en el piso que compartía, él y sus compañeros habían adorado un filete de hígado al que una noche de embriaguez decidieron otorgar cualidades divinas. Solían venerarlo cuando llegaban al apartamento: abrían el frigorífico y lo saludaban con nombres inesperados, casi siempre tomados de actores del Hollywood clásico o extraídos de alguna ficción literaria. Pero se les olvidó embalsamar aquella asadura y ésta fue adoptando un colorido gris y despidiendo un intenso hedor a putrefacción. Tuvieron que deshacerse de ella no sin antes formalizar un ritual en el que enterraron aquella víscera en la playa y acompañaron el trance con la lectura de poemas surrealistas.

—Por los dioses caídos y enterrados en la playa —solían brindar desde entonces.

Trasladaron aquel interés por esa nueva mitología, inspirada en los despojos, a la obra de teatro que montaban. «La Compañía del Pollo», los

etiquetó la prensa por su tremendista afición a arrojar aves muertas al público. Ése fue uno de los factores que desagradó a determinado sector de la sociedad local y que encendió la controversia: como dice Sergio, «un menú demasiado picante para paladear en el marco del Theatre Royal». Quizás, entonces, ya se les estaba avisando de que la libertad era imposible.

Veinticinco años desde su paso por Brighton, apenas unas horas —lo hizo el día anterior— desde que envió aquel correo electrónico: «Sobre Silvia Miralbes». ¡Oh, esa imaginación desaforada, cuánto daño le había hecho! ¿Cómo había podido proyectar un desenlace tan distinto al que aguardaba, por qué no habían entrado en sus cálculos ese bochorno y ese pavor que ahora sentía? Pero ¿dónde se había visto a un cazador avergonzado de haberse hecho con su presa? ¡Había amañado un ingenioso cepo y debería haberlo celebrado! Acogió con angustia la escena de la pantera, también la acusación previa de Víctor, que contempló en un televisor: los juzgó momentos de una inesperada tosquedad, la obra de un guionista borracho. Aquel chico tembloroso no era el periodista aguerrido que su fantasía había perfilado; el extravío de Silvia no era precisamente la conducta que auguraba. Esa propensión hispánica al esperpento, al trazo grueso, a la salida de tono.

Sergio no sospechó la punzada en la boca del estómago, el amargor en el paladar, la negrura en el ánimo. Ha cavado su tumba y observa ahora, asustado, la tierra incrustada entre sus uñas. ¿Tomarían los de la editorial alguna represalia contra él? Se sintió irritado consigo mismo cuando supo que Lázaro retiraría *Lo que vino después del tornado*, cuando vislumbró las ganancias que se habían perdido por su culpa. ¿Podría salir indemne de esa desproporcionada travesura?

Por esa causa cogió aquel avión: la marcha se revelaba como la única opción posible. Era el payaso triste, pero también el hombre en fuga. Desde adolescente, cuando se ausentaba del instituto y deambulaba por la ciudad, siempre había huido. Escapó de Brighton cuando la polémica adquirió proporciones imprevistas y la policía empezó a detener a sus compañeros, de su matrimonio cuando sus ansias de libertad lo atosigaban —tampoco retenía ya el nombre de la mujer con la que fue infiel a Lara: no tuvo entidad en sí misma, más que para concederle la libertad—, de Sevilla cuando la ciudad le despreció por su atrevimiento, y ahora, a los cincuenta años, sigue cultivando esa torpe afición al escapismo.

Durante el viaje a Londres, uno de los azafatos intercambió algunas palabras con él. Sergio conocía desde hacía tiempo a aquel chico, fue alumno suyo en alguna promoción de la escuela.

—¿Placer o trabajo? —se interesó el joven—. Al motivo de tu viaje,

me refiero.

Sergio salió al paso con un embuste. Volvía su inventiva desenfrenada.

—Trabajo —respondió, con firmeza—. Un director inglés va a montar uno de mis textos. Y me ha invitado a la obra que representa ahora.

El hombre acogió esa noticia con un breve fulgor de alegría en los ojos.

—Oh, suena estupendo —juzgó—. Yo dejé el teatro, ¿sabes? Me cansé de tantas audiciones.

Lo dijo con despreocupación, incluso con júbilo, como si se hubiese librado de una tortura. Ojalá Sergio, se indicó a sí mismo, hubiese asumido su mala estrella con esa tranquilidad.

Ahora era imposible relajarse. Emilia no debía saberlo, se preocupó: la noticia del padre-fraude no podía alcanzar sus oídos. ¿Qué secuelas habrá producido en ella el tener un antecesor que ha hecho de la fuga un estilo de vida, se preguntaba él en el avión, precisamente mientras huía de nuevo? Era cierto que Sergio, a cambio de su estampida, siempre había intentado ejercer de amigo, pero ¿era ése el comportamiento que ella necesitaba? Él aparta, entre sorbos de agua, una furtiva intranquilidad. ¿Y si ella se casa tan joven precisamente porque añora una figura paterna, la estabilidad que él, con su egoísmo, no le ha proporcionado? Elude la crispación en un aspaviento: lo ha hecho, se justifica, lo mejor que ha podido. El problema radica, simplemente, en que se halla incapacitado para la realidad. Concibió la coyuntura de ser padre, en cierta manera, como un ejercicio de fabulación: bautizó a su hija con el nombre de una escritora, Emily Dickinson. ¿No quedaba al descubierto su inconsciencia en esa determinación de adornar con elementos literarios algo tan sustantivo como la paternidad?

Todo parece inverosímil en los vínculos entre Emilia y Sergio. ¿No es una peculiaridad *contra natura* el hecho de que la hija esté más centrada que el padre? ¿No hay algo perverso en que representen perfiles opuestos: él, caótico y pusilánime; ella, disciplinada y fuerte? Ella desea casarse a los veintidós años; él, a los cincuenta, no dista mucho de aquel adolescente que esquivaba el deber haciendo novillos. ¡Ojalá no hubiese tenido la cabeza plagada de fantasías! Que, como aquel azafato, hubiese aceptado que hay que ceder en un punto concreto.

En aquel vuelo, Sergio comprendió la ironía que entrañaba su vida: si hasta ahora había abrazado la anarquía para desesperar a su padre, ahora tendría que recomponer su universo para estar a la altura de su hija.

La fórmula Miralbes

Casa del Libro
Gran Vía, Madrid
12 de marzo de 2014

La noche del 12 de marzo, Natalia González, dependienta de una librería de Madrid, seguía las órdenes de su jefe y retiraba del escaparate el despliegue publicitario de *Lo que vino después del tornado* —la editorial ya había decidido que la novela dejaba de venderse— cuando se produjo una coincidencia extraordinaria: de un automóvil se bajaba Silvia Miralbes y se acercaba, con el cuerpo lento y el rostro desolado, hasta el cristal. A Natalia se le disparó el corazón, no sólo por la casualidad sino también por el andar devastado de la escritora. La joven nos relató que Miralbes «parecía una muerta viviente. Se veía que había llorado porque tenía el rímel corrido, y ese maquillaje le ennegrecía la cara y le hacía parecer mayor de lo que era. Y se notaba que lo que estaba viendo, a alguien deshaciéndose de sus libros, le impactaba demasiado. Se me quedó mirando con la tensión de un mendigo que en los alrededores de un restaurante reclama un plato de sopa. Me señaló la puerta, para que le abriera. Y yo, que también estaba demasiado aturdida, no pude negarme y lo hice».

Ya en el interior de la tienda, Miralbes observó con atención las pilas de volúmenes que Natalia había empezado a desmontar y dedujo el sentido de aquella acción. Se tapó el rostro con las manos y se mantuvo así casi un minuto, un intervalo en el que la joven no supo qué hacer.

—¿Quiere algo, señora Miralbes? ¿Un vaso de agua?

Pero Silvia no respondió al ofrecimiento. Se apoyó en una de las cajas e intentó disimular que temblaba.

—¿Sabes... sabes lo que emocionaba encontrar en un sitio como éste la novela que habías ido montando durante años en tu cabeza, que habías soñado y sufrido? —le confesó—. ¡Era fabuloso que esa aventura estuviese ahí, encuadernada, con tu nombre, que hubieses superado todos los obstáculos y se encontrara al alcance del público! Escribir no es fácil, querida, ¿cómo te llamas?

Natalia se lo dijo.

—Pues yo estuve muchas veces a punto de tirar la toalla, Natalia —

reconoció—. Pero luego... qué felicidad. Llegaba a casa gritando: «¡Han puesto mi libro entre el de Cela y el de García Márquez!».

Miralbes se rió de buena gana, como si reviviera la ilusión de esos años. Un ruido les interrumpió: Mabel, «esa periodista de cotilleos, parece que era quien conducía el coche del que se bajó Silvia», golpeaba el vidrio. Natalia le abrió también.

—Oh, Dios mío, gracias —dijo la recién llegada—. Vámonos, Silvia, por favor.

Pero Miralbes, compungida, le indicó la embarazosa parafernalia que acompañaba *Lo que vino después del tornado*: esa cantidad de ejemplares que ya nadie iba a leer y ese cartón que reproducía sus facciones. Había, además, una terrible leyenda en ese anuncio: «El virtuosismo ha regresado».

—El virtuosismo ha regresado —leyó Silvia, con escepticismo, encogiéndose de hombros.

Mabel recuerda que «aquella valoración tan desmedida, en vez de complacerla, la aterró. Silvia podía tener muchos defectos, pero tonta no era. Conocía sus limitaciones, y aquella descripción de virtuosa, el mismo rango que otorgaban habitualmente a cualquier genio, a Beethoven o a Cervantes o a Dostoievski, o, no sé, a un pianista privilegiado, hizo que se sintiera incómoda. En circunstancias normales, la gente iba a reírse de eso».

Silvia contempló con asco el retrato a gran escala que la editorial había difundido de ella: ese ademán relamido de agarrarse la mandíbula con la mano.

—Soy una maldita estrategia de marketing —lamentó, con los ojos fijos en su doble de cartón—. No me ven como una escritora, sino como una marca registrada.

«Pensaría, pensaba —corrigió Mabel— que se había vendido. Una fulana ya entrada en años, que se abre de piernas a quienes le abonen la cantidad establecida. ¿Quieren una novela sobre este asunto? Ahí tienen una con la fórmula Miralbes. Y contemplaba esa silueta impresa de sí misma, tan retocada, y le resultaría ajena. Pero al mismo tiempo discernía que esa imagen publicitaria hablaba crudamente de ella, la reflejaba: la Silvia-objeto, la Silvia-producto, la Silvia-nada. Afirmar “el virtuosismo ha regresado” significaba también apuntar: no estaba acabada como todos pensaban, no estaba muerta. La fulana, todavía con ganas de guerra, como si no hubiera tenido ya bastante. Nada que ver con esa debutante frente a su primer escaparate: tan pura, tan virginal, tan por corromper todavía.»

En el paraíso han levantado un Starbucks

Brighton Pier
Madeira Drive, Brighton
14 de marzo de 2014

Uno nunca debería regresar al mismo paraje en el que fue joven, si no quiere sentirse vulnerado por el recuerdo y el sobresalto de las alteraciones que detecta. Son dos ciudades las que enfrentará entonces: la evocada tantas veces, idealizada en la ausencia, frente a la real, permeable a los estragos del tiempo y a las decisiones tantas veces desafortunadas del urbanismo.

Sergio, el payaso triste, el hombre en fuga, el padre que actúa como un hijo, llegó a Brighton la mañana del viernes 14 de marzo, a las 6.22, en un tren que había salido hora y media antes de la estación de St. Pancras, en Londres. Mientras paseaba ya en el destino alcanzado, sintió cierto desencuentro ante la población que desfilaba ante sus ojos: seguía teniendo esa cualidad acogedora y habitable, esa gracia de los lugares colindantes con la playa, y aquel soberbio paseo marítimo conservaba la belleza decadente que la memoria de él le atribuía; sin embargo, en su vagar percibía un desajuste inconcreto entre lo verdadero y lo recapacitado.

Habían demolido el edificio donde él se hospedó, y sobre aquel solar una franquicia de cafeterías había alzado un establecimiento que ocupaba dos plantas de nueva construcción. Esa metamorfosis de algo que era único en su día a día, incluso en su acumulación de desperfectos —la cerradura vencida, que sólo podía abrirse con un determinado giro de muñeca; aquellas tuberías perezosas, que para Peter hablaban alemán por la sonoridad con la que fluía el agua; la inconsistencia de los tabiques y la falta de privacidad que conllevaba esta endeblez en los muros—, para reproducir un comercio que tendría la misma fachada en cualquier otra localidad del mundo le hizo sospechar que todo se había desnaturalizado, que «se había convertido en una marca o un producto», nos dijo.

La visita al Pier, por ejemplo, le dejó una aguda sensación de agotamiento con toda aquella oferta, esa abundancia impúdica, de helados, hamburguesas, pizzas, gofres, donuts y cappuccinos. ¿Acaso el muelle era así en los ochenta, y su memoria había edulcorado la imagen

hasta archivarla, diferente al modelo originario, en el reducto de su mitología privada? Allí ejecutaron, ante el estupor de los clientes, los primeros proyectos: allí nació al mundo un Sergio provisto de osadía, una variante o una evolución de sí mismo con el rostro teñido de rojo. Qué pronto se había librado de aquel jovencito sevillano de presencia apocada, como si dentro de sí hubiese albergado un ojeador enamorado de la caza, un estratega envanecido en la lucha. Qué emoción dejar atrás la inercia de toda su existencia hasta entonces: la resolución de tomar las riendas de lo que quería ser, a lo que deseaba dedicarse.

El teatro como arma arrojadiza, como bramido contra la indolencia. En sus acciones lanzaban toda suerte de objetos y de líquidos a los espectadores: trozos de carne, sangre de animales o frituras de pescado y patatas, cualquier pieza era considerada válida si poseía pringue o podía salpicar, si repugnaba y creaba la histeria, al menos la desconfianza, entre los receptores.

Allí, en Brighton, Sergio perdió la virginidad, pero más allá del ámbito del sexo fueron muchos los campos en los que se inició. Abrazó esa dramaturgia belicosa, ese discurso de vísceras e impactos, a los que recurriría en obras como *El interior del alma*. Y ya en esa etapa sintió la amenaza del castigo, la condena por su atrevimiento. Empezaron a detener a sus compañeros después de que quemaran una bandera del Reino Unido, recuerda Massey. «Y a mí me entró el miedo: yo me hallaba en un país que no era el mío, y años antes se había estrenado la película de *El expreso de medianoche*... Vale, Inglaterra no era Turquía, pero la perspectiva de ser extranjero en una cárcel me aterraba. Aconsejado por mis amigos, tomé un avión de vuelta a España.»

Podemos decir que, de manera simbólica, Sergio trasladó consigo el espíritu libertario de aquel Brighton vivido. Era ese espacio, en el fondo, una tierra inventada, un estado mental más que una geografía. Por eso, porque había ligado su identidad a un territorio falseado, a un espejismo que no existía en la práctica, toda su historia había sido dolorosa: ese sentimiento de destierro, de exilio, aun viviendo cerca de sus orígenes reales.

Y hoy había regresado a su concepto del paraíso, y había comprobado, con tristeza, que sobre él habían levantado un Starbucks.

Rebuscar en la basura

Plató de grabación de «La vida misma»
Carretera de Fuencarral a Alcobendas, Madrid
14 de marzo de 2014

Silvia consideraba revelador del teatro en el que se movían que Cecilia hubiese estudiado arte dramático y que, después de que no funcionaran sus intentos de prosperar en las tablas o en el cine, hubiese acabado en el departamento de prensa de la editorial Lázaro.

Para la novelista, su colaboradora sacaba a relucir a menudo los peores defectos de una actriz, esa vanidad y esa necesidad de ser oída por las que interrumpía continuamente conversaciones sobre libros sin tener ningún argumento sólido que añadir a la charla, y sin embargo, echaba en falta en ella la comprensión de la naturaleza humana o el interés por los clásicos, la falta de prejuicios y la curiosidad, que apreciaba en los grandes intérpretes que había conocido. Lo que significaba, en su opinión, que, de haber triunfado, Cecilia habría sido protagonista de débiles ficciones televisivas o de superficiales películas cómicas o de terror; Silvia no la concebía afrontando pruebas demasiado complejas.

Mabel imagina que la relación habría mejorado con el tiempo, pero nos contó que la veterana despreciaba a su compañera cuando ésta desembarcó en el sello, que le costó entender por qué colocaban en su puesto a una mujer poco interesada por la literatura. ¿Ese cargo apenas guardaba relación con las letras? ¿Se trataba de vender un producto, simplemente?

Sin embargo, Silvia necesitaba a Cecilia: con su torpeza para las relaciones sociales precisaba a alguien que sirviera de protección y de nexo frente al mundo; Cecilia, a su vez, se sentía reconocida gestionando la agenda de la autora estrella de la casa, se jactaba de ello, como si el nombre de Silvia la ayudara a olvidar los rechazos de los *castings* y gracias a ella hubiese accedido a un circuito de fiestas y recepciones, a ese círculo reservado a las celebridades que no pudo alcanzar por sí misma.

Cuando solicitamos a Mabel, la hijastra, su ayuda en este proyecto, nos puso una condición: «No voy a deciros dónde está —se negó a revelar el nombre de la residencia donde ella misma ingresó a Silvia—. Y hablaré

de lo que ha supuesto ella en mi vida, pero no entraré en detalles escabrosos como han hecho otras.» Nos chocó esa rotundidad —la periodista rosa iba a ser nuestra confidente más discreta—, pero pronto supimos que se refería a Cecilia y a su polémica participación en el programa que tenía a Mabel en plantilla, un capítulo que le provocaba cólera. «Recordaréis que yo no estuve en aquella grabación. Me pareció horrible lo que hicieron, deduzco que porque también afectaba a mi madre... ¡Rebuscar en la basura de una mujer que estaba perdiendo la cabeza, joder!», exclamó.

El viernes 14 de marzo, Cecilia Aguirre acudió al estudio de grabación de *La vida misma.* Le habían hecho la oferta esa mañana y ella no vaciló. El escándalo Miralbes era el asunto del momento, y quién mejor que la mano derecha de la escritora podía informar al respecto, se engañó. ¡Iría para aclarar unos cuantos malentendidos, para defender el honor de su amiga! No lo consultó con nadie de Lázaro: dio por hecho que su presencia en ese plató era oportuna, aconsejable. ¿Por qué, entonces, todo se torció de tal manera? ¡Los problemas del directo! ¡Qué cuesta arriba se le hizo aquella media hora por el nerviosismo!

—Os prometo que antes de que empezara la entrevista yo tenía una idea muy distinta de lo que iba a responder. Pero me puse histérica y no controlé —nos aseguró.

Aunque ella cobijaba, recapacitaría más tarde, una motivación secreta, una excitación que le provocaba incluso un cosquilleo y que ella no había querido identificar. ¡Al fin iba a ser la protagonista! Aunque la citaban precisamente para contar su relación con ella, se había liberado de la alargada sombra de la Miralbes. Estaba allí, delante de las cámaras, y se armó de valor: *Si digo esto me echarán del trabajo.* Pero ya albergaba la impresión de que era el fin de una etapa, que todo había acabado ya. ¿No habían sido la rueda de prensa de presentación del libro, el discurso de Aycart, una especie de elegía? Y de repente se desvaneció el afecto que sentía por Silvia: en su conversación afloraron el resentimiento, la tensión de los primeros años, cuando hablaban lenguajes tan diferentes. Se rió de su compromiso: era una tirana con los trabajadores, una nazi, no podía perdonar un error. A ella la había humillado en público tan a menudo, se había burlado tantas veces porque no había leído a tal o cual autor. Se creía una diosa por saber unos cuantos nombres raros, estalló Cecilia.

—Oh, sí, ella me quería tener calladita, porque su afán era que todos la escucharan, a ella, únicamente a ella. ¡Y luego se preocupa por el destino del mundo!

Es entonces, cuando emite esta queja, cuando Cecilia advierte con escalofrío que Silvia había soñado esa entrevista. Cuando la novelista le

reveló esa fantasía, se carcajearon como si fuera algo improbable.

—Y entonces me di cuenta —nos confesó una atormentada Cecilia—. Me di cuenta de que la estaba traicionando. Me di cuenta de que era Judas.

Pero no se frena. Quizás por la inquietud, por el miedo, no sabe controlarse. Cuando el presentador y los tertulianos hurgan en la esfera más íntima de Miralbes, la vanidad de Cecilia se crece. Sí, esa mujer, se lo admitió en alguna ocasión, la deseaba. Se lo manifestó tomando unos cócteles, entre bromas: que si Cecilia hubiese sido lesbiana se habrían acostado. Sí, hablemos de sexo: cuando estaban de gira, Silvia subía a veces a chicas a la habitación. Sí, démosles lo que quieren, vayamos hacia donde pretenden ir: les importa un carajo la historia del plagio, el detalle del negro. Lo que buscan es mirar por la cerradura, y, qué demonios, nosotros podemos concedérselo.

Cada trozo de carne es una frase vuestra

Domicilio de Margot Behan
Preston Park Avenue, Brighton
14 de marzo de 2014

—Margot, esto te va a parecer muy raro —dijo él, detenido ante la puerta—. Hacíamos teatro juntos, hace ya mucho. Soy Sergio, el español. Compartimos aquel piso de...

Ella no dejó que terminara su presentación y lo abrazó. Lo había reconocido de inmediato. Al aproximarse a él, depositó en su oído una risa aguda y excitada.

—Maldita sea, no des tantas explicaciones —protestó ella, todavía unida a su inesperado huésped—. Si he sabido quién eres desde el primer segundo. Entra, entra.

Entonces Sergio se percató de algo que había temido en alguna ocasión: que sólo somos plenamente felices una vez, un instante escogido de nuestra juventud que en nuestra memoria perdurará como una estampa alumbrada por el sol. La rápida identificación por parte de Margot parecía indicarlo así: ella también había vuelto, a menudo, a ese local de ensayos donde una poderosa ilusión les embriagaba. Aquella conmoción de ver a Peter cargado con dos cubos de vísceras, diciéndoles: «Aquí están nuestros diálogos, chicos. Cada trozo de carne es una frase vuestra».

—Dios santo, Sergio, ¿qué has hecho todos estos años? ¿Qué demonios ha pasado con tu vida? —preguntó ella mientras, ya en el interior, le propinaba un familiar, sofocado, revés en el brazo.

Él sacudió la extremidad, incómodo, en un impulso breve pero contundente, del mismo modo que si hubiese recibido un calambre. Buscaba una manera de solventar el trance: había acudido con una conciencia muy vaga de cómo iba a ser el reencuentro, y aquel razonable y simple enunciado, que resumiera qué había ocurrido en su existencia desde que no se veían, ya le descolocaba.

Un cuarto de siglo, nada menos. Ella tenía entonces, cuando se conocieron, los ojos obstinados, la barbilla recia: una altivez joven que ya se le había ido. Con la madurez había atesorado, sin embargo, una saludable ironía con la que se burlaba de los primeros signos de su

decadencia. Por la desconcertada serenidad con la que Margot le sonreía, con esa dicha tenue, entre ácida y tierna, Sergio ya intuyó que ella había encajado con menos pesadumbre su destino.

—Me estás pidiendo un viaje muy largo, Margot —murmuró él, mientras su garganta se rebeló en una tos nerviosa—. Me casé, me divorcié, fui profesor de instituto, lo dejé... Tuve una hija, eso sí. Una hija que se casa esta semana —admitió con asombro—. Y ahora soy un respetable profesor de Arte Dramático. En Madrid. Nada demasiado salvaje, como ves.

Pero, se cuestionó mientras avanzaban hacia la cocina, ¿en qué momento concreto se habían comportado ellos como salvajes? ¿No habían sido sus supuestas transgresiones —su vistoso amor por las entrañas y la escatología, su trillada libertad sexual, su defensa de una dramaturgia diferente— más que un tonto e inofensivo pasatiempo burgués? ¿Acaso no eran siempre los hijos de los privilegiados los que podían permitirse enarbolar un estandarte contra el sistema?

En el fuego había una cazuela con un líquido blancuzco, quizás crema de leche, que rompió a hervir cuando entraron en la habitación. Al descubrir el desbarajuste en la estancia —algunos envases abiertos, varios utensilios desperdigados sobre la encimera; el suelo, de color ceniza, sucio por algo que se había derramado—, Sergio comprendió que había interrumpido a Margot mientras cocinaba. Ella apagó el fogón.

—Una *panna cotta* de fresa. Hago tartas por encargo —informó, de espaldas a él.

Se volvió mientras se pasaba el índice por las pestañas, como si quisiera retirarse una molesta lágrima que no se distinguía desde donde se hallaba él. Sergio percibió entonces un intenso olor a vainilla.

—No es eso de lo que vivo. Es, más bien, una afición que cobro —matizó—. Trabajo en un despacho de arquitectos. De secretaria. ¿Te apetece un té?

Sergio albergó una rara decepción ante la idea de que Margot, la impulsiva Margot, se relajara ahora con la repostería. Y a eso le seguía esa estúpida propuesta del té. A su modo parecía decirle: «Vamos a dejarnos de tonterías. Somos adultos. Tenemos cincuenta años. Aceptemos ya que no queda nada de lo que fuimos». Cuando cometieron esa extravagancia de enterrar aquel hígado, ¿no sepultaron también un fragmento de ellos mismos?

Se produjo un tenso silencio en el que Sergio no supo qué responder. Una voz, en un aparato de radio, desgranaba las informaciones principales del día. Todo se había teñido de un realismo tan gris como aquel suelo que pisaban.

—Mierda. Odias esto —comprendió ella con una carcajada—. La

última vez que me viste me estaba follando a dos tíos. Y vienes y te encuentras con...

Margot escondió su rostro en el interior de una alacena. Sacó, ofuscada de improviso, una botella de whisky.

—Eh, ha pasado mucho tiempo. Claro que sí —masculló, con una dicción atropellada que a Sergio le costó entender—. Ni se te ocurra juzgarme, maldita sea. ¿Cómo... cómo se te ocurre venir sin avisar? ¿Y si estuviese enferma del corazón? Un susto así me habría matado. Y mírate. ¿Por qué te conservas tan bien, cabrón? Tú me estarás contando las arrugas... Pero te digo una cosa: al menos, al menos no tengo gato.

Sergio, aturdido por la imprevista reacción de ella, repitió su última palabra, tiró del hilo final para averiguar si componía la madeja.

—¿Gato?

Ella se apoyó con gesto de hastío sobre uno de los muebles. Acarició con la mejilla el tapón del whisky, cavilosa.

—Que no me he convertido en una de esas mujeres hogareñas que se desviven por su mascota —exteriorizó, mientras se hacía con un par de vasos—. A eso me refería.

—A mí no me pongas, Marge —le dijo.

Pese a esa afirmación, ella sirvió dos copas y se las tomó de un único trago. Cerró los ojos, arrepentida. La emisora de noticias empezaba entonces una canción francesa.

—Dios, se me olvidó el brindis —se disculpó Margot.

Después rió, avergonzada. Sergio se conmovió al recuperar aquella risa franca, impetuosa.

—Perdona —dijo ella—. Tengo cambios de humor muy bruscos últimamente. Igual combato con ellos el exceso de azúcar —agregó mientras jugueteaba con una cuchara de madera.

Sergio estuvo a punto de replicar a esa confidencia con otra. Quiso confesarle que había sido la primera mujer con la que hizo el amor, y meditó que después, en las que le sucedieron, incluso en Lara, la madre de su hija, había buscado ese elemento imprevisible de su carácter y esa claridad de pensamiento. Sí, amó con una locura desmedida a Margot, pero también experimentó la misma veneración por Peter. Le deslumbró la voluntad anárquica de ambos, esa avidez de nuevas experiencias, la presunción incauta de que no existían límites. Aquél fue su aprendizaje, la fragua donde se forjaría el Sergio futuro. Ha venido a demandar, a quienes le hicieron o al menos contribuyeron a constituir su personalidad, una lógica sobre quién es.

—Esto sí que es una sorpresa. ¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella.

—Eras la única persona cuyo nombre empezaba por M y se apellidaba

Behan del listín telefónico —respondió él—. He tenido suerte.

La dirección escrita en la guía lo encaminó hasta allí: esa casa de ladrillo rojizo en Preston Park Avenue.

—Bien, dame alguna pista sobre tu vida, ¿no? —se interesó ella—. Seguiste escribiendo, al menos.

Hablemos de sexo

Museo del Prado
Paseo del Prado, Madrid
1983

Hablemos de sexo. Es un apartado en el que Silvia se ha movido con prudencia: su padre desaprobaba su orientación —«se avergonzaba», sería más correcto decir—, y frente a las dos opciones que tenía ante ese rechazo, reivindicar su propia identidad o replegarse en sí misma, escogió la segunda. En un principio arrinconó ese aspecto de su intimidad como si se tratara de una asignatura pendiente que debía gestionar —o no— algún día. Sentía dentro de ella el pellizco de la soledad, pero, se sinceró al respecto en *El amor en la falta*, durante sus primeros años supo apartar las tentaciones y centrarse en el trabajo. La joven Silvia vaticinaba, no le faltaba confianza en sus aptitudes, que triunfaría en el terreno laboral, pero no proyectaba fantasías dirigidas a hallar una pareja o a cubrir las necesidades afectivas. Influida por su entorno, quiso creer que aquello poseía un rango secundario, que se podría encontrar la plenitud prescindiendo de ello.

Hasta que, como cuenta en el libro que dedicó a su novia, Iciar irrumpió en su vida. Se conocieron en una conferencia en el Museo del Prado en la que Silvia analizaba la modernidad de Goya a través de una de sus pinturas negras, *Dos viejos comiendo*, una obra cuya ambigüedad —el observador ni siquiera tiene claro el sexo de los protagonistas— permitió fabular a Miralbes. Iciar se acercó a felicitarla, y el destino quiso que ese simple gesto fuera el inicio de una larga convivencia: continuaron hablando y salieron juntas del edificio, una de las dos propuso tomar un café... y desde entonces no pudieron separarse. Cuando miraba atrás, a Silvia le asombraba lo fácil que había sido su relación: tal vez, admitía, si hubiese tenido obstáculos habría desistido. Ella, tan complicada, se admiraba ante la emoción que le despertaban los detalles más sencillos, ver una película en compañía o tener a alguien a quien llamar cuando viajaba por trabajo.

A pesar de la felicidad que le proporcionaba Iciar —¿cómo se había negado anteriormente algo tan necesario como la pasión, el cariño, la ternura?, se preguntaba—, se blindó con celo de la indiscreción ajena. No

quería dar argumentos a quienes la habían señalado por ser diferente: aquellos que la habían marginado en la infancia y la adolescencia habían provocado que se odiara a sí misma. Ella era mucho más que su condición sexual, se decía: si exhibía su felicidad junto a su pareja esa gente sólo vería eso.

Con los años apareció una faceta de sí misma que había desatendido: el deseo, su vulnerabilidad. A medida que fue madurando se advirtió más frágil ante la belleza. Se estremece ante un cuerpo joven —y podría jurar que esa atracción no es sólo física: hay algo casi místico en ella— igual que se conmueve ante un cuadro, igual que en la cercanía de la vejez admirará el *Lago Keitele.* Cuando Cecilia cuenta que «Silvia subía a veces chicas a su habitación», ocurre porque Iciar le da permiso. Lo explica Miralbes en *El amor en la falta:* Nogueras no duda de su lealtad, no necesita que le sea fiel. Sabe que su pareja se reprimió hasta conocerla a ella; en cierto modo, se debe esas experiencias. Y así es como Silvia, a partir de los cuarenta años, utiliza sólo ocasionalmente esa libertad y se encuentra con una vertiente del mundo que no esperaba: el sexo lejos del remordimiento, de la sordidez; el sexo como alegría, como celebración.

Si hablamos de la homosexualidad de Silvia, podemos decir, pues, que tardó demasiado en asumir ese aspecto de su personalidad, pero que al final del viaje comprendió que, inesperadamente, esa parte de sí misma había sido un regalo: la había obligado a buscarse, la había ayudado a crecer. Agradecía que, normalizado todo, muchas chicas jóvenes en su misma situación no tuvieran que pasar ya por el mismo calvario, pero le parecía que las preguntas, el sufrimiento por no ser aceptada, el estigma, ese largo trayecto, la habían convertido en una mujer más reflexiva, más honda, incluso afirmaba que en una mejor persona.

Ya no es tiempo para reír

Domicilio de Margot Behan
Preston Park Avenue, Brighton
14 de marzo de 2014

Sergio reparó en que hacía mucho que no hablaba inglés. Tenía el verbo oxidado, el juicio lento. Éste era el punto en que debía sincerarse: de ahí, quizás, la pereza. Había peregrinado al olimpo para admitirle a su divinidad su descalabro.

—Dejé de escribir. Aflojé el ritmo, en realidad. Me vetaron por algo que hice. Les escandalizó demasiado —relató.

Ella celebró aquel testimonio con un nuevo whisky. A su lado había un envase de detergente, con su marca vistosa en letras grandotas en el centro de la caja, y Sergio imaginó que toda la vivienda parecía el almibarado e irreal escenario de un anuncio. Presumió que, al doblar una esquina, se encontraría una maraña de cables y de cámaras; que aquella morada, de cartón piedra, era parte de una escenografía.

—Así que la Compañía del Pollo seguía viva, en España —señaló Margot.

Sergio contradijo aquel argumento con un meneo de su cabeza. Notó, por el rumor que rozaba la ventana, que estaba lloviendo.

—No. Al menos en mi caso, murió. Ese espíritu lo mataron.

Quiso echarse a llorar, pero logró enderezar su flaqueza. Se acordó, sin motivo aparente, de que necesitaba comprar una corbata para la boda de Emilia. Apenas un día antes, había augurado, por el pánico, que no aparecería por aquella ceremonia, pero, en la distancia que le proporcionaba Inglaterra, sabía que su obligación era acudir: su hija no le perdonaría nunca su ausencia.

—Qué estupidez —concluyó en español—. Si soy el padrino.

Margot caminó hacia él y descorrió un visillo. Les envolvió una luz plateada y espectral.

—Estoy con alguien —dijo ella, mientras cogía la mano de su visita—. En Nápoles. Él viene de vez en cuando, yo voy para allá. Es cómodo lo que tenemos.

Sergio apretó la palma de ella entre sus dedos. ¿Desde cuándo no conseguía él algo cómodo? ¿Por qué el amor era, en su caso, siempre un

mar encrespado, algo sobre lo que no podía ejercer control alguno?

—A veces odio a las parejas que me encuentro —lamentó—. Me entran ganas de destruir su felicidad a paraguazos, de echarme sobre ellos y agredirles. Así que espero no toparme con vosotros, no vaya a pegaros.

Margot le respondió con una mirada viva y socarrona. No era cierto que hubiesen transcurrido veinticinco años. Al menos bajo ese resplandor seguían siendo los mismos, jóvenes y libres. Los unía una relación casi umbilical, el vínculo de haber compartido una felicidad ya prescrita. Podían salir a la calle, se engañó, y repetir cualquiera de esas estrafalarias fechorías que cometieron: subirse a un autobús y arrojar *fish and chips* a los viandantes.

—¿Has mantenido el contacto con Peter? —interpeló— ¿Podríamos tomar unas cervezas con él?

Ella retrocedió dos pasos. La turbación le desencajó fugazmente el rostro: con su dolor y su desamparo se asemejaba a una víctima en un conflicto bélico, a una mujer herida de metralla.

—¿Qué pasa?

Al principio ella simuló no haber oído la pregunta, se recogió las mangas de su camiseta y se dispuso a arreglar el desgobierno de aquella cocina.

—Si cobro lo de hacer tartas no es por el proceso de crearlas, que me encanta —declaró—. Es por la pesadez de poner orden luego.

Dio por abortado su intento de elaborar el postre, porque arrojó, quizás enajenada, la crema de leche por el hueco del fregadero. Amontonó los cacharros con prisas.

—Las cosas han cambiado, Sergio —respondió, al fin—. Y desde luego que Peter lo ha hecho.

Margot abrió el grifo y mojó una de sus manos. Con ella se refrescó la frente y las mejillas, como si el agua pudiese relajar la severa rigidez que le había vuelto.

—¿Por qué lo dices? —investigó Sergio.

Ella se tomaba su tiempo en facilitar la información, quizás todavía necesitaba digerirla. Sirvió dos nuevos vasos de whisky y formuló:

—Brindaré por nosotros. Por los dioses caídos y enterrados en la playa.

Después de beber, Margot empezó a mostrarse comunicativa.

—Está en la cárcel, Sergio —contó—. Pero no creas que ha sido por alguna idea subversiva de las suyas, de las que defendía antes. Ha sido por algo mucho más cutre. Peter... trabajaba en un banco e intentó robarlo, ¿te lo puedes creer? Me indigno sólo con pensarlo. Nuestro Peter, Sergio. Tan jodidamente carismático, tan jodidamente listo, y ahí

lo tienes: reducido a un delincuente de pacotilla.

Sergio se mintió por unos segundos: atribuyó lo que había oído a un equívoco en la traducción. Peter, el Peter con el que se relacionó, el Peter al que él, ¿por qué no lo reconocía?, también había amado, era lo que se denominaba una fuerza de la naturaleza: una corpulencia bella y feroz, un ímpetu inflamado, una locuacidad de desacostumbrada inteligencia. Fue la única experiencia homosexual de su historia, un capítulo aislado que entonces juzgó necesario para comprobar que se había liberado de esa educación que había recibido. Sí, ésa fue su verdadera iniciación en los misterios inaprensibles de la vida: el desenfado con el que podían amarse los unos a los otros, la falta de prejuicios.

Margot escribió una palabra ilegible sobre una pizarra que había colocada junto a la nevera. Sergio albergó curiosidad por descifrar esa caligrafía imposible, pero cuando fue a preguntar por el término apuntado, ella prosiguió:

—¿Y sabes lo peor? Lo peor es que lo entiendo. ¿Nunca has tenido la sensación de que estás ante una vida que no es tuya? Que a ti te correspondía otra historia. Yo no sé en cuántos concursos de repostería he participado... Y me veo cargando con esa tarta, siempre tan primorosamente decorada, y es como si el espíritu de mi abuela me hubiera poseído.

Sergio cayó en la cuenta de un detalle de Peter que le fastidiaba: éste, en ocasiones, lo llamaba *trickster* desde que supo —en su adolescencia había leído *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina— que Don Juan y él procedían de la misma ciudad. Sergio expresaba su disgusto por aquel apelativo, que le parecía tópico —«Empiezas así y acabarás llamándome torero, me temo», le decía—, pero secretamente le agradaba que Peter lo invocara con una clave privada, un código que sólo ellos dos apreciaban.

—Peter acabó casándose, Sergio, y teniendo un hijo, y empezó a pagar una hipoteca, y a ir los sábados a uno de esos odiosos hipermercados... —enumeró Margot con hastío—. Hará unos dos años que nos vimos por última vez, cenamos juntos. Estaba muy agobiado. ¿Sabes lo que odio de hacerme mayor? Que digo cosas de una trascendencia terrible. —Margot empezó a divagar, con nostalgia—. Y eso que nosotros ya éramos repelentes... Siempre estábamos ahí con nuestros discursos, justificando lo que hacíamos, leyendo sobre los accionistas vieneses, sobre Artaud y el teatro de la crueldad. Es algo que me ha llamado la atención: que necesitáramos respaldarnos en las teorías de otros, que no fuéramos tan libres.

Sergio distinguió, de repente, la anotación de la pizarra y frunció el ceño.

—¿Japón? —inquirió.

Margot descargó su tensión con otra risa estentórea.

—Es todo tan absurdo, ¿no te parece? —juzgó ella—. Es el destino donde quería fugarse Peter. Planeaba dejarlo todo. Por eso la chapuza del atraco. No aguantaba más esto, y probó suerte.

Sergio había viajado en busca de respuestas —*no te equivocas, Margot, todo se ha impregnado de una trascendencia terrible*—, y lo que se llevaría consigo era la certidumbre de la desgracia.

Nunca olvidarían el entusiasmo por las nefastas críticas de la prensa al día siguiente de la representación. Era asombrosa la sencillez con la que los especialistas habían caído en el cepo: ellos deseaban escandalizarlos, y, a la luz de los comentarios, habían materializado sus aspiraciones. Nunca unas reseñas negativas fueron mejor acogidas.

—¡Aquí nos llaman «la Compañía del Pollo»! —exclamó Peter, extasiado ante un ejemplar de un diario que desaprobaba que los actores arrojaran, en el clímax de la propuesta, cuerpos de aves muertas al público—. Joder, ¿cómo no se nos había ocurrido a nosotros? ¡Tenemos que cambiarle el nombre a nuestro grupo!

Le sacó de sus recuerdos, a Sergio, el volumen cálido de Margot, que se le acercaba. Se replegó ante la idea de un nuevo abrazo: se encontraba en un estado de vulnerabilidad absoluta, y temió la posibilidad de venirse abajo.

—¿Sabes por qué estoy aquí? Me he metido en un lío, Margot —le reveló—. En un lío muy gordo. Tengo una sensación extraña: la de que hemos estado jugando, jugando muchos años, que creíamos que lo habíamos dejado pero no, y que de forma súbita el juego ha terminado. Ya no es tiempo para reír.

¿Y si le confesaba a Margot que él también se había cansado de ser *alternativo*, de moverse en los márgenes, y que el impulso por el que había actuado en los últimos meses era la codicia, la sed de éxito o de dinero, el reclamar su trozo del pastel?

Ella articuló un movimiento a modo de respuesta: extendió la mano hacia los pantalones de él, a la altura de su sexo. Entendía aquella maniobra lúbrica de Margot, aquella voluptuosidad súbita y desesperada. Sólo les quedaba el consuelo de lo tangible, la evidencia estremecedora de la carne. Entregarse a un cuerpo ajeno les reportaría aquella inusual sensación de seguir vivos.

Sergio sólo presentó una condición.

—No en esta cocina —dijo.

Para los fragmentos de Brighton nos hemos apoyado en *Las manos sucias,* una pieza en la que Sergio ha reescrito recientemente su experiencia —cambia los nombres, pero no esconde el componente autobiográfico— y que nos pasó para la reconstrucción del escándalo

Miralbes:

(En el escenario, que ya está iluminado, le espera LAURA*, trabajando en la cocina.* MARTÍN *hace como que llama a una puerta y que espera a que le abran.* LAURA *deja lo que está haciendo y se acerca hasta él.)*

MARTÍN. Laura, esto te sorprenderá. Hacíamos teatro juntos, hace ya mucho. Soy Martín, el español. Compartimos aquel piso de...

*(*LAURA *no deja que termine su presentación y lo abraza.)*

LAURA. Maldita sea, Martín. ¡No has cambiado nada, bastardo! He sabido quién eres desde el primer segundo.

*(*MARTÍN *se separa de* LAURA *y se dirige al público.)*

MARTÍN. ¿Saben lo qué pensé cuando me reencontré con Laura? Que quizás sólo seamos plenamente felices una vez, una sola vez en nuestras vidas, posiblemente en nuestra juventud. Que Laura me reconociera tan rápido significaba que ella también había vuelto, en su memoria, a ese local de ensayos. Michael cargado con dos cubos de vísceras, diciéndonos: «Aquí están nuestros diálogos, chicos. Cada trozo de carne es una frase vuestra».

Un lugar en el mundo

Festival de San Sebastián
Teatro Victoria Eugenia, San Sebastián
26 de septiembre de 1992

En estas semanas que hemos trabajado sobre Silvia nos volvía una y otra vez una curiosidad. ¿Qué ocurrirá cuando muera? ¿Los periódicos la despedirán con el indulgente obituario de costumbre, o esta vez se permitirán retratar a la difunta también con sus sombras? ¿Los compañeros lamentarán su pérdida con una evidente hipocresía, o aprovecharán su falta para escupir el desprecio que sentían por ella, para bailar sobre su tumba? ¿Quién sobresaldrá en las descripciones: la escritora de larga trayectoria, la cronista de la evolución de un país, o la farsante, la que ofreció al mundo una novela de la que no era responsable en su totalidad? Tras la defunción, ¿se celebrará una capilla ardiente y los lectores mostrarán sus respetos a la que fue durante décadas su narradora favorita? ¿O su funeral se desarrollará en el mismo secreto que su retiro, como si no se pudiese enterrar a quien ya es un fantasma?

Cuando tratamos de imaginar el desenlace, concluimos que quizás con el fallecimiento venga el perdón. Creemos que tras la desaparición de Silvia serán pocos, tal vez ninguno, los que expresen abiertamente su resentimiento. ¿En qué lugar deja a quien lo hace, desacreditar a alguien que ha muerto?

Y por los episodios que nos han contado, nos parece albergar una evidencia: que Silvia, al final de su vida, reclamaba la redención. Como si recordara los reproches de Mabel en el hospital, «Tú podías haber seguido viviendo en mí, pero nunca te interesó saber que existía alguien más allá de tu ombligo», Miralbes le confesó, sentada ya en la cama de la habitación de la residencia en la que se iba a alojar a partir de ese momento, su preocupación por no haberse dado a los otros.

—Quizás yo me lo merezca —empezó—. Yo descubrí a un joven autor, Enric Tapia. Leí uno de sus manuscritos, Mabel, y me pareció maravilloso. Lo moví para que se lo publicaran. Así que me convertí en su madrina. Intimamos y empezó a acompañarme a esas fiestas estúpidas de premios y de presentaciones de libros, citas que yo evitaba en la medida de lo posible, me ponen nerviosa. Siempre he contemplado con

admiración esa camaradería que surge entre los hombres, y que no veo, quizás no tuve suerte, demasiado en las mujeres. ¡Enric se volvió mi camarada! Hasta un día que publicó un artículo sobre política, en el que él, que era un tipo conservador, cargaba contra los actores y los escritores que se manifestaban contra la guerra de Irak. Le respondí en una columna. Una columna durísima. Y dejamos de hablarnos.

De improviso se calló. Pensaría que en un tiempo podría reencontrarse con Enric en el bando de los muertos.

—Poco después, Enric tuvo cáncer —expuso—. Su cuerpo no opuso mucha resistencia a la enfermedad, fue una historia rápida. Fue por la misma fecha en que murió la mujer de Aycart, de lo mismo. Y yo no fui a su entierro, al de Enric, porque nuestras discrepancias se habían hecho públicas. Imaginé que me señalarían... que incluso sería incómodo para la familia que yo estuviese allí. Ni siquiera le dediqué... algunas sentidas palabras sobre lo bonito que fue conocerlo.

Agachó la cabeza como si se dispusiera a rezar por el alma de Enric. En realidad, sentía vergüenza para mirar a la cara a Mabel.

—Toda la hostilidad de aquel texto, y que originó nuestra enemistad, tenía un motivo. Deseaba alejarlo de mí: él valía demasiado, me empezaba a hacer sombra, suponía una amenaza —dijo.

Mabel le levantó la barbilla y le dedicó una sonrisa aprobatoria.

—Venga, vamos, no pienses en eso —intentó animarla.

«Pero era un ejercicio terrorífico, ¿no? Una mujer pidiéndose cuentas a sí misma, consciente además de que pronto perdería la lucidez y no podría explicarse», resumió ante nosotros Mabel.

Nos sorprende la compasión que afloró en la hijastra una vez que supo del declive de Silvia; cómo, quizás porque así lo habría querido su madre, Iciar, ayudó a Miralbes en los momentos difíciles. En su memoria prefirió aferrarse al recuerdo amable, nos dijo que regresaba a menudo, en sus cavilaciones, a aquel Festival de San Sebastián que compartieron. Rememoraba en particular una conversación que mantuvo con su madrastra después de la proyección de una de las películas, la argentina *Un lugar en el mundo,* de Adolfo Aristarain, a la que Silvia y el resto del jurado concederían al final del certamen la Concha de Oro. Les había conmovido esa historia de perdedores, de gente que había peleado por unos ideales y ahora conocía el desencanto, y Mabel le preguntó a Silvia por la premisa del filme: si ella había encontrado su lugar en el mundo. Estaban cenando y la mujer mayor dibujó líneas invisibles en el mantel antes de responder. Tras meditarlo, asintió: que había conseguido su propósito de ser escritora, una estabilidad afectiva con Iciar, que había lidiado con sus demonios y le parecía que los había vencido.

—Creo que sé quién soy, Mabel, que ya me acepto —reconoció—.

Dónde estoy, cuál es mi sitio. Ojalá tú puedas decir lo mismo algún día.

Recuerda Mabel que Silvia respiró hondo tras confesarlo, como si la calma hubiese llegado tras un extenuante camino de fatigas. Ella, la joven, observó a su acompañante con detenimiento. Sabía tal vez que más tarde querrá rememorarla así, una mujer en paz, inesperadamente cercana, no el alma atormentada y borrosa de sus últimas apariciones. Conservando esa imagen perdona a Silvia, se perdona a sí misma. Mantener vivos el rencor y el desprecio que siempre había albergado hacia Miralbes, ¿de qué va a servirle?

Sevilla - Santiago de Compostela -
Sanlúcar de Barrameda, 2014-2015

«Ella es España, corrupta y desmemoriada. Un símbolo. De todos los que han robado, de los que han mentido, de los que han conducido al país a la ruina.»

El crepúsculo de una estrella literaria, especie de Gloria Swanson de las letras españolas, sirve al propósito mayor de esta novela: radiografiar el entramado de intereses y vicios individuales que dan lugar a una sociedad moralmente averiada.

Silvia Miralbes tenía la fórmula del éxito, sus novelas generaban enormes beneficios, pero en su último título un «negro» tuvo que echarle una mano para cumplir con el plazo previsto por la editorial. Ahí se inició su derrumbe.

La fórmula Miralbes recurre al falso documental para tratar el caso —no tan improbable— de un plagio literario que un autor fracasado endosa a un escritor eminente.

Testimonios, fotografías y documentos de archivo hábilmente entremezclados por Braulio Ortiz Poole nos muestran las entrañas del mundo cultural español, donde ni editores ni autores ni periodistas pueden permitirse decir todo lo que saben.

Para entrar o salir de la ciudad sitiada

La visita. *Jose || González*

Fuera de juego. *Miguel Ángel Ortiz*

El profesor de literatura. *Christian Vega*

98 segundos sin sombra. *Giovanna Rivero*

Canje. *Víctor Sombra Macarrón*

Escarnio. *Coradino Vega*

Made in Spain. *Javier Mestre*

El agua que falta. *Noelia Martínez Pena*

La edad ganada. *Mar Gómez Glez*

sin música. *Chus Fernández*

Yosotros. *Raúl Quinto*

La vida periférica. *Roxana Villarreal*

Fuera de tiempo. *Antonio de Paco*

El comensal. *Gabriela Ybarra*

Meteoro. *Mireya Hernández*

Filtraciones. *Marta Caparrós*

La pertenencia. *Gema Nieto*

Los primeros días de Pompeya. *María Folguera*

El estado natural de las cosas. *Alejandro Morellón*

Edición en formato digital: abril de 2016

© 2016, Braulio Ortiz Poole
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: © Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15451-77-8

Composición digital: M.I. maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La fórmula Miralbes

Sobre Braulio Ortiz
Un fantasma se asoma a la ventana
Dos mujeres que son la misma se reencuentran
La noticia que unos y otros comparten
Una rueda de prensa convertida en intriga judicial
La otra reina de España
Una dieta centrada en los lácteos
El adiós de la diva
En condiciones de organizarlo todo
La mujer quebradiza
Políticos que se quitaron la vida por el remordimiento o el descrédito
El payaso triste
Llámame Ismael
Nada les noqueó nunca como entonces
La noticia
Una novela moral
La anacoreta en el escaparate
La vieja historia de Fausto
El reflejo en el televisor
Los amigos perdidos
Los hombres que vendieron a sus hijos
El entusiasmo de los que empiezan
«¿Puede esa mujer mirarse al espejo sin sentir vergüenza?»
Hemos pedido un ejemplar a Australia
Periodistas
La madrastra
Víctor encuentra a Sergio
Artista de la ceja
Las vidas ajenas
Los campos magnéticos
La gallina de los huevos de oro
La noticia sobre Sergio que publicó Víctor
La salvadora de las letras hispanas
El padre en fuga
La fórmula Miralbes
En el paraíso han levantado un Starbucks
Rebuscar en la basura
Cada trozo de carne es una frase vuestra
Hablemos de sexo
Ya no es tiempo para reír
Un lugar en el mundo

Sobre este libro
Últimos títulos publicados
Créditos